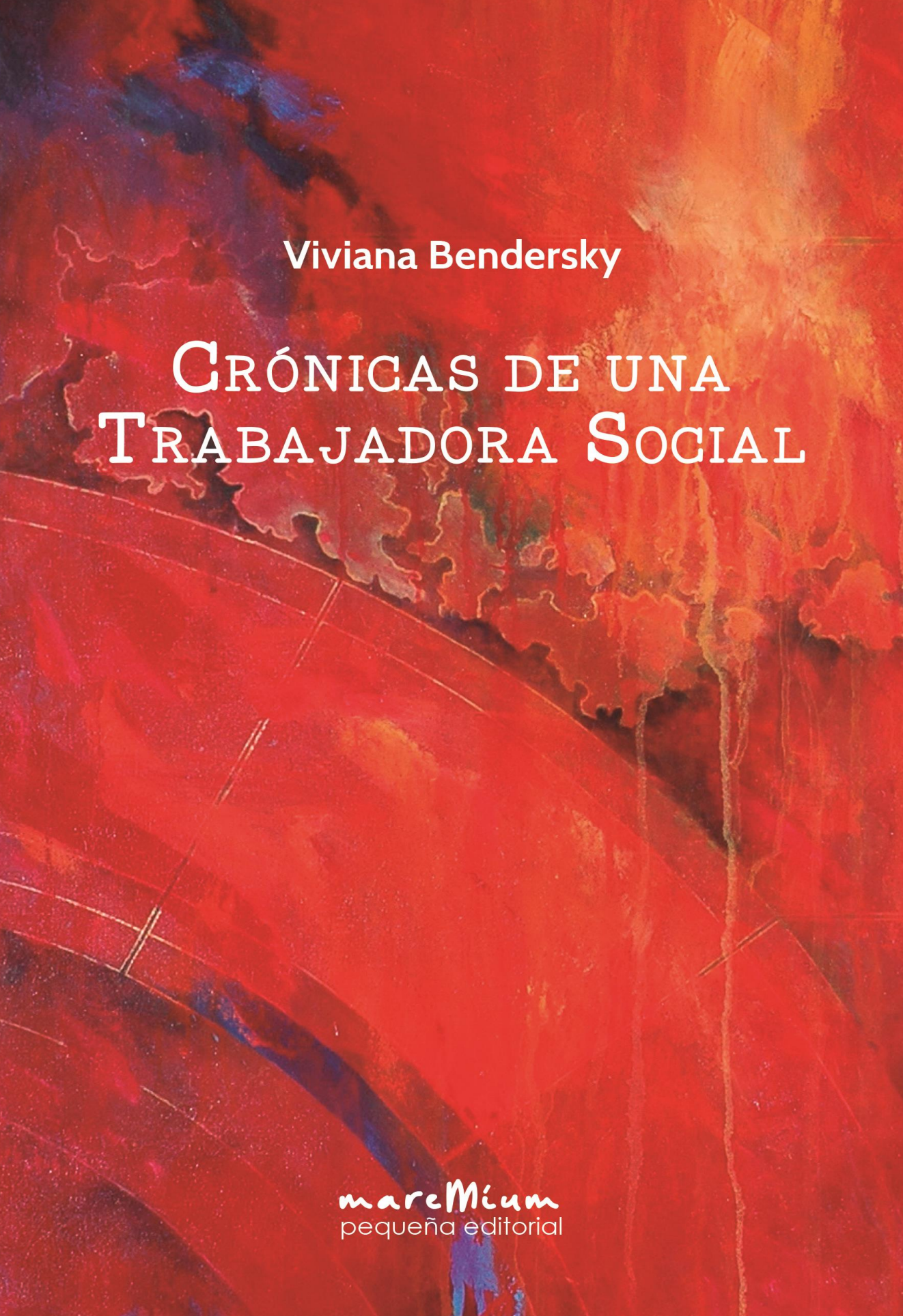
Viviana Bendersky
Crónicas de una Trabajadora Social
mareMíum
pequeña editorial

Crónicas de una Trabajadora Social

Viviana Bendersky

Crónicas de una Trabajadora Social

Obra de tapa: **Carlos Kravetz**

mareMíum
pequeña editorial

mareMíum Pequeña Editorial
@maremiumediciones
+5491150482642

mareMium Pequeña Editorial asesora y corrige exhaustivamente, por cuanto toda utilización arbitraria de giros, modos, puntuación y signos que pudiera aparecer en este libro es decisión final del autor.
Todas las voces son bienvenidas a esta editorial.

Imagen de portada:
Archipiélago de las Fachadas, 2005/07 (Detalle)
Obra de Carlos Kravetz
www.carloskravetz.com.ar

Diseño integral: María Laura Coppié

©2024 - Viviana Bendersky
Correo: vivibendersky@gmail.com

Impreso en la República Argentina
Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Bendersky, Viviana
Crónicas de una Trabajadora Social / Viviana Bendersky
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
mareMíum Pequeña Editorial, 2024.
166 p. ; 23 x 15 cm. - (Historias)

ISBN 978-987-8993-93-5

1. Crónicas. I. Título.
CDD 361.3092

A mis padres.
A Guille, mi compañero de vida.
A mis hijos, hija y nietas.

Índice

Prólogo 11

Mi fundamentalismo en las causas sociales 15

Mis estudios en Israel 22

De regreso 31

Hogar Adolfo Hirsch 34

Lugar de Mujer... 43

Hot line 48

Exportando la experiencia 54

Los centros de asistencia para las mujeres 55

El refugio 61

Canadá 66

Una vida de compromiso, una vida de riesgos 69

Siberia 73

La Ley 24.417 de Protección... 76

Voluntariado 78

El Joint 86

Algunos programas 93

Superando dificultades 99

Anécdotas de los proyectos de acción social 101

Los centros en el Interior 105

Proyectos emblemáticos... 116

Los viajes de trabajo al Exterior 135

Ecuador 140
Mi incursión en el Congreso de la Nación 142
La vuelta a mi destino 145
Epílogo 149
Posfacio de Mg. Bibiana Travi 153
Agradecimientos 159

Prólogo

¡Aventuras, desafíos, compromisos, emociones, anécdotas multicolores, oportunidades, aprendizajes, tropezones y logros!

Viviana atraviesa obstáculos, fortaleciéndose... Decidida, arriesgada y resiliente, supera fronteras, culturas, idiomas, espacios, casi naturalizando lo desconocido.

Atenta a las diferencias, sensible y receptiva a las necesidades diversas, su formación atiende y responde al descubrimiento de su misión, su propósito, el sentido de su vida.

La militancia, sus ideales, su cotidianeidad y su desarrollo profesional en el mismo sendero, dibujando mapas, abriendo caminos, creando señales.

Transgresión, refugio, ajenidad, violencia, voluntariado, poner el cuerpo real y metafóricamente.

Divertida y confiada, Viviana atraviesa prejuicios, crea y construye proyectos que son hitos en los espacios y organizaciones donde deja su huella.

Niños, jóvenes, adultos mayores, bebés, mujeres y familias vulnerables, dirigentes, voluntarios y profesionales integran el espacio colorido, diverso y plural de su recorrido.

Lo intergeneracional, multicultural e internacional son signos presentes en su mirada y accionar.

La vida, la muerte, el cuerpo, el alma, alegrías y dolores, adentro-afuera, todos y cada uno, lo público y lo privado... ¡una cinta de Moebius!

Injusticias, reclamos, denuncias, conflictos, responsabilidades... Viviana logra traducir necesidades en programas, servicios y acciones.

Preguntas inquietantes y permanente búsqueda de respuestas: los modelos de gestión, los procesos, los resultados, las condiciones, la viabilidad política y operativa.

El texto está en tus manos, para compartir y emocionarte con esta aventura singular...

Mónica Cullucar

Seamos realistas , pidamos lo imposible.

Mayo francés, 1968

Mi fundamentalismo en las causas sociales

Con este texto me propuse contar y contarme mi recorrido profesional y mi búsqueda personal. En este camino hubo personas que me marcaron, fueron modelos a seguir. Los viajes que realicé determinaron elecciones posteriores, que me permitieron concretar mi vocación.

A mis trece años me di cuenta de que el cadete que trabajaba en la farmacia de nuestra familia era analfabeto. Entonces, le pedí a mi padre autorización para enseñarle a leer y escribir. Siento que ese fue el despertar de mi sensibilidad por los temas de desigualdad social. De allí en adelante me anoté en cada causa de injusticia que se cruzó en mi camino.

Recuerdo que, cuando ayudaba en la farmacia, yo siempre recomendaba los remedios MBS[1], que venían en unas cajas grises con letras negras. Eran los medicamentos producidos por el Ministerio de Bienestar Social, que se vendían a un precio subsidiado. Mi papá me decía, bromeando: "*–Me vas a fundir...*", pero, en el fondo, creo que se sentía orgulloso.

En el inicio de mi vocación por lo social, tanto en la adolescencia como en la juventud, hubo tres personas que marcaron mi vida fuertemente en la ética y el compromiso social: el rabino norteamericano Marshall Meyer, líder humanista de fuerte compromiso con los derechos humanos; Enrique Pichon-Rivière, a quien conocí en su Escuela de Psicología Social; y la doctora Graciela Peyrou, mi primera analista. Ellos han sido mis modelos, cada cual en un aspecto diferente.

1 Ministerio de Bienestar Social

En este recorrido hubo también un viaje que marcó un antes y un después en mi carrera profesional. A partir de mi estadía en Israel como voluntaria en la Guerra de los Seis Días, a los 17 años, decidí volver a ese país dos años más tarde para estudiar la carrera de Trabajo Social, a pesar de que mi madre me presionaba para que estudiara Derecho.

Hoy, mirando a la distancia, creo que haber ido a estudiar a Israel fue intuitivamente mi estrategia, ante la presión familiar, para concretar lo que es verdaderamente mi vocación.

Quiero narrar mi historia a partir de la adolescencia, para dar cuenta de cómo se fue configurando esta trabajadora social en la que luego me convertí; contar las múltiples búsquedas, la autodeterminación que fui ejercitando, y el sentido de justicia que desarrollé.

Volvamos el tiempo atrás, vayamos a mi adolescencia...

A los trece años me integré a un grupo juvenil, con el que compartíamos actividades religiosas, sociales y recreativas en el templo de la calle Libertad, liderado por el rabino norteamericano Marshall Meyer.

Comencé a ir los sábados por la mañana y a la tarde, me hice seguidora ferviente de este rabino, algo parecido a los seguidores de Instagram de hoy.

Poco tiempo después, Marshall Meyer abrió el templo Bet El, en Sucre y Conde, en el barrio de Belgrano, donde empecé a estudiar historia judía y religión. Terminé siendo una de sus discípulas predilectas, hasta tal punto que, durante los servicios religiosos, cuando solía hacerle preguntas al público y nadie las contestaba, miraba hacia donde estábamos los jóvenes y preguntaba: "*¿Viviana dónde está?*".

Mi familia era tradicionalista, pero estaba totalmente alejada de las prácticas religiosas. Solo nos reuníamos a cenar en Pésaj, Rosh Hashaná y Iom Kipur[2].

Ya comenzaba a perfilarse mi estilo de encarar los proyectos "a fondo", empecé a cumplir los preceptos y las reglas del Shabat[3], entre las que está prohibido tocar dinero y viajar los sábados. Como vivía en el barrio de Caballito, lejos del templo, Marshall Meyer me había autorizado para que fuera a almorzar los sábados al Seminario Rabínico (ubicado en la calle 11 de Septiembre), luego del servicio religioso matutino, y me permitía quedarme allí hasta que empezaran las actividades de la tarde.

Cuando aconteció en Israel la Guerra de los Seis Días yo tenía 17 años. A pesar de mi juventud, decidí ir como voluntaria y viajé en el barco Teodoro Hertzl.

Fue un drama familiar. Mi padre estaba devastado: se desmayó en la escribanía, mientras firmaba el permiso para que yo pudiera viajar, ya que era menor de edad.

Y hacia allí partí. Una guerra que duró solo seis días, a mí me llevó una travesía de veintidós en un barco en el que viajábamos 350 jóvenes.

La mayoría pertenecía a movimientos juveniles. Habría unos cincuenta que íbamos "sueltos", que no pertenecíamos a ninguna de esas organizaciones.

Como la vida en el barco era un desquicio, el capitán decidió armar un comité con representantes de cada agrupación,

---

2 Pesaj: Pascuas judías.
Rosh Hashaná: Año Nuevo judío.
Iom Kipur: Día del Perdón.

3 Día sagrado de descanso en la religión judía.

para elaborar un reglamento. Los "sueltos" formamos "la agrupación PJ", que significaba "pura joda". De esa manera se logró encuadrar a toda esa jauría.

La Sojnut, Agencia Judía, el organismo que nos recibía en Israel, no estaba preparada adecuadamente para recibir al aluvión de voluntarios que veníamos de diferentes partes del mundo.

Al llegar me enviaron a un kibutz[4] en el desierto del Neguev[5], donde casi no había hombres, ya que estaban todos en el ejército. Los jóvenes que no habían sido alistados (porque cumplían otro tipo de función) no salían a la calle debido a que les daba vergüenza no estar en el frente.

Mi función en el kibutz era sacar la maleza de las plantaciones de algodón. A los pocos días de estar bajo el sol del verano del Neguev, mis manos, desacostumbradas al trabajo rudo, empezaron a sangrar y levanté fiebre. Con Carlos, mi novio de entonces, decidimos mudarnos a otro kibutz.

Vale la pena señalar que ninguno de los dos hablábamos inglés ni hebreo, con lo cual, tratando de buscar un kibutz en el norte, terminamos dando con otro en el sur, por no haber entendido las indicaciones. Finalmente fuimos aceptados en el kibutz Kfar Blum, en Galilea, donde nos encontramos muy a gusto. Allí nos ocupábamos de cosechar manzanas.

El convenio con la Sojnut era por seis meses de trabajo voluntario. Pasados los cinco primeros meses, empezaron a bullir dentro de nosotros las clásicas "avivadas" criollas. Primero, tramitamos con la Sojnut una autorización para tomar el barco de regreso en Portugal y no en Israel, para poder viajar

4 Kibutz: colonia agrícola israelí de producción y consumo comunitarios.

5 Neguev: zona desértica al sur del país.

dos semanas por Europa. Típico de adolescentes, nos quejábamos y manifestábamos no estar bien para que nos trasladasen a otros lugares más interesantes. Finalmente, nos reubicaron en un campamento militar-escuela para marroquíes, en el centro de la ciudad de Haifa, donde estos inmigrantes aprendían el idioma hebreo y terminaban los estudios primarios y secundarios.

Seríamos unos cincuenta voluntarios de todo el mundo.

Recuerdo que, una vez, el comandante de la base nos citó a todos frente a una pila interminable de ropa de soldados (pantalones y camisas caqui). Su uso empezó a ser obligatorio a partir de que las europeas andaban en minishorts y camisas transparentes, y los soldados-alumnos marroquíes no se concentraban en los estudios.

Una semana antes de dejar Israel, logramos que nos mandasen a un hotel en Natania, ciudad sobre el mar, que se acondicionó para la rehabilitación de soldados. Nos ubicaron allí, a la espera de la salida de nuestro barco. También alojaban por una noche a los voluntarios que llegaban, para después enviarlos a su destino.

Una tarde arribó un contingente de voluntarios que recién habían bajado del barco. Nosotros, que éramos algo así como "los veteranos", decidimos hacerles una broma pesada. Primero les dijimos que iban a tener que hacer entrenamiento físico y los llevamos, en medio de la noche, a la playa a hacer flexiones, como si estuvieran en el ejército. Hoy me agarro la cabeza pensando en la posibilidad de que alguno de esos chicos hubiera tenido un problema cardíaco.

Al regreso del "entrenamiento", luego de la cena, empezamos a contarles historias siniestras, obviamente inventadas, sobre experiencias durante la guerra. Ellos se fueron a dormir y, a la medianoche, los despertamos diciéndoles que los árabes estaban desembarcando en la playa. Los varones de nuestro gru-

po de "veteranos" se vistieron con ropas militares, y las mujeres "montamos guardia" con termos de café, a la supuesta espera de noticias. Los pobres crédulos comenzaron a traernos cigarrillos y chocolates que habían comprado en el free shop para "hacernos la guardia más fácil". A la mañana siguiente, sabiendo que ellos se iban al kibutz que les habían asignado, nos quedamos encerrados en las habitaciones y no asomamos la nariz hasta haber comprobado que se hubieran ido. ¡Cuánta malicia puede haber en estas diversiones adolescentes aparentemente ingenuas!

Ese fue un viaje emocionalmente costoso para mí, con mis diecisiete años, tratando de ubicarme en una realidad tan ajena, y en parte también hostil. En esos meses aprendí muchas cosas. Había salido de una casa típica de clase media, para pasar a una realidad en la que debía arreglarme por mi cuenta. Siempre comento que la mayor adquisición de este viaje fue haber aprendido que soy capaz de arreglármelas por mí misma en cualquier circunstancia, lo cual me dio seguridad para el resto de mi vida.

Como había decidido ir a Israel, en junio de 1967, había dejado por la mitad el curso de ingreso a la Facultad de Derecho.

Al regresar en diciembre a Argentina, Alicia, mi íntima amiga, compañera de la escuela secundaria, quien ya había aprobado el ingreso a Derecho, me dijo que quería que siguiéramos estudiando juntas y me propuso que diera libre el curso de admisión a la carrera.

Era una locura absoluta, pero ella me motivó a estudiar y se comprometió a enseñarme durante todo ese verano. Estuvimos enero, febrero y parte de marzo, desde muy temprano por la mañana hasta altas horas de la noche, preparando los exámenes. En marzo nos presentamos doscientos postulantes y aprobamos solo dos.

Ingresé a primer año en abril del 68 y cursé hasta fines del 69. Era una época de mucha ebullición política en el país y en las facultades. Alicia estaba muy involucrada políticamente y me presionaba para comprometerme con la militancia. Tenía muchas contradicciones entre mi ser judía y mi ser argentina, que finalmente decantó en la decisión de ir a vivir a Israel y estudiar allí.

Este paso en el camino aconteció en 1969.

Mis estudios en Israel y los primeros trabajos como trabajadora social

Estudiar en otro país, en inglés y hebreo, idiomas que no manejaba con fluidez, fue un gran desafío.

Se presentaron muchos obstáculos que tuve que sortear. Asimismo, se me abrieron oportunidades muy valiosas. Todo concluyó en un gran crecimiento profesional y personal.

Había elegido inscribirme en la carrera de Trabajo Social, en la ciudad de Haifa. Duraba tres años, con un compromiso horario de treinta horas semanales. Nos alojaron en viviendas estudiantiles y en cada departamento convivían seis estudiantes de todo el mundo. Yo tenía en ese momento diecinueve años y fue una experiencia muy significativa.

Los cupos para la carrera de Trabajo Social para extranjeros eran de solo dos. Todos mis compañeros me preguntaban en qué otras carreras me había inscripto como alternativa por si no lograba ingresar, dadas las pocas vacantes disponibles. Con mi tozudez habitual les respondía: *"Solo en esa". "¿Y si no te sale?", me replicaban. "Me tiene que salir. No hay chance: es esa o esa".*

En general, cuando me propongo algo, le pongo tanta energía que resulta. Así me conduje en todos los aspectos de mi vida, asumiendo las consecuencias de esta actitud.

Comparto algunas anécdotas y recuerdos de esta etapa:

Cuando recién llegamos a Israel, se estaba inaugurando la Universidad de Haifa, adonde fuimos a formarnos muchos estudiantes extranjeros, y particularmente de Latinoamérica.

En el año 70, los israelíes no estaban politizados, a diferencia de nosotros, que rápidamente creamos el centro de estudiantes, órgano totalmente desconocido para ellos.

En cuanto empezamos a activar, los diarios de todo el país informaban que la izquierda estaba tomando la Universidad de Haifa. La sociedad israelí, en ese momento, estaba atónita, pero las autoridades de la universidad no obstaculizaron nuestra tarea ni tomaron medidas para impedirnos la actividad política.

Los estudiantes extranjeros teníamos un tutor o consultor que nos acompañaba en el transcurso de la carrera. Al terminar mi primer examen, oral y en inglés, fui directo a la oficina de la tutora, me senté y me puse a llorar. Me preguntó si me había ido mal. Le dije que no, que había aprobado, pero que la frustración y la impotencia por no haber podido expresar ni la mitad de lo que sabía me habían generado una gran angustia.

Recuerdo una oportunidad en la que estábamos en clase, la mayoría de los docentes eran norteamericanos. Era una universidad que se estaba inaugurando con nosotros, por lo tanto, los profesores daban clases en inglés y los alumnos respondíamos en hebreo. Un día, en medio de una clase, empecé a participar, sin darme cuenta, en castellano. Mis compañeros me miraron extrañados.

Mi talón de Aquiles siempre fue el hebreo, leído y escrito. Al día de la fecha puedo hablarlo de corrido y entenderlo, puedo soñar en hebreo, pero soy analfabeta: no puedo leerlo ni escribirlo. Un requisito de la universidad era aprobar el examen de hebreo, el cual reprobé año tras año durante la carrera.

Cuando terminé de cursar todas las materias, me presenté una vez más y, aunque me fue mal, me perdonaron la vida y me dieron igualmente el diploma.

El profesor de la cátedra de Psiquiatría era estadounidense y tuvo a su cargo la última clase de toda la cursada. Al finalizar, le preguntamos:

–Doctor, ¿cómo nos vamos a dar cuenta de que tenemos un paciente psiquiátrico ante nosotros?

Recuerdo que con mucha calma contestó:

–Quédense tranquilos, les aseguro que cuando lo tengan frente a ustedes se van a dar cuenta.

Fue un aprendizaje que nos inspiró a confiar en nuestra propia capacidad e intuición y me sirvió muchos años más tarde.

Una profesora inglesa, que era políglota, nos encargó hacer un trabajo práctico con la siguiente consigna:*"Quienes escriben en hebreo, una página; quienes escriben en inglés, dos páginas; y quienes escriben en castellano, cuatro páginas".* Ella sostenía que era imposible simplificar el idioma español, que naturalmente exigía, para expresar las ideas, una expansión de palabras mayor que otras lenguas.

En un momento tuvimos que elegir la especialidad entre trabajo social individual, grupal o comunitario. Junto con la otra estudiante argentina, fuimos a ver a la directora de la carrera para cuestionar que nos parecía sumamente incorrecta esta división en especialidades, ya que considerábamos que todos debíamos tener una formación que abarcara los tres abordajes. Ante este planteo, nos respondió: *"Les propongo que cursen las tres especialidades simultáneamente".* Así lo hicimos, lo cual nos implicó una enorme carga horaria, pero nos permitió integrar los tres métodos y contar con un tutor muy prestigioso y con mucha trayectoria para nosotras solas. Un lujo.

Mi primer trabajo, ya como trabajadora social recién recibida, fue en un hogar agrario de jóvenes judicializados. Quienes formábamos parte del *staff* nos instalamos allí una semana antes

que los alumnos, que fueron llegando en forma escalonada. Ambos, profesionales y estudiantes, convivíamos en el mismo espacio físico.

Una mañana estaba caminando por el jardín del Hogar y pasó un niño de unos doce años. Lo saludé y le pregunté en qué grado estaba. Me contestó: *"Adiviná"*. Por su aspecto, le contesté en hebreo: *"Kitá tzain"*, es decir: el equivalente a un alumno de séptimo grado. Quiero aclarar que, en hebreo, "tzain" es la sexta letra del abecedario, una de las que se usan para denominar a los grados escolares. Pero en la jerga coloquial también se utiliza para denominar al órgano sexual masculino. Este alumno me contestó en hebreo: "*Be emtza atajat shelaj"*, es decir*: "En el medio de tu culo*".

Este fue mi bautismo como trabajadora social recién recibida.

Durante esa primera contratación aconteció la Guerra de Iom Kipur. Coincidentemente, mis padres habían ido a visitarme. Llegaron a Israel luego de un viaje muy accidentado. En primer lugar, el día que embarcaban, en Argentina habían matado a Rucci, un reconocido sindicalista, lo cual complicó y demoró la salida del avión. Luego, al llegar a Holanda, se encontraron con que había huelga de maleteros y tuvieron que ir hasta los depósitos a localizar sus valijas para hacer ellos mismos el trasbordo. Finalmente, llegaron un viernes a Hadera, donde yo vivía, una ciudad cerca de Tel Aviv.

Al día siguiente, estábamos caminando por el pueblo y escuchamos sirenas.

Mi padre me preguntaba todo el tiempo si no era raro escuchar tantas sirenas en Iom Kipur y ver tanto movimiento de soldados por las calles. Yo le respondí que no, que los israelíes eran así. Cuando llegamos a la casa donde se hospedaban,

la dueña estaba desesperada, porque esas sirenas eran la señal de que había que entrar a los refugios. Y nosotros paseando...

A dos cuadras del hogar agrario de los jóvenes judicializados, de camino hacia el pueblo de Hadera, había un almacén donde solía comprar. Íbamos con mi madre y nos resultó terriblemente angustiante ver a la almacenera, cuyo hijo había desaparecido el primer día de la guerra. Ella tenía el cabello negro, peinado con raya al medio y, a medida que pasaban los días, se le iba poniendo todo blanco, desde las raíces. Verla resultaba desgarrador.

Me queda el recuerdo de una chica de Beersheva, que tendría unos quince años y estaba internada en el Hogar (no me acuerdo de la causa por la cual estaba allí). Vino a hablar conmigo porque estaba embarazada y tenía que decidir qué hacer. Me tocó acompañarla a su casa, en medio del desierto. Su familia, de origen marroquí, era muy tradicional y de muy bajos recursos. Fue muy duro tratar de que los padres la ayudasen a realizar un aborto. Finalmente, se lo practicaron y luego volvió al instituto.

El trabajo que tuve posteriormente fue en una agencia de Servicio Social en Bat Yam, cerca de Tel Aviv. Resultó una experiencia sumamente enriquecedora pues, en lugar de tomar casos individuales, como todas las trabajadoras sociales de la agencia, solicité hacerme cargo de lo que técnicamente se llama *intake*, que consiste en la recepción y primera entrevista de los clientes, como los llaman en Israel. Esta posición requiere hacer un rápido diagnóstico, decidir la estrategia a implementar y derivarlo al profesional correspondiente, similar al método *triage* de la actualidad.

Es una tarea que me gusta mucho hacer: recordando, me doy cuenta de que en la mayor parte de mi trayectoria profesional trabajé dentro de esta línea.

Después de la Guerra de Iom Kipur, aumentaron mucho los impuestos que se destinaban al ejército, por lo cual mi pareja de ese momento y yo no podíamos ahorrar. Decidimos, entonces, viajar a Alemania, donde teníamos unos amigos que habíamos conocido en Israel, para trabajar y ahorrar dinero, con el objetivo de regresar a Argentina.

Alemania

En este período enfrenté el desafío de adecuarme a una realidad tan diferente a la que estaba habituada. Además de ser un esfuerzo acomodarse a estilos tan distintos, mas allá de las dificultades con el idioma, no tengo dudas de que me abrió la cabeza y amplió mi mirada de la vida.

Llegamos a Tübengen, muy cerca de Estrasburgo, casi en la frontera con Francia, donde vivían nuestros amigos.

Era tal la cercanía con Francia, que hacíamos las compras del supermercado a un precio menor, cruzando la frontera.

Durante mi estadía en Alemania por la mañana cuidaba a tres niños. A tal punto me había encariñado con ellos, que mi hija lleva el nombre de una de ellas: Anna. Por la tarde, me ocupaba de la higiene del equipamiento de los laboratorios de la universidad: probetas, tubos de ensayo y otros materiales. Mi trabajo consistía en poner en un canasto esos elementos, introducirlos en una máquina y, una vez finalizado el lavado, devolverlos a su lugar.

Como baby-sitter de los chicos, podía realizar mi tarea sin que lo impidiera el hecho de que yo no hablara alemán (los niños tenían entre nueve meses y un año y medio), lo cual me aliviaba.

Anna, la mayor, era muy traviesa. Cuando me enojaba con ella le decía con voz fuerte "Anna"; pero cuando era ella la que se enojaba conmigo, también me decía "Anna", convencida de que me estaba retando.

Más que las diferencias de idioma, me di cuenta de la distancia cultural que teníamos. Las siguientes anécdotas lo reflejan:

Salíamos a caminar alrededor del pueblito, donde había plantaciones agrícolas en parcelas pequeñas y un terraplén por donde pasaba un tren.

Como dato de contexto, quiero aclarar que estábamos en 1974. Cuando venía el tren, yo le decía a Anna: "*Chucu, chucu, chucu... eisebahn* (tren, en alemán)", y ella me respondía: "*Dzdz-dzdzdzzz...*", como un zumbido. Unas semanas después me di cuenta de que en Alemania no existía el "chucu, chucu", ya que todos los trenes eran eléctricos.

Un día en que fui al banco, mientras esperaba, vi una mesa bajita con cuatro sillas para niños, y en cada esquina de la mesa había un orificio con un auricular de teléfono. Levanté el primero, me lo puse en el oído y no escuché nada. Como buena argentina pensé que no funcionaba. Entonces probé con los otros tres y mi conclusión tercermundista fue: no funcionan. En ese momento entró un "enano" de dos años, se sentó en la sillita, levantó el auricular, con mucha seguridad apretó un botón debajo de la mesa y empezó a escuchar cuentos infantiles. Yo no salía de mi asombro. Esta situación puso de relieve, una vez más, el abismo cultural y tecnológico que nos separaba.

Desde mi perspectiva latinoamericana, me llamaba poderosamente la atención la libertad que ellos tenían con el cuerpo.

Una vez, en Israel, salimos del mar y mis amigos alemanes se desnudaron para secarse y cambiarse de ropa, sin reparos.

La otra situación que me resultó muy impactante fue durante la visita a los padres de estos amigos, que vivían en Bremenn, quienes nos hospedaron en su casa.

El padre era ginecólogo y el día anterior me había revisado en su consultorio. Esa noche, mientras me estaba bañando (la ducha no tenía cortina), entró el padre al baño y se puso a conversar

conmigo, como si estuviésemos en un bar. Para él fue algo natural, pero para mí fue una situación terriblemente incómoda, con todos nuestros pruritos con el cuerpo y la desnudez.

Esos seis meses en Alemania fueron una combinación de recreo y de ahorro, que nos permitió pagar el pasaje a Argentina.

1976 – De regreso

La etapa de inserción profesional en la Argentina no fue fácil. Todo era un empezar de cero, desde lo personal y lo laboral. A esto se le sumó lo complicado de la situación política del país.

Durante el último tiempo en Alemania, con mi pareja de aquella etapa habíamos decidido separarnos. De manera que, al llegar a Argentina, cada uno fue a casa de su familia. Después de cinco años en el Exterior, volver a vivir en casa de mis padres fue muy difícil, tanto para ellos como para mí. Afortunadamente, poco tiempo después, pude mudarme a un departamento de un ambiente que ellos generosamente me compraron.

En Alemania conocí a una pareja argentina que vivía también en Tübingen. Me gustaba mucho conversar de política con ellos, que eran militantes del partido comunista revolucionario y tenían una sólida formación ideológica. Al regresar a la Argentina, me contactaron con miembros de la organización y comencé a militar.

En la búsqueda para reinsertarme laboralmente, y a través de mi cuñado, psicoanalista, entré al equipo de Psiquiatría Social como trabajadora social pasante (*ad honorem*), en el Policlínico Evita de Lanús, en el departamento de Psiquiatría a cargo del Dr. Baremblit.

Allí, desde el departamento de Psiquiatría Social del hospital, llevamos adelante un proyecto maravilloso de prevención de la diarrea estival, en Villa Jardín.

Consistía en la formación de madres de la villa como promotoras de salud. Les dábamos la capacitación, en el hospital, acerca de todos los cuidados necesarios para evitar la diarrea infantil.

Cada promotora tenía a su cargo diez familias. Iban a las casas donde había bebés y observaban si las tetinas de mamaderas y chupetes estaban protegidas de moscas y otros agentes contaminantes. Con esta metodología tan sencilla y económica, se logró disminuir en un 70% la internación por diarrea estival.

Durante la implementación de este proyecto en la villa, conocí a referentes barriales, quienes me comentaban cuáles eran sus necesidades básicas insatisfechas. Una de las que aparecía muy fuertemente era la falta de agua. La única canilla estaba a tres o cuatro cuadras, en calles de tierra que con la lluvia se transformaban en un barrial intransitable.

Aquí vinculé mi compromiso político al servicio de estas necesidades y derechos básicos. Los domingos hacíamos chorizos a la pomarola y organizábamos juegos para los chicos: carreras de embolsados y kermesse.

Con lo recaudado, compramos los materiales para que la gente de la villa pudiera construir, durante los fines de semana, un camino de cemento hasta la canilla.

Uno de los recuerdos más emotivos de esa experiencia fue un día de lluvia, cuando vi a dos mujeres cargando dos baldes por el camino de cemento. Fue una foto que pude sobreimprimir a la imagen penosa del pasado, con sus pies hundiéndose en el barro.

Mis compañeras y mi jefa del hospital, que trabajaban en la villa, pertenecían a otro partido político y nunca toleraron mi militancia en un partido diferente, lo cual derivó en un conflicto severo, hasta que finalmente tuve que dejar la pasantía en el hospital. Recordemos que estábamos en los años 70, cuando las posiciones políticas eran irreconciliables.

Igualmente, desvinculada del hospital, seguí trabajando en el barrio de emergencia, esta vez junto con los dirigentes barriales, como militante, en pos de colaborar. Poco tiempo después llegó el golpe militar, y con él, la dictadura.

Recuerdo una vez que fuimos con gente de la villa a la Intendencia de Lanús. Yo iba vestida con ropa austera y no hablaba para no denotar mi no pertenencia al barrio. Hablaban los vecinos. No obstante, en un momento, el intendente preguntó:*"¿La señorita quién es?"*. Lo tomé como una primera advertencia.

Continué mi actividad allí, hasta que un día, estando en la villa, vinieron los vecinos en una camioneta semidestruida avisándome a gritos: *"¡Vení, vení que te sacamos, que te está buscando el ejército en el Cuarto camino!",* es decir: a una cuadra de donde yo estaba.

En ese momento, terminó mi experiencia en Villa Jardín. Me quedó un sabor amargo por no haber podido agradecerles el haberme salvado la vida.

1978 – Hogar Adolfo Hirsch, San Miguel

Guardo un profundo cariño y reconocimiento a quienes me permitieron desarrollar un trabajo profesional algo revolucionario para una institución muy tradicional. Pude concretar experiencias novedosas y enriquecedoras para los residentes (para mí, "los viejos", con todo el amor). También debí aprender a regular mi ímpetu y entender la necesidad de respetar los procesos. Tuve que encontrar la forma de romper con esquemas de años para incorporar nuevas modalidades de trabajo, tanto con el personal rentado como con el voluntario.

Fue un gran aprendizaje. Guardo mucho afecto y agradecimiento por esta institución.

Paralelamente a lo vivido en Lanús, logré mi primer trabajo pago como trabajadora social, en el Departamento de Psiquiatría de la Liga Argentina contra la Tuberculosis, a cargo del Dr. Jaime Pecheny. Fue un período breve, pero de gran aprendizaje.

Trabajé algunos meses con profesionales de primera línea, hasta que vi publicado en un diario un aviso para aplicar al puesto de trabajadora social en el Hogar Adolfo Hirsch, de San Miguel, donde residían adultos mayores, muchos provenientes de Alemania y de otros países europeos, sobrevivientes de campos de concentración.

Tuve la satisfacción de obtener el cargo. Fue mi primera experiencia profesional prolongada en el tiempo, ya que trabajé allí durante ocho años, en los que estaba a salvo del peligro al que había estado expuesta. En cierto modo me sentía "refugiada", porque era un hogar cerrado y protegido de la dictadura.

También en ese espacio no pude evitar transgredir las reglas.

Casi siempre en los trabajos terminaba siendo una *outsider*. En Israel, por ser extranjera; en Lanús, por mi pertenencia partidaria, y en el Hogar San Miguel, doblemente: por un lado, por no tener origen alemán; y por otro lado por las propuestas que hacía, generalmente, ajenas a la idiosincrasia de la institución y de los residentes.

Había un cuerpo de voluntarias en el Hogar, a quienes cada día un remís traía desde el barrio de Belgrano. Era un grupo de voluntarias "históricas", que tenían un promedio de edad entre 70 y 80 años y que pertenecían a las familias prestigiosas de la comunidad judío-alemana.

De inicio, organicé la primera capacitación a voluntarias, una actividad que nunca se había hecho en el Hogar. Como si no bastara con esta disrupción, apliqué mis conocimientos de la Escuela de Psicología Social[6] y organicé grupos operativos incluyendo trabajo corporal, lo que prácticamente las horrorizó.

Las voluntarias alemanas, hechas una furia, fueron a la comisión directiva para quejarse por las propuestas escandalosas que hacía "esta" trabajadora social. Estuve al borde del despido, pero pude permanecer y aprender a ir introduciendo cambios paulatinamente.

Otro conflicto que surgió fue en torno al tema del favoritismo. Muchas de las voluntarias acostumbraban a visitar a sus "favoritos" entre los residentes, que "casualmente" solían ser prestigiosos y de familias adineradas.

En una reunión diaria de supervisión les dije que no tenía inconveniente en que continuaran visitándolos, pero les planteé:

---

6 Entre 1976 y 1980 cursé en la Escuela de Psicología Social Pichon-Rivière.

"Muy bien. Unas horas las dedican para esas visitas, pero el resto del tiempo, para todos".

Lentamente empezaron a comprender el sentido de su función como voluntarias. Algunas tomaron confianza conmigo, adhirieron a mis propuestas y se prestaron a desarrollar actividades novedosas. Una de estas consistió en rescatar los saberes de los mayores en pastelería y otras especialidades de la cocina alemana y vienesa. Para ello, una voluntaria, junto con dos o tres residentes, cocinaba postres que habían dejado de preparar hacía años. Esas tardes, en pequeños grupos, armaban una merienda, a la que invitaban a los familiares. Con esta actividad, recreábamos una situación vital de su vida cotidiana anterior.

Algo tan simple generó oposiciones de unos y otros. Me presentaron obstáculos para conseguir el espacio, los insumos y los implementos para cocinar. La jefa de cocina también se resistía; incluso, había cuestionamientos como: *"Es muy feo que de 250 internados solo participen 10".* Pero los viejos no eran los que protestaban, a ellos no parecía molestarles.

Otro proyecto ocasionó rispideces con la jefa de la oficina que el Hogar tenía en Capital, quien se ocupaba desde siempre de comprar la ropa para los residentes. Propuse cambiar esta modalidad, al menos en algunos casos.

"Yo considero importante que el residente que esté en condiciones vaya y elija lo que le guste", les dije un día.

A la jefa le resultaba más sencillo ocuparse ella misma de la compra para todos a la vez, en lugar de considerar las diferencias individuales e incluir las propias elecciones de los residentes. Desde un punto de vista práctico, por supuesto que era más sencillo y operativo hacer una compra masiva, pero lo que yo planteaba era restituirles, a través de pequeñas actividades cotidianas,

el derecho a decidir y fortalecer la individuación, que es uno de los primeros aspectos que se pierden en toda institucionalización.

Algunas voluntarias se sumaron, cada una arreglaba con un residente, iban hasta el centro de San Miguel, que estaba a diez cuadras, compraban la ropa que el anciano elegía y se iban a una confitería a tomar un cafecito. Ellas aprendieron que este momento era bueno para ellos y también para ellas; de hecho enriqueció el vínculo y la calidad de las actividades de cuidado. La idea era reconstruir lo más posible la vida cotidiana anterior a la internación.

Otra iniciativa, resistida cuando la propuse, fue la de organizar asados en quintas con pileta. Algo revolucionario en el Hogar. Recuerdo que una vez un señor de 92 años me dijo: "*Vivi, no sé cuántos años hace que no entro a una pileta*".

Si se daba la posibilidad, podía ir a estas salidas algún nieto o familiar. En estas ocasiones, generábamos espacios para que los jóvenes les preguntasen acerca de su pasado y sus experiencias en la guerra. Se armaban charlas e intercambios intergeneracionales muy ricos, en los que compartían sus historias de vida.

Evocar estas salidas me trae recuerdos muy gratos, aunque también hubo momentos muy tristes. Había una residente a la que yo quería mucho, se llamaba Inge.

Una vez le dije: –Me enteré de que usted era un poco sinvergüenza de joven.

Ella sonrió: –Hoy vivo gracias a esos recuerdos.

La habían operado recientemente del corazón y yo le insistí para que asistiera a uno de los asados, con el permiso de sus médicos. Fue, pero tuvo tanta mala suerte que la reposera en la que estaba sentada se rompió. Inge se cayó y se fracturó la cadera.

Lamentablemente su corazón no superó la operación. Cargo con esa muerte en mis espaldas, aunque también sé que vivió un día maravilloso.

En muchos aspectos cambié modalidades del Hogar. Por ejemplo, propuse que no todas las actividades fueran masivas, consideraba que era mejor tratar de segmentar de acuerdo con las necesidades y capacidades de cada uno.

En el año 77 contraté a Lidia Starosta, profesora de Expresión Corporal. Los primeros días los viejos iban a la clase con el sombrero, la cartera y el bastón. Ella, descalza, con su malla de gimnasia, los invitaba a sacarse los zapatos y a dejar sus cosas a un costado. Al principio, para un anciano alemán, esto era muy disruptivo, pero después del shock inicial, esta actividad les encantó y se abrieron a un vínculo más plástico con su cuerpo.

Lidia también trabajó con los pacientes con menos posibilidades, con poca movilidad, o con Alzheimer, acostumbrados a la pasividad permanente en sus sillas de ruedas. Ella generaba juegos con pelotas, con música, y resultó increíblemente llamativo el grado de respuesta que consiguió.

En general costaba mucho trabajo desarrollar cada nueva iniciativa, por la alta resistencia que oponían el personal y los directivos. Uno de los ejemplos más claros fue cuando propuse como actividad una cinemateca, que era masiva y les permitía a los residentes varias horas de entretenimiento y la posibilidad de actualizarse y disfrutar de diferentes temáticas.

Cabe aclarar que en esa época no existía el cable y la televisión era pública: transmitía en determinados horarios una programación limitada, a través de cinco canales. Además, al estar los televisores en espacios comunes, se generaban discusiones por la elección del canal. Siempre ganaba el más fuerte.

La actividad de la cinemateca se iba a desarrollar en un edificio ubicado a unos doscientos metros de donde residían, con lo cual, además de tener que convencer a los viejos para que fueran, tenía que convencer a las enfermeras que debían trasladar a los que estaban en sillas de ruedas o que tenían movilidad reducida. Una vez le pregunté a una señora por qué no quería ir al cine, si la iba a pasar bien.

"Yo voy, pero solamente si me prometés que me traés vos de regreso a mi habitación", me respondió preocupada. Ahí entendí el miedo que tenía de que nadie la trajera de vuelta, que la dejasen abandonada en el cine.

La batalla por la colaboración de las enfermeras quedó desarticulada cuando se dieron cuenta de que, si bien era un esfuerzo llevarlos, les quedaban dos horas libres durante las cuales nadie las demandaba. Fue entonces cuando gané una adhesión muy grande y conté con su apoyo.

En el trabajo en las instituciones, es muy importante lograr una sinergia que permita alcanzar los objetivos.

Cuando a los viejos no les gustaba la película, se quejaban. Entonces las enfermeras me avisaban y yo les respondía con naturalidad que, quejarse de eso, era mucho mejor que reclamar para ir al baño o por la medicación o por el compañero de habitación. Además, cuando iban los hijos a visitarlos, tenían un nuevo tema de conversación.

También de esto tengo recuerdos alegres y alguno angustioso. Con los residentes que estaban en condiciones de participar en actividades sociales fuera del Hogar, íbamos al barrio de Belgrano, a organizaciones judías que los agasajaban con meriendas y actividades recreativas.

También propuse asistir, de noche, a conciertos o al teatro. El personal de la institución me cuestionó fuertemente cómo íbamos a hacer con la cena y otros temas que, al lado de todo lo positivo que aportaban las salidas a los residentes, resultaban menores. Lo que estaba intentando era abrir una institución cerrada, del adentro hacia el afuera y del afuera hacia adentro. Y eso, lógicamente, implicaba traspasar ciertas barreras, fundamentalmente de cambio de mentalidad.

A los viejos les encantaba ir de noche al teatro o al cine "de verdad", algo que los remitía a su vida anterior a la internación.

Una tarde en que habíamos ido al Cine Splendid (hoy Librería El Ateneo), luego de merendar, se me perdió un viejo. Me di cuenta al subir al colectivo, momento en el que contaba sistemáticamente el número de asistentes, antes de emprender el regreso. De inmediato identifiqué quién era el que faltaba. Le avisé a la señora Baksman, jefa de la oficina de Capital, que conocía muy bien a la población del Hogar. Al día siguiente, lo fue a buscar a comedores populares de la comunidad y lo encontró en uno de la calle Valentín Gómez. Lo que sucedió fue que este señor había vivido en una pensión cerca del cine y, al salir de la función, se desorientó, o su inconsciente le jugó una "mala pasada", y se encaminó a su vivienda anterior. No obstante, en medio de su confusión, había logrado ubicarse para llegar al comedor donde almorzaba habitualmente, solo que en otra coordenada temporal. Nunca supimos dónde había pasado aquella noche, lo que recuerdo es que estuve en vela hasta que logramos conocer su paradero.

Yo era una presencia "intensa" para el administrador y el gerente, y ellos aseguraban que "me aguantaban" porque nunca peleaba por cosas para mí sino para los viejos.

En el Hogar de San Miguel había unos departamentos con mayores comodidades para residentes autónomos, viviendas asistidas para los intermedios y otras para aquellos que dependían por completo.

Un señor de 92 años, que había estado tan feliz el día que volvió a ir a una pileta, tenía que operarse de cataratas. En caso de optar por la operación tradicional, debía dejar la vivienda independiente donde vivía y mudarse al pabellón de las viviendas asistidas. Él quería que le hicieran la operación con láser, ya que no requería posoperatorio. Pero en aquella época eso implicaba acudir a uno de los pocos cirujanos "top" que hacían esta práctica, con el alto costo que acarreaba. Tuvimos una pulseada muy fuerte con la comisión directiva y, finalmente, lo operaron, y pudo seguir viviendo con autonomía en su vivienda.

Otra de las actividades que incorporamos fue llevar al Hogar varias veces al año una orquesta y un coro de niños de una escuela pública. Los chicos cantaban, los viejos también hacían una presentación: era un intercambio muy enriquecedor durante un día completo. A partir de esta experiencia con niños corriendo y jugando, en el Hogar surgió la idea de celebrar el Día del Niño con los hijos del personal. Organizábamos juegos y actividades, y los internados que estaban en mejores condiciones colaboraban en la preparación y en la merienda. Nunca antes había habido una interacción tan estrecha entre el personal y los residentes. Fue otra vivencia que se incorporó a la habitualidad del Hogar.

El personal estaba sumamente agradecido: habíamos acortado distancias y logrado una gran motivación y fidelización con la tarea, con los residentes y con la institución.

Si bien mi gestión en el Hogar no decayó en ningún momento, decidí alejarme cuando mi primer hijo, Tomás, tenía un año.

Tengo grabada esta imagen: yo, en mi oficina, con el delantal del uniforme, haciendo el llamado de rutina a la empleada que trabajaba en casa, para ver cómo estaba Tomás. Ella, eufórica, me decía a los gritos: "*¡Tomás empezó a caminar; Tomás empezó a caminar!*". Recuerdo que colgué el teléfono y me puse a llorar. Yo quería estar allí, con mi hijo, y disfrutar sus conquistas. Fue un punto de inflexión que muchas madres atravesamos en algún momento de nuestra vida.

Me llevó seis meses elegir a la persona que me reemplazaría, y entrenarla para lograr una continuidad en todas las tareas iniciadas y mantener vivos los espacios ganados.

Un tiempo después, fui a visitar a Nora, mi reemplazante, y descubrí con satisfacción que no solo había mantenido lo que yo había hecho, sino que lo había expandido aún más.

Como balance, puedo decir que fue una experiencia muy enriquecedora y gratificante. Cuando renuncié, me hicieron la despedida en el comedor grande, al mediodía, coincidiendo con el cambio de turnos, porque todo el personal de mañana y de tarde quería estar presente. Fue inédito para las costumbres del Hogar tener en el mismo espacio a gente de maestranza, plomeros, jardineros y residentes, todos juntos.

Lo que me llevo de esta experiencia es haber introducido una mirada distinta hacia el viejo, ya no como un objeto de atención, sino como un sujeto con potencialidades, con deseos propios y autonomía; un sujeto de decisión y también de iniciativa y capacidad de acción.

En cuanto a mí como profesional, rescato la importancia de animarme a cruzar los límites, a jugarme por lo que consideraba importante, aun corriendo riesgos.

1986 – Lugar de Mujer: mi primer contacto institucional con temas de violencia

Mi relación profesional con la temática de violencia familiar, como se denominaba entonces, empieza en una ONG. Luego pasé a la función pública. Siempre señalo el salto cualitativo en cuanto al alcance de nuestras acciones, que permite trabajar en el Estado, así como los obstáculos que se tienen que sortear.

Fueron años de horas y horas de trabajo, y de logros muy significativos. La mayoría de lo realizado entonces, con la evolución propia de los proyectos, sigue funcionando y eso me genera una gran satisfacción.

Mi marido, Guillermo, militaba hacía tiempo con Chacho Álvarez y participaba de un espacio político con quienes crearon el grupo y la revista-libro *Unidos,* en la que publicaban artículos sobre política.

Un tiempo después, las mujeres del grupo decidieron formar un espacio análogo y publicaron una revista, que se llamó *Unidas*. Allí Guillermo conoció a Lucrecia Oller, entonces directora de Lugar de Mujer, una ONG para mujeres víctimas de violencia, una de las primeras en el país. Él sabía de mi interés por el tema. Unos años antes, yo había tenido una pareja con la cual había atravesado situaciones de violencia.

A mi marido le pareció que acercarme a esta organización podía resultarme una experiencia reparadora. Y así fue. Me contactó con Lucrecia, tuvimos algunas entrevistas y rápidamente empecé a coordinar con ella grupos de mujeres golpeadas.

Ahí aprendí la teoría en relación con la violencia de género y también herramientas de intervención. No recibí una formación sistemática, sino práctica, operando en las situaciones que se presentaban.

Después de haber renunciado al Hogar Adolfo Hirsch de San Miguel, mi quehacer profesional dio un giro. A partir de 1986, y durante casi tres años, coordiné grupos de mujeres en situación de violencia, en Lugar de Mujer. Simultáneamente, fui coordinadora de grupos operativos en la Escuela de Psicología Social. Unos años después dicté cursos de formación en violencia familiar en este mismo lugar.

Durante esos cursos siempre aparecían alumnas que se acercaban a hablar sobre situaciones de abuso vividas y nunca confesadas. El espacio las habilitaba para develar esas vivencias.

En una oportunidad, como coordinadora de grupo operativo, un alumno, un señor de unos cincuenta años, me miraba durante las clases de una manera que me resultaba intimidante. Recuerdo que cada vez que volvía de dar clase le comentaba a mi marido sobre esta persona, y él me decía: *"Tenés veinte alumnos, no le prestes atención justo a él".* Sin embargo, me era muy difícil no hacerlo, ya que tenía una actitud incisiva, hostil. Una tarde me crucé en el hall de la escuela con una mujer que había participado en los grupos de autoayuda de mujeres golpeadas que yo coordinaba en Lugar de Mujer. Ella había logrado un proceso muy satisfactorio: pudo separarse de su marido, un pastor ortodoxo, y luego comenzó a estudiar Psicología Social, justamente en esta escuela.

Esa tarde, cuando nos saludamos, me dijo: *"¿Viste? Está mi ex tomando tus clases".* Él sabía muy bien quién era yo. En cambio, yo no sabía quién era él. Pero en ese momento todo me quedó muy claro y su presencia dejó de resultarme intimidante.

Recuerdo que como coordinadora de la carrera de Psicología Social para la Tercera Edad viví una experiencia muy significativa. Un señor sumamente estructurado planteó en el grupo que en la escuela se usaban palabras habituales, pero con un significado muy diferente. Por ejemplo, la palabra "colectivo",

que además de hacer referencia a un medio de transporte, remite a un "grupo de personas o entidades que comparten una serie de objetivos, problemas o intereses, en la búsqueda de un objetivo en común".

Este uso diferente del vocabulario le generaba una dificultad, ante lo cual propuso traer un diccionario al grupo para consensuar el uso y significado de las diferentes palabras que usábamos. Nos resultó un poco pintoresco el pedido. En la reunión de autoevaluación de fin de año, este señor dijo conmovido a sus compañeros de grupo que todos los conocimientos con los que él había venido, que eran su marco de referencia, ya no le servían. Pero los que nosotros le habíamos dado aún no los había incorporado, no se los había podido apropiar, con lo cual sentía que se quedaba como en un limbo. Imagino que al año siguiente habrá podido incorporar estos nuevos saberes.

En 1989, conocí a Lili Chernajovsky, mujer de Chacho Álvarez, y nos hicimos amigas en la unidad básica a la cual yo concurría muy esporádicamente. Recuerdo que, en una de esas reuniones, en la calle Córdoba, conversamos mucho con Lili y decidimos ir juntas a Rosario, al Encuentro Nacional de Mujeres, que se continúa realizando hasta hoy y es un hecho único. Por entonces estos eventos eran incipientes; todavía no concurrían las 200.000 mujeres que asisten hoy en día a esos encuentros.

Un compañero del grupo Unidos tenía un hotel en Rosario y nos dio una habitación para compartir.

La primera noche no dormí: Lili me contó toda su vida. Había estado diez años presa durante la dictadura, de los cuales nueve pasó en celdas de castigo por liderar los reclamos ante las injusticias que sufrían las reclusas. Cuando la llevaron presa, su hija tenía dos años. El padre de su primera hija se fue al Exterior con la nena para protegerla, ella la volvió a ver recién al salir de la cárcel, con doce años de edad. Luego me contó la historia

con Chacho, cómo se conocieron, cómo formaron pareja y tuvieron una hija. A partir de esta intimidad nos acercamos todavía más.

Ese año se creó el Consejo Municipal de la Mujer (CMM) y designaron a Loli Domínguez como presidenta. Loli, que había compartido celda con Lili durante la dictadura, decidió designarla vicedirectora del CMM.

Cuando Lili asumió, me pidió que me hiciera cargo de la creación de un área para la prevención de la violencia hacia las mujeres. Para mí fue un sueño, pasar de coordinadora de grupos a hacerme cargo de este tema en toda la Ciudad de Buenos Aires. Me produjo una alegría inmensa, pero, al mismo tiempo pérdidas, ya que tuve que alejarme de Lugar de Mujer, donde me habían enseñado todo lo que yo sabía hasta entonces sobre violencia.

Empecé a trabajar en el entonces Gobierno de la Ciudad, en el edificio de Avenida de Mayo. Una de las primeras gestiones que abordé fue la creación de una línea telefónica de asistencia. Había leído mucho acerca de las *hot lines* –nombre que recibían las líneas de ayuda a mujeres en situación de violencia– y estaba decidida a abrir una.

En aquel momento (1989), no existía ningún tipo de servicio público específico de asistencia a las mujeres maltratadas, no se hablaba de este tema, era como si no existiera. Recién se había empezado a instalar en la sociedad, a raíz del asesinato de Alicia Muñiz, víctima de su esposo, el ex boxeador Carlos Monzón. Este escándalo público visibilizó una problemática que hasta entonces se mantenía oculta bajo el eufemismo de "crimen pasional".

Esto cambió el curso de la historia argentina en relación con la violencia familiar, y fue un punto de inflexión en la demanda de

atención. Por primera vez las mujeres que sufrían violencia se enfrentaban al riesgo de su propia muerte. Así, al identificarse con esta víctima, entendieron la dimensión de la problemática, comprendieron que no era algo que les pasaba "solo a ellas" y que no eran culpables de nada. Una frase recurrente en las entrevistas era: "*Yo pude haber sido una Alicia Muñiz*".

Ingresé al CMM como Directora del Programa de Prevención de la Violencia Familiar, pero oficialmente figuraba con el cargo de maestranza, es decir: el puesto más bajo que había en la Municipalidad. Cada vez que le reclamaba a la responsable por mi baja categoría, ella me decía: "*Chiquita, por vos no paga nadie*", aludiendo a que no tenía padrino político. Pero yo no necesitaba padrino ni título de jerarquía y estaba dispuesta a implementar este programa de asistencia, aun si hubiera que hacerlo *ad honorem*.

No estoy haciendo una apología del trabajo mal pago, sino resaltando lo que para mí es un sueño, mi pasión.

Hot line: cómo nació en Argentina la primera línea de asistencia en violencia familiar

Este proyecto tuvo muchos avatares. Viví momentos de mucha gratificación y otros de mucha tensión. Estaba convencida de que era imprescindible la creación de este servicio, pero no tenía quien me apoyara en este sueño.

Debimos enfrentar la dificultad de encontrar un lugar adecuado para su funcionamiento, la difusión para dar a conocer la línea, los cuestionamientos del ámbito académico porque las operadoras no eran profesionales, y atravesar muchos desafíos.

Cuando fui a hablar con Lili sobre la creación de una *hot line* (como se llamaba internacionalmente a este tipo de líneas de ayuda) para la asistencia a mujeres víctimas de violencia, me respondió: *"Estás loca, no hay servicios adonde derivar a las mujeres, ¿qué vas a hacer con las mujeres que llamen?".*

En Estados Unidos y Canadá, las *hot lines* se creaban como un servicio de derivación, a las instituciones asistenciales ya existentes.

Cuando Lili rechazó mi propuesta por considerarla "un delirio", hice algo bien psicopático como último recurso. Le dije: *"Lili, si el día en que te estaban siguiendo las fuerzas conjuntas durante la dictadura hubieras tenido un teléfono adonde llamar, y alguien te hubiera ayudado a pensar, nada más que eso: a pensar los pasos a seguir, te hubiera aconsejado qué hacer con tu hija hasta que te agarraran –porque te iban a agarrar seguro–, ¿te habría servido?".*

Me miró en silencio y, acto seguido, accedió. Fuimos al CIPPEC (Centro de Implementación de Políticas Públicas, que fue el organismo antecesor del SAME (Sistema de Atención Médica) y allí nos dieron una oficina para armar la *hot line*.

Cada vez que me entrevistaban por televisión u otros medios, mencionaba que habíamos podido concretar la línea rápidamente gracias a que las compañeras militantes del radicalismo ya habían conseguido la media sanción en Diputados para la creación de la línea. Esto no tuvo buena acogida por las autoridades del Consejo Municipal de la Mujer, porque consideraban que no era necesario mencionar a los radicales. Pero mi argumento era: "*El gesto de nombrarlas, en lugar de disminuirnos, nos enaltece*".

Desde el Consejo de la Mujer empezamos a hacer una convocatoria amplia, sin importar filiación política, para capacitar personal para atender la línea. Dimos un curso de un mes de formación para operadoras telefónicas a cincuenta mujeres. De ese grupo, se seleccionaron veinte, que a la brevedad se hicieron cargo de la atención telefónica. Recuerdo haber incluido en la capacitación técnicas para tolerar la frustración de un teléfono que no suena, pero el primer día llamaron... cien mujeres. Fue abrumador.

Empezamos a funcionar en el CIPPEC y, dado que no teníamos facultades ni contábamos con orden judicial para movilizar las fuerzas de seguridad, cuando llamábamos a la policía para que acudiera a alguna urgencia, no atendían a nuestra solicitud. De manera que ideamos una estrategia, que consistía en presentarnos de otro modo: "*Le habla la agente del Gobierno de la Ciudad, necesitamos un móvil para tal dirección*", nos habíamos entrenado para usar el mismo vocabulario y hablar en el mismo tono impersonal y firme, característico de la policía. Esto funcionó muy bien, hasta que se dieron cuenta de que éramos simples empleadas, entonces nos respondían sarcásticamente: "*¿Agente municipal*?". Pero para ese momento el servicio ya se había instalado en la sociedad y la policía siguió

respondiendo a nuestra solicitud de envío de un móvil policial al lugar del hecho.

Afortunadamente tuvimos mucha cobertura de los medios. El día que se inauguró públicamente el servicio, una periodista se acercó con su equipo al CIPPEC y me hizo una entrevista televisiva. Yo estaba totalmente afónica por la ansiedad, no podía emitir una palabra, a tal punto que el locutor que la acompañaba dijo al aire: "*¿Cuál puede ser el colmo de una directora de un programa de un servicio de asistencia telefónico? ¡Estar muda*!". Fue desopilante. A la gente le quedó muy grabada esa anécdota.

A la inversa de lo que se acostumbraba en los países desarrollados, lo que terminó aconteciendo fue que empezamos a llenar los hospitales con mujeres demandando asistencia por casos de violencia. Y surtió efecto: los hospitales se vieron obligados a abrir áreas de asistencia para estas mujeres en situación de violencia, debido a la cantidad que les derivábamos desde el servicio telefónico.

También las derivábamos a ONGs de mujeres, como por ejemplo la Fundación Alicia Moreau de Justo y Lugar de Mujer, entre otras.

En aquel momento, había poca capacidad de respuesta de las ONGs, la demanda sobrepasaba sus posibilidades, por lo cual en poco tiempo nos vimos obligadas a abrir nuestros propios centros dentro del Consejo Municipal de la Mujer, hoy Dirección General de la Mujer.

Estas decisiones suelen traer conflictos políticos. Las ONGs cuestionaban el hecho de que abriésemos nuestros centros. Las autoridades, por su parte, me presionaban para que deriváramos exclusivamente a *nuestros* centros, con lo cual yo no estaba de acuerdo; estaba convencida de la calidad profesional del servicio que ofrecían las ONGs.

El equipo del servicio telefónico funcionaba las 24 horas. Si bien yo dirigía el servicio, también trataba de atender el teléfono, cuando tenía oportunidad, para mantener la cercanía con las mujeres que llamaban y también con las operadoras.

A veces recibíamos llamadas que nos dejaban muy fuera de eje. Recuerdo una de las que más me impactó. Era un chiquito de nueve años y me dijo: *"No sé, a mí me parece que mi mamá no está bien. Duerme, duerme, lloraba mucho y ahora no se despierta"*. Se me heló la sangre. Mandamos una ambulancia de inmediato, y efectivamente, la mamá había intentado suicidarse.

En una oportunidad llamó una adolescente, su padre la abusaba y la mamá abusaba de su hermano. Eran gente de clase alta, y la chica no nos dio suficiente información como para que pudiéramos intervenir, por lo cual no pudimos concretar ninguna ayuda y quedamos todas muy frustradas.

Una vez llamó una mujer, gritando: "*¡Me está pegando, me está pegando!"*. El hombre le sacó el teléfono y me dijo: "*Usted no se meta porque mi mujer es asunto mío*". No esperaba mi respuesta: *"Mire, ni su mujer es un asunto, ni tampoco es suyo. Ahí va el patrullero"*.

Algunos cuestionaban que las mujeres que atendían la línea no fuesen profesionales. Sin embargo, la experiencia demostró que eso no era un impedimento, pues a falta de la formación teórica compensaban con una profunda capacidad de empatía. La creatividad que tenían era ilimitada. Una de ellas me contó que había llamado una mujer que estaba al lado de una ventana abierta, diciéndole que se quería suicidar. La operadora le dijo:

"Ay, señora, no sabe el vértigo que me da lo que me está contando. Le pido por favor que cierre la ventana para que podamos conversar". Y la mujer lo hizo, fue increíble.

Por el tema de la línea me llamaban frecuentemente de los canales de televisión. Un día fui a uno de los programas de Mauro Viale. Una mujer que lo había visto y que vivía en el campo, muy aislada de la sociedad, había tenido un incidente muy grave con su marido un rato antes. Ella sabía dónde él tenía el revólver y lo había ido a buscar. Cuando lo tuvo en la mano, no supo a quién de los dos disparar, si al marido o a sí misma. Afortunadamente había retenido mentalmente los datos de los servicios de asistencia, vino a Capital, escapando de su casa, y nos pidió refugio. Se quedó unos meses viviendo allí, hasta que pudo organizar una vida distinta, lejos del campo y de la violencia.

Para dar más difusión al servicio que dábamos a través de la línea, llevábamos a los programas de televisión a mujeres que habían sido víctimas de violencia, quienes daban su testimonio. Si bien tomábamos todos los recaudos para preservar su anonimato (nunca salían al aire de frente ni se revelaban sus nombres), esto me traía bastantes cuestionamientos por parte del ambiente profesional, porque muchos consideraban que era amarillista el exponer a las víctimas. Sin embargo, aquellas mujeres que aceptaban ir, lo vivían, según ellas mismas lo manifestaban, como una experiencia reparadora, y sentían que de esta manera estaban ayudando a otras mujeres.

En nuestro equipo, una de las operadoras era actriz. Con ella dramatizábamos situaciones, como si estuviéramos recibiendo una llamada real al aire. En un primer momento compartíamos los objetivos del servicio telefónico y las modalidades de intervención y, a continuación, ejemplificábamos la situación, teatralizándola. Además de resultar muy didáctico, esto generaba una buena llegada a toda la población, tanto por lo informativo como por lo emocional. Como consecuencia, cuando alguien era víctima o testigo de violencia sabía dónde recurrir.

Esta búsqueda de difusión tenía como objetivo que la gente se enterara de la existencia del servicio. Era muy importante y necesario instalar el tema en la sociedad. Al día de hoy la línea sigue existiendo.

En el transcurso, empecé a recibir pedidos de profesionales varones para incorporarse al servicio. Me preguntaba: ¿es adecuado incluir a un varón en el equipo?, ¿cómo será para las víctimas escuchar una voz masculina? Debo reconocer que me costó mucho tiempo aceptar a hombres en este espacio, imaginaba que, si una mujer llamaba en medio de una crisis con un marido violento y del otro lado de la línea respondía un varón, era altamente probable que cortara. Los postulantes insistieron mucho y entre todas decidimos dar una oportunidad a la experiencia.

Tuve que superar mis propios prejuicios. Y valió la pena: los resultados fueron excelentes.

Exportando la experiencia

Tuve la oportunidad de promover la creación de una línea de ayuda en Montevideo y en Bahía Blanca. En Uruguay, era una iniciativa de gestión asociada con el gobierno de Montevideo; en el otro caso, una gestión estatal.

En la época en que Tabaré Vázquez fue elegido intendente de Montevideo, funcionarios de su gobierno nos contactaron para solicitar ayuda en el diseño de una línea telefónica similar a la de Buenos Aires, en esa ciudad.

La propuesta que desarrollaron allá fue diferente: convocaron a todas las ONGs de mujeres para que se pusiesen de acuerdo en cómo instalar y atender una línea telefónica en común. Este servicio iba a estar financiado por la Intendencia, la que también quedaba a cargo de la supervisión, mientras que el consorcio de las ONG se ocupaba de la ejecución.

En ese marco, me invitaron a capacitar a las futuras operadoras de la línea. Fue una experiencia sumamente exitosa y muy gratificante, que me honró y reveló un reconocimiento hacia mi labor y mi trayectoria, a la vez que me permitió expandir mi sueño: que las mujeres saliesen de la situación de violencia.

Cuando la Intendencia de Bahía Blanca creó una línea telefónica de asistencia, me convocó para capacitar a las operadoras. Años después, en un encuentro sobre violencia familiar en Buenos Aires, se acercó a saludarme una profesional que trabajaba en el servicio y se había capacitado conmigo.

Me da mucha satisfacción y alegría saber que la línea todavía funciona.

Los centros de asistencia para las mujeres

En la creación de los centros, se me presentó nuevamente la tensión entre defender la gestión estatal exclusiva y optar por la gestión asociada. Había que conciliar posiciones antagónicas. También, en muchas oportunidades, hice concesiones para conseguir los objetivos.

Hoy, a la distancia, me pregunto si esto fue correcto, más allá de lo efectivo.

Todo parecería indicar que lo "coherente" y lo "normal" habría sido armar primero los servicios de atención y después las *hot lines*, porque la función de las líneas es la derivación de los casos. Pero dado que los servicios de asistencia no existían, hice el camino inverso: armé primero el servicio telefónico y eso inundó los hospitales de demanda. Gracias a esto la atención pública se vio obligada a crear servicios específicos de asistencia.

A su vez, en cuanto empezó a funcionar la línea, desde la Municipalidad comenzamos a desarrollar paralelamente centros para la atención de las mujeres, en forma personalizada. Esto generó conflictos porque antes de la creación de estos centros, desde la línea, derivábamos a las ONGs ya existentes. Sin embargo, las directivas eran que en el Gobierno de la Ciudad debíamos tener nuestros propios centros de asistencia. No estaba mal la idea, pero había una línea muy sutil entre monopolizar todo desde el Estado o dejar también espacio para las ONGs.

Fue complicado porque la orden era derivar todo a los centros propios, donde se daba asistencia psicológica, atención en grupos de autoayuda y contábamos con abogadas para cubrir el patrocinio jurídico.

En aquel momento existían cuatro centros. Actualmente aumentaron en número y se sumaron otros centros convenidos, es decir, tercerizados. De este modo, el espectro de atención quedó realmente ampliado, para dar respuesta a la lamentablemente creciente demanda.

Esta es una tensión que muchas veces se nos presenta a los profesionales, entre nuestros criterios y las demandas institucionales.

En Canadá los refugios están a cargo de las ONGs y el gobierno cubre el 80% de los gastos. ¿Es adecuado ese modelo de gestión? ¿Es pertinente? Al día de hoy no tengo una posición tomada, porque en la práctica las gestiones público-privadas muchas veces brindan mejor calidad de servicio que las que son exclusivas del gobierno.

Abogo por la gestión asociada como una alternativa compartida, pero creo que todavía estamos muy lejos de lograrla.

En el Primer Centro Integral de la Mujer, que funcionaba en la calle Salguero, organicé el servicio de asistencia a niños abusados y maltratados. Convoqué a una profesional muy prestigiosa sobre este tema: la licenciada Irene Entebi. Ella reunió a destacados profesionales para atender la problemática de las familias y de los niños, y permanentemente supervisaba y capacitaba al equipo.

Yo iba al final de las reuniones de supervisión para evitar escuchar los relatos de los casos, porque es un tema que me

supera, pero a pesar de mis dificultades, sabía que era crucial armar esa prestación.

Encargamos en Estados Unidos unos muñecos que tenían los órganos sexuales, los cuales se utilizaron en los diagnósticos de abuso. En una de las pocas reuniones en las que participé, hablaron sobre una nena de unos cinco años que había llegado con una situación de abuso por parte de un tío, si bien no hubo contacto físico.

Irene relató que le había dado a la nena los muñecos y que ella no los quiso tocar.

"Vos decime qué hace tu tío y yo le voy haciendo al muñeco lo que vos me indicás", le dijo Irene.

La nena, que dormía en la misma habitación con el tío, le indicó a Irene que le sacara la camisa, el pantalón, el calzoncillo y que pusiera la mano en el pito. Cuando ella lo hizo, la nena dijo inmediatamente: *"Con esa mano no, con la otra".* Este nivel de detalle da cuenta absoluta de la situación de abuso vivida.

Además de este centro, creamos también la primera línea para la atención de niños abusados y maltratados que se llamó *Te ayudo*. Logré que UNICEF subsidiara esta línea, incluidos los logos y los materiales de difusión, que tenían un diseño excelente.

Es interesante conocer la trastienda de cómo llegué a instalar esta línea. Llamé a Telefónica de Argentina y pedí una entrevista con el gerente. No tengo idea cómo, pero logré que me atendiera, aunque me dijo que estaba muy ocupado, que salía de una reunión a las 14 horas y que a las 14.15 entraba en otra.

–Ese tiempo me alcanza y me sobra. A las 14.01 estoy allí –y corté sin darle posibilidad de réplica.

Ni bien entré a su oficina le dije sin preámbulos que era la directora del Área de Prevención de la Violencia Familiar del Gobierno de la Ciudad.

–Necesito una línea solo de ingreso, es decir, para recibir llamadas de niños abusados –le dije. –Obviamente usted sabe que esto no le generaría ningún costo a Telefónica.

–Mi función es hacerle ganar plata a la empresa –me respondió, con aspereza.

–De eso, yo no sé nada, solo sé ayudar a quienes más lo necesitan.

Dos días después me llamó:

–Lamento informarle que la política de RSE de la empresa está vinculada al arte y la educación. No vamos a poder atender su pedido.

–Qué pena. Justamente, esta noche estoy invitada al programa de Mariano Grondona. Lamento tener que comentar que la empresa Telefónica nos negó una línea de ingreso de llamadas para niños abusados que ni siquiera les generaba un gasto.

–¿Me está amenazando? –fue lo único que se le ocurrió decir.

–Le estoy avisando –le dije.

A los quince minutos teníamos la línea.

Viéndolo hoy, a la distancia, y con una mirada autocrítica, podría decir que probablemente el Gobierno de la Ciudad debió haberse hecho cargo de comprar una línea. Y entonces, tal vez no habría sido necesario "patotear" al gerente.

No sé si lo hubiera logrado, pero si bien mi actitud no fue "políticamente correcta", yo sentía que el fin me dictaba las acciones a tomar, más allá del modo.

Algún profesional podría juzgar mi actitud en esa ocasión como poco ética. Desde mi escala de valores, la juzgo efectiva.

A veces siento que pongo la semilla y los programas o los proyectos toman vida propia, caminan y siguen para adelante por sí mismos. Me ocupo del *start up*. Después ya no los puedo visualizar como hijos míos. Incluso pueden tomar caminos con los que no estoy de acuerdo. Como me pasó, por ejemplo, con el refugio para mujeres en situación de violencia.

Recién ahora, recapitulando estas experiencias, me doy cuenta de que el Centro Integral de la Mujer, donde estoy trabajando actualmente con Fernanda Tarica, Directora de la Fundación para mujeres Shalom Bait (CIM Fenia Chertkoff, en Chacarita, ya cerrado hace unos años) es el resultado del primer Centro Integral que abrí en Salguero, hace treinta años, como ocurrió con otros centros que se fueron abriendo y que siguen funcionando al día de hoy.

Hace poco tiempo, en el CIM, atendí a una mujer de unos sesenta años por un problema de violencia con un hijo adicto. Treinta años atrás había tenido problemas graves de violencia con el marido, por lo que había recurrido al centro de la calle Salguero. En el transcurso de la charla nos dimos cuenta de que yo había sido la profesional que la había atendido en ese momento. Fue muy emotivo para las dos. A pesar de la cantidad de años que han pasado, ella quiere ir a vivir a su pueblo de origen, donde residen su hija y sus nietos, pero le da pánico la idea de cruzarse en la calle con su exmarido, que aún vive allí. Las secuelas de la violencia no saben de cronologías.

Un tiempo después organicé el programa de asistencia para la rehabilitación de hombres violentos, a cargo del Lic. Jorge Corsi (muchos años antes de que fuese procesado y condenado por abuso). No fue exitoso, era difícil lograr la participación y, más aún, la adherencia de los hombres al tratamiento.

A quienes trabajan en el tema de violencia suelo decirles que "el fracaso está garantizado". Por eso cada mujer o niño que salvamos representa el todo.

Nos apoyamos en los casos exitosos para poder tolerar la angustia de los fracasos. Algunas veces debemos lidiar con el sufrimiento que nos produce la muerte de mujeres que, aun siendo asistidas por el servicio, son asesinadas.

Recuerdo a una señora que concurría a los grupos, ya estaba separada y en proceso de recuperación. Una tarde el marido la esperó a la salida de su trabajo, en el barrio de Caballito, y la asesinó. Acto seguido se disparó, pero tuvo mejor suerte que su mujer y sobrevivió. Logramos que los hijos del matrimonio quedaran a cargo de los abuelos maternos y no del femicida.

Estos casos nunca se nos borran.

El refugio

La creación de un refugio era una necesidad imperiosa, lo que me llevó a concretarlo con cero presupuesto. Más allá de lo viable o no, hoy me pregunto si es profesionalmente correcto llevar adelante un proyecto de esa magnitud en esas condiciones.

En 1992 no existía ningún refugio para mujeres en Buenos Aires. Cuando había urgencia por que se fuesen de la casa, para protegerlas, les sugeríamos que concurrieran a la guardia de un hospital o a la sala de espera de una estación de tren.

Traté de convencer a las responsables del Consejo Municipal de la Mujer de la necesidad de encontrar un lugar adecuado para darles refugio.

Por contactos personales nos comunicamos con unas monjas, quienes nos dieron en comodato una casa anexa a su convento, cerca de la comisaría de la calle Avellaneda.

Abrimos este refugio con presupuesto cero. Me asignaron personal de otros programas para cubrir las necesidades las 24 horas; por supuesto, tampoco teníamos presupuesto para comida. Las mujeres se las arreglaban pidiendo comida en los negocios del barrio, al final del día. Poco tiempo después conseguí, a través de María Elena Nadeo (Presidenta de la Comision de Familia y Minoridad del Consejo Deliberante) un subsidio en especies para los niños que estaban en el refugio. Esto paliaba, en parte, la demanda que representaban sus necesidades alimentarias, no así requerimientos como cunas, pañales, ropa, biberones, juguetes, etc..

El Ministerio de Desarrollo Social creó el PIT (Programa Integral de Trabajo), que consistía en subsidios para mujeres a cambio de una prestación laboral. Logré que la presidenta del Consejo Municipal de la Mujer adjudicase treinta de esos planes para nombrar personal para el refugio. Este programa exigía trabajar en un espacio público a cambio del subsidio, con lo cual se respetaba la normativa y resolvía la necesidad de personal.

De este modo, y poco a poco, se fue institucionalizando el refugio como recurso. Hoy me pregunto si es correcto generar espacios sin presupuesto, "atados con alambre", a la espera de conseguir su institucionalización.

Inicialmente el personal que me asignaban para cubrir las guardias en el refugio eran choferes y cadetes de la Municipalidad, no estaban capacitados ni entrenados en temas de violencia. La primera noche hizo la guardia nocturna Hernán, uno de los cadetes. No habíamos recibido a nadie hasta ese momento, cuando llegó una mujer.

La habían violado en un colectivo, en la zona de Constitución. Hacía pocos días se había enterado de la existencia del refugio y fue directamente hacia allí.

Cuando Hernán me relató lo acontecido le pregunté qué había hecho luego de recibirla:

–La senté, le di un café con leche y la escuché.

–Está perfecto –le dije–, hiciste lo que tenías que hacer.

Entonces me di cuenta de que el nivel de precariedad era inmenso y que teníamos mucho para planificar. Posteriormente, las derivaciones al refugio solo se hacían previa llamada a la línea telefónica. Esto nos permitía preparar un equipo para recibir a cada mujer, según el caso.

Cuando llegaban las mujeres, después de descansar unos días lograban encontrar cierta calma. Como era un lugar abierto, ellas podían entrar y salir, bajo su propio riesgo. Teníamos una comisaría cerca que, por un tiempo, nos asignó un policía de guardia.

Tratábamos de que los grupos de autoayuda funcionaran afuera del refugio, en los centros de la mujer, y que los chicos continuaran sus clases regulares en sus escuelas, siempre y cuando no entrañara un peligro, privilegiando la postura de institución abierta.

Considerábamos que el refugio era una herramienta temporaria ante la emergencia, un lugar donde pensar y organizarse.

A fin de ayudar a las mujeres a reintegrarse a su vida habitual, tratábamos de construir con ellas una red social de sostén. Le proponíamos a cada una que hiciesen una lista de diez personas para quienes ellas eran importantes. La primera reacción siempre era: *"Yo no tengo a nadie".* Luego de varias entrevistas, revisando su historia, nombraban a tres o cuatro personas a quienes, con sus permisos, tratábamos de contactar para planificar con ellos su contención y su egreso.

Las mujeres llegaban al refugio sin conciencia sobre sí mismas ni sobre los hechos de violencia sufridos, con una visión muy tergiversada sobre el amor y el maltrato. Se sentían todavía "enamoradas" de sus parejas, y a pesar de que sabían que el refugio era un lugar secreto, en ocasiones ellas mismas le daban la dirección al abusador; seguían confiando y dependiendo de ellos.

A veces lleva mucho tiempo correr el vendaje y ver con claridad quién es el otro.

Después de unos años de haberme desvinculado, trasladaron el refugio a un lugar más grande, más lindo, en dependencias

del Gobierno de la Ciudad, con un presupuesto adecuado para las necesidades.

En la nueva ubicación se produjo el abuso de una de las mujeres por parte de un guardia, por lo cual se decidió que las mujeres no pudieran salir, y se transformó en una institución cerrada.

A mi criterio, fue una medida sumamente inadecuada. Creo que es un debate pendiente definir si es necesario que el refugio sea cerrado o si se pueden instrumentar medidas de resguardo y mantenerlo como institución abierta.

Tal como supe, cambió la población; hoy hay mujeres en situaciones mucho más precarias, incluso esposas de narcotraficantes, con el peligro que eso implica para todas.

Además del refugio, existen las casas de mitad de camino[7], que son espacios habitacionales para mujeres en condiciones de egresar del refugio e insertarse en la sociedad, con un grado de protección. Hoy en día, gracias al cambio de las leyes, la creación de la OVD (Oficina de Violencia Doméstica), el uso del botón antipánico y la implementación de las restricciones, estamos logrando la exclusión del hombre y que no sea la mujer quien tenga que irse de la casa.

Mientras escribo estas crónicas, con mucho dolor tengo que relatar un hecho reciente, que aconteció en abril 2023. Una de las mujeres que asistía a Shalom Bait, institución en

7 Las casas de medio camino son herramientas para el proceso de reinserción social y laboral de las mujeres y los niños. Cuando residen en ellas, las mujeres pueden ir a trabajar, y los niños a la escuela. Fuera de esos horarios, vuelven a la vivienda. Como tercer nivel de protección, hay edificios de departamentos otorgados por el Estado para llevar una vida absolutamente independiente, con la salvedad de que el resto de las residentes son también mujeres que han atravesado la situación de vivir en un refugio.

la que trabajo actualmente, fue asesinada por su exmarido en Cañuelas, localidad del Gran Buenos Aires, frente a sus dos hijos. María Isabel Speratti había hecho durante dos años todas las denuncias, iba permanentemente al juzgado, infructuosamente, para cambiar la carátula del expediente de lesiones leves a intento de asesinato. Sin embargo, nada fue suficiente, nada alcanzó para evitar este terrible femicidio.

Canadá

Visitar servicios de asistencia en Montreal me dio la oportunidad de conocer experiencias y formas de gerenciamiento diferentes, fue muy enriquecedor.

Me permitió corroborar lo acertado de nuestro abordaje y, a la vez, visualizar cuánto camino faltaba transitar.

Mientras estuve a cargo de la Dirección de Prevención de la Violencia Familiar, fui dos veces becada por la Dirección de Desarrollo Social de Canadá, en 1990 y en 1992, para visitar los servicios para mujeres en situación de violencia. Se trataba de pasantías de tres semanas.

Canadá siempre fue la meca en el tema de violencia familiar. Ya en el año 90 tenían doscientos refugios para una población bastante menos numerosa que la nuestra. Me llamó la atención que en Montreal hubiera un refugio específico para la población judía religiosa, que cumplía con todas las normas que prescribe la religión.

El modelo del gobierno canadiense para implementar los programas de prevención de la violencia se basa en la tercerización. De esta manera, el gobierno cubría el 80% de los gastos de los refugios y el resto estaba a cargo de la ONG que lo gerenciaba.

Esto me hizo cuestionarme acerca de si estos servicios deben ser provistos por el Estado o tercerizados. Creo que es un debate pendiente. Ambas alternativas tienen pros y contras.

Recuerdo la primera vez que fui a un refugio en ese país. Había llamado por teléfono para fijar el día y la hora. Cumpliendo el protocolo de preservar el secreto, no me dieron la dirección, solo me dijeron en qué estación de subte debía bajarme y esperar a que me pasaran a buscar. Mientras viajaba en el subte pensaba: "*Seguro que cuando llego a la estación no va a haber teléfono público, y si hay, seguramente no funciona; y si funciona, seguro que no voy a tener ficha para llamar; y si logro llamar, seguro que va a dar ocupado y no me voy a poder comunicar*". Cuando llegué a la estación, vi una fila de unos quince teléfonos públicos en perfecto estado, que se usaban con monedas de curso legal.

Ya en esa época, en Canadá existía el sistema de llamada en espera, incluso en los teléfonos públicos. De manera que llamé, tal como habíamos acordado, y me pasaron a buscar de inmediato.

En esas dos pasantías, tuve la oportunidad de visitar distintos servicios de asistencia, además de refugios, casas de medio camino para mujeres externadas de los refugios y edificios de viviendas para mujeres externadas de las casas de medio camino.

En el año 1992, estas alternativas de servicios, para mí, eran de ciencia ficción.

En Canadá me alojé en la casa de una trabajadora social que había estado conmigo en la mesa de Violencia Familiar en el Congreso Internacional de Trabajo Social, en Buenos Aires.

Una tarde salí a conocer Montreal y le dije que iba a volver para la cena. Cuando llegué, a las 19:30, ella y su marido estaban muy alterados pensando que me había perdido o habría tenido algún problema. Desde mi inocencia, no tuve en cuenta que ellos terminan de cenar a las 18. Recuerdo que les dije que para mí era impensable comer lechuga a la hora de la merienda.

Si bien en Canadá la infraestructura, los dispositivos y los recursos distaban mucho de los nuestros, las concepciones teóricas y los modelos de abordaje eran similares.

La experiencia allí me aportó la posibilidad de corroborar que estábamos en el camino correcto.

Estas pasantías reforzaron mi mirada y mi vocación sobre el tema de la violencia, a la vez que para mí eran, como diría Eduardo Galeano, un punto en el horizonte:

La utopía está en el horizonte.
Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos
y el horizonte se corre diez pasos más allá.
¿Entonces para qué sirve la utopía?
Para eso, sirve para caminar.

Una vida de compromiso, una vida de riesgos

Voy a compartir dos hechos que dan cuenta de riesgos que hay que enfrentar cuando se trabaja con situaciones de violencia.

Mi experiencia en temas de violencia en la Dirección de Prevención de la Violencia Familiar transcurrió entre 1989 y 1996, cuando pasé a otra área dentro del Gobierno de la Ciudad por conflictos con las nuevas autoridades. Sin embargo, haberme trasladado no significó haber suspendido en ningún momento mi compromiso con el tema. Tanto es así que, actualmente, estando jubilada y aun en pandemia, sigo en actividad, trabajando en la asistencia a mujeres víctimas de violencia, en una fundación.

Tal vez algunas anécdotas de momentos vividos den cuenta de lo que entraña abordar el tema de la violencia y cómo no es posible separar la vida personal cuando una está profundamente involucrada.

Baste como ejemplo esta situación que viví con una mujer a quien atendí dos veces en privado, en mi consultorio particular, que por entonces tenía en la casa de mis padres. La mujer era de una familia adinerada, el marido tenía una fábrica de zapatos en un galpón que era propiedad del suegro. Además de las graves situaciones permanentes de violencia, tenían un conflicto de índole económica, por lo cual la derivé a la Dra. Carmen González, una abogada muy reconocida en ese momento. Esto generó una escalada en el conflicto, a tal punto que el marido puso un detective para investigarnos a mí y a mi familia, incluyendo a mis padres y mis hermanos.

Él conocía al detalle la vida de cada uno de nosotros y llamaba de noche a mi casa y a la de mi madre. Cada vez que sonaba el teléfono, mi hijo corría asustado a bajar las persianas ya que en su imaginario infantil creía que eso nos protegería.

Teníamos un vecino enfrente al que, cuando se iba de vacaciones, le regábamos las plantas. En una oportunidad, durante uno de sus viajes, llamaron a su casa y no sé por qué reacción instintiva atendí el teléfono. *"¿Qué hacés? ¿Estás regando las plantas?",* escuché del otro lado.

El victimario creía que su mujer era amante de Mario Bendersky, mi padre, y también se refería equivocadamente a Mario Bendersky, creyendo que era mi marido.

Un viernes a la tarde, me llamó la empleada a mi trabajo y me dijo muy angustiada que estaba la policía en la puerta, con una orden de allanamiento. No tuvo más remedio que dejarlos pasar. Por fortuna, los vecinos siguieron paso a paso lo que hacían, mientras tranquilizaban a mis pequeños hijos, hasta que llegué.

Los policías desarmaron los placares buscando un arma, un revólver con el cual el marido decía que el amante de su mujer (supuestamente Guillermo, mi esposo) había baleado su auto. Obviamente no encontraron nada.

El lunes siguiente fuimos a ver al juez Caram, quien había dado la orden de allanamiento. Entramos con Guillermo, mi marido, al despacho, hechos una furia. Al oír los gritos, los guardias se acercaron y le preguntaron al juez si quería que nos retiraran por la fuerza. Al darse cuenta de que había cometido un grave error, les dijo que no hacía falta y nos quedamos conversando hasta que se aclaró todo y nos pidió disculpas.

El exmarido, cada vez más furioso, seguía llamando. Hasta que mi esposo consiguió el teléfono de la madre de él. Entonces empezó a llamarla todas las noches a la una de la madrugada. Claramente no fue una estrategia muy ortodoxa.

–Dejate de joder a mi mamá –le dijo unos días después a mi marido.

–Para eso tenés que dejar de joder vos a toda mi familia –fue su única respuesta. Y sorprendentemente dio resultado.

En otra oportunidad, estábamos asistiendo a una mujer en el Servicio de Prevención de la Violencia, cuya pareja era miembro de la SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado), lo que se dice "un peso pesado". Habían vivido en Suecia y tenían una hija de tres años. La mujer estaba escapando de él, que era golpeador, muy violento, y no encontrábamos la manera de protegerla, dado el poder que él tenía.

Nos hostigaba a la presidenta del Consejo (CMM), a Loli, y a mí, llamando a nuestros teléfonos particulares desde la SIDE, presionándonos para averiguar dónde estaba la mujer.

Loli era una mujer de armas tomar. *"A mí no me van a apretar",* les decía. Y a mí tampoco me podían intimidar fácilmente. De modo que sostuvimos la asistencia a esta mujer.

La única alternativa que veíamos posible para salvaguardarla era que volviese con su hija a Suecia, aprovechando que él tenía deudas pendientes con el gobierno sueco, por las cuales tenía prohibido el ingreso a ese país. Definitivamente, Suecia era el lugar más seguro para ella y la niña.

Era una cruzada por los derechos de esta madre y su hija, de manera que recurrí una vez más a la "impunidad Bendersky" y logramos cruzarlas sin el permiso del padre, es decir:

ilegalmente, a Uruguay vía Carmelo, desde donde partieron hacia Suecia.

Es importante tener en cuenta, y para contextualizar estas acciones cuestionables, que por aquella época no existían todas las herramientas con las que hoy contamos para proteger a una mujer: ni la OVD (Oficina de Violencia Doméstica), ni el botón antipánico, ni la prohibición de acercamiento ni otras medidas y recursos de que hoy disponemos (tampoco creamos que en la actualidad estamos en la panacea).

"Siberia"

En la gestión pública se está muy a merced del vaivén de la realidad política de cada momento. Algunos/as profesionales no siempre lo tenemos en consideración y esto nos lleva a pagar un alto precio.

Cuando Loli asumió como Diputada de la Ciudad, la reemplazó una nueva directora, con quien teníamos conflictos desde hacía bastante tiempo. Esta mujer había llegado por acuerdos políticos y no tenía la formación ni el coraje que, según mi criterio, ese puesto requería. Mientras ella había sido "la segunda", yo nunca la reconocí como autoridad y la salteaba sistemáticamente ante la toma de decisiones, actitud que tuvo sus consecuencias.

Cuando Loli se despidió, me dijo: *"Hasta aquí fuimos juntas en el camino. No te debo nada, no me debés nada, yo tuve el rédito político y vos el profesional"*. En ese momento, no entendí bien qué me estaba advirtiendo. Pero a los pocos meses, la funcionaria que había ocupado su cargo me dijo: *"No quiero seguir gastando mis sesiones de terapia en vos, así que te comunico que dejás la Dirección de Prevención de la Violencia".*

Era el año 93. El día que me echó, me fui a casa y me tiré en mi cama. Cuando mi hija de ocho años entró, yo estaba llorando. Recuerdo el diálogo que tuvimos entonces.

–Mamá, ¿qué te pasa? –me preguntó.

–Me echaron, me sacaron a mis hijos...

–Pero, mamá, tus hijos somos nosotros... –me dijo, sin entender mi desesperación.

Yo me sentía arrasada, la sensación era de un desgarro interno. Nunca me imaginé ser arrancada así de mi función.

En algún momento se me pasó por la cabeza –y algunas personas me estimularon–, iniciar alguna acción pública de denuncia para que me restituyeran en el cargo.

Para mí fue difícil tomar una decisión porque tenía miedo de que, por recuperar lo que consideraba que me correspondía, pusiese en riesgo los servicios que estaban funcionando. Fue una disyuntiva difícil y adopté una actitud más conservadora: prioricé los servicios del programa por encima de mis intereses personales.

La forma apasionada de hacer las cosas es una ventaja en algunos casos, pero en otros tiene este tipo de consecuencias. Asumo los costos y no me arrepiento.

Si bien me dolió enormemente, gracias a esa característica, en mi carrera profesional fueron más los logros que las pérdidas.

Me mandaron a una "celda de castigo": una oficina en el barrio de La Boca, donde no me habían asignado ninguna tarea y las empleadas tenían prohibido hablarme. Me sentía en Siberia. Un día, una de ellas, que me conocía de hacía unos años, dijo: *"A mí no me van a imponer con quién hablo y con quién no"*. Para mi alivio, con ella tomábamos mate; fueron unos meses en los que leí infinidad de libros.

El problema fue que la nueva directora supo que, aunque yo no trabajaba, al estar físicamente en ese lugar, tenía acceso a toda la información de la Dirección. Entonces decidió mandarme a una figura muy vergonzosa en la Municipalidad, que se llamaba R.E.N.O. (Registro de necesidades operativas), básicamente consistía en gozar del sueldo durante seis meses, eras personal en disponibilidad, y si después no encontrabas

un destino te podían despedir. Por fortuna, estuve muy poco tiempo en esa situación, ya que las casualidades o las causalidades de la vida hicieron que en ese momento el Dr. Borgonobo, Secretario de la Legal y Técnica de Presidencia de la Nación, me contactase para solicitarme que lo representara en la Comisión que reglamentaría la primera Ley de Prevención de la Violencia Familiar. Así fue como del R.E.N.O. pasé a tener una adscripción a la Presidencia de la Nación, donde cumplí servicio en el área Legal y Técnica de la Casa Rosada.

1994. La Ley 24.417 de Protección contra la Violencia Familiar

Impulsada por mis convicciones y mi deseo de avanzar en concretar instrumentos y herramientas para erradicar la violencia, me vi enfrentada a personas y situaciones que funcionaban como barrera. Tuve que aprender a sortear parcialmente esos obstáculos.

Cuando el Dr. Félix Borgonobo, a cargo de la Secretaría Legal y Técnica de la Presidencia, me convocó, me dijo: "*Quiero tener el honor de que usted me represente*", lo cual me llenó de orgullo.

Me reunía semanalmente con el comité redactor de la reglamentación de la ley ya aprobada, integrado por el Ministro de Justicia, el Dr. Barra, el Dr. Atilio Álvarez, Defensor Público de Menores e Incapaces, y otros funcionarios de alto rango.

Yo era un bicho raro en ese contexto: una trabajadora social judía, políticamente incorrecta. Una vez discutimos a los gritos porque planteé que, si esa reglamentación que estábamos redactando no incluía a la policía como elemento de coerción, aunque fuera solo para llevar la citación al hombre violento, se transformaba en una linda e inútil declaración de principios.

El Ministro de Justicia argumentó*: "Usted no entiende que esta es una ley civil, y no puede estar involucrada la policía. Lo que usted propone es anticonstitucional*".

A lo que le respondí: *"Entonces es una ley inútil. Lo que va a pasar es que no va a servir más que para dejarnos la conciencia tranquila a nosotros, pero no vamos a ayudar a las mujeres maltratadas (*como se las denominaba en ese momento*). Una citación llevada por un policía tiene otra fuerza simbólica".*

Finalmente acordamos que la policía alcanzaría la cédula al domicilio: en este caso la presencia de la policía funcionaría solo como un factor intimidatorio.

Esta ley fue muy criticada por el ambiente feminista, debido a sus limitaciones. Era una ley necesaria, pero no suficiente. Era difícil hacerles entender que había estado diez años encajonada hasta que Menem aceptó sancionarla y, dadas las circunstancias, en aquel contexto, fue lo máximo que se pudo lograr.

La sanción de esta ley instaló jurídicamente el tema en la sociedad. Lo importante es que sentó las bases para muchos servicios inexistentes hasta entonces y, además, abrió el camino para la futura Ley 26.485, que fue mucho más abarcativa. Es decir, fue una victoria en etapas.

Voluntariado

Durante los años en que trabajé en la Municipalidad, hoy Gobierno de la Ciudad, debí acomodarme a los cambios, según quién asumía la gestión. Quienes lo hacían no tenían en consideración lo realizado anteriormente. No obstante, tuve la oportunidad de desarrollar programas muy valiosos. En esta temática surgen también muchos cuestionamientos teóricos e ideológicos acerca del rol y la función de los voluntarios, así también el tipo de acuerdos económicos entre el Estado y las organizaciones. Estoy convencida de la fuerza que tienen los proyectos de gestión asociada entre el gobierno y la sociedad civil, pero manteniendo siempre el seguimiento del uso de los fondos públicos.

En junio del 96, Fernando De la Rúa fue electo Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y promulgó un decreto por el cual todos los funcionarios municipales que estaban con adscripciones o con transferencias de función, tenían que volver "a su destino", es decir, al lugar de origen.

En ese momento yo estaba adscripta a Casa de Gobierno y con ese decreto hubiese tenido que volver a la Dirección de la Mujer. Para la Municipalidad yo pertenecía formal y legalmente a la Dirección General de la Mujer, y estaba adscripta al Gobierno Nacional. Eso significaba cobrar por la Municipalidad y trabajar en Casa Rosada.

No quería volver a la Dirección de la Mujer, pero no por capricho, sino porque para mí era una situación muy violenta, por las condiciones nefastas en que me había ido, y que un año después no habían mejorado, entonces empecé a evaluar alternativas.

En enero de 1996 había ganado un concurso en el Joint (*American Jewish Joint Distribution Committee*), Fundación judía de los Estados Unidos, para diseñar, implementar y dirigir un programa de voluntariado. Desde allí pude crear una red de voluntarios en el área de acción social de la comunidad judía.

Siempre me mueven los objetivos. Cuando estoy muy segura del valor de una idea, esa fuerza se convierte en el motor que me lleva a golpear puertas que parecerían estar totalmente cerradas. Es esa misma fuerza la que me permite convencer a otros de un proyecto, a instancias de decisión, sin tener más que el convencimiento y la determinación.

Así fue como ante la intimación de volver a la Dirección de la Mujer, se me ocurrió contactarme (aun sin que me conociera) con el Ministro de Desarrollo Social, el ingeniero Rafael "Tuta" Kohanoff, una persona increíble que siguió trabajando en el INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial) hasta los 95 años.

Le propuse un proyecto para promover el voluntariado en el Gobierno de la Ciudad:

–Ingeniero, ¿cómo es posible que las fundaciones y las ONG tengan programas de voluntarios y el Gobierno de la Ciudad no tenga nada formal en este campo? –le planteé.

Y Kohanoff "compró". Le gustó el proyecto y lo empezamos a desarrollar.

Este programa de voluntariado municipal, primero se llamó Dirección de Voluntariado y después, *Uno por otro*. Fue atravesando distintas etapas y evoluciones.

Mi propuesta era generar un cuerpo de voluntarios de la Municipalidad que brindase sus servicios en distintas instituciones, municipales y/o ONGs, en temas de acción social.

Así, capacitamos voluntarios para trabajar en hogares de ancianos, hogares de niños, con discapacitados y otros grupos con necesidades insatisfechas.

Un aspecto fuerte del programa, el *cuore*, fueron las capacitaciones de voluntariado en general, y en temas específicos según el área en que estuvieran insertos los voluntarios, sin distinción de si los participantes pertenecían a instituciones públicas o privadas. También hicimos capacitaciones abiertas a la comunidad, que fueron muy exitosas.

Otro hito significativo fue la celebración del Día del Voluntario que, durante años, cada 5 de diciembre, se convertía en un evento masivo. Estas celebraciones se organizaban en forma democrática desde el gobierno junto con las ONGs, con igualdad de voz y voto en las decisiones para la planificación.

Tiempo después, la juventud del partido político UCR se apropió del programa y lo transformó en una herramienta política más orientada a sus militantes. Hicieron que gran parte de las actividades les diera visibilidad como, por ejemplo, pintar plazas, escuelas, etc.. A raíz de esto, una pregunta que me hago es si un militante es también un voluntario. En todo caso, ¿un voluntario acciona en función de un objetivo puramente social, o también político?

Tres años más tarde, con el regreso del peronismo al Gobier-no de la Ciudad, se dio otro cambio en el programa: se volvió a los emprendimientos anteriores de servicio directo, como ir a hogares, hospitales, desarrollar actividades vinculadas específicamente con la acción social. Durante todos los años en que estuve trabajando en esta Dirección, con cada cambio de gobierno se producía una transformación sustancial en las metas y objetivos del programa, lo cual implicaba empezar nuevamente desde cero,

dejando inconclusos los proyectos previos y discontinuando los programas en ejecución. Esto resulta sumamente frustrante para quienes operamos en el campo.

Hubo un salto cualitativo cuando generamos una línea de subsidios de bajo monto para promover la concreción de proyectos de las ONGs. Se presentaban anualmente a concurso y los ganadores accedían a $ 5.000, coherente con los valores de aquel momento, para concretar sus programas. Era un impulso que fue bien viabilizado por las ONGs.

Esto derivó en lo que es la actual Dirección de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, que tiene un lugar muy importante en el quehacer del área, y otorga subsidios de cifras muy elevadas a las ONGs. Desconozco el grado de seguimiento que hay en la actualidad en la asignación y ejecución de los fondos.

En lo personal, toda esta transformación me generó conflictos ideológicos, tanto por las instituciones destinatarias de los subsidios, como por el objetivo de los proyectos. Estaba claro que había dos posiciones: una planteaba que las ONGs debían alinear las propuestas de sus proyectos a las políticas del Gobierno de la Ciudad, que respondían a necesidades definidas desde el plan programático y, de esta manera, la oferta se correspondía con lo que estimaban necesario para la sociedad. La otra posición, por la cual subsidiaban proyectos no necesariamente prioritarios ni alineados con las políticas públicas, socialmente hablando, respondía al objetivo por el cual había sido creada la ONG.

La diversidad de las temáticas de los proyectos abordados era increíble. Solo para mencionar algunos, quiero compartir que, por ejemplo, *La Esquina de las flores* presentaba proyectos que tenían que ver con difundir la comida sana en la infancia. Angelita Bianculli, la dueña, daba personalmente talleres

prácticos en las escuelas primarias y en comedores de villa, con mucho éxito: los chicos se prendían y los padres empezaban a preguntar sobre este tipo de alimentación.

Otros abordaban la recreación en hogares de ancianos o de niños. También se promovían organizaciones que se encargaban de armar festejos de cumpleaños para poblaciones carenciadas. Por otra parte, se subsidiaban ONGs que desarrollaban actividades de fútbol para chicas en las villas, en un momento en el que el fútbol era "de varones".

Mi posición al respecto era que un 20% de los proyectos aprobados tenían que estar *en concordancia con* y responder a propuestas del Ministerio de Desarrollo Social. Dependiendo de qué corriente política tuviese la gestión que asumía el gobierno, se oscilaba entre solo aceptar proyectos alineados con la política pública o dejar liberada esta decisión a las ONGs. Por ejemplo, una vez propuse armar un consorcio de ONGs para capacitar voluntarios que trabajasen en tercera edad, que respondía a una necesidad detectada por la Dirección de Tercera Edad.

Para esto convocamos a cinco ONGs vinculadas con el tema, con las que diseñamos y realizamos entre todos, junto con el gobierno, un único proyecto. Cada una de las ONGs recibía el mismo monto de subsidio para la concreción del proyecto y, dado que fuimos nosotros quienes los convocamos y trabajamos a la par en una propuesta conjunta, su aprobación estaba garantizada. La supervisión y el seguimiento estaban a cargo de la Dirección de Fortalecimiento del Gobierno.

Años después, este fue un largo tema de debate que nunca se saldó, y poco tiempo antes de mi jubilación, generó que me enviaran nuevamente a "celda de castigo" (Siberia II).

Fue como consecuencia de la siguiente iniciativa: yo había propuesto hacer una fiesta significativa para celebrar el Día del Voluntariado. La Dirección nunca tenía recursos económicos suficientes para un evento de este tipo. Entonces le planteé al coordinador del voluntariado realizar una gestión asociada en la que convocáramos a dos ONGs. En forma consensuada, se elaboraría un proyecto que se presentaría a la convocatoria por subsidios, para concretar el festejo. Mi idea era hacerlo en el Teatro Colón, como ya lo habíamos hecho en otras oportunidades.

Así fue como convocamos a las ONGs, discutimos y delineamos el proyecto. Durante el proceso inicial, les comuniqué: *"Como es un proyecto que la Dirección está solicitando, está garantizada su aprobación".* Esto fue interpretado como un acto de corrupción por la nueva conducción. Las cosas que me dijeron fueron sumamente ofensivas, entre ellas, que no estaba respetando el protocolo de selección, la confidencialidad ni la igualdad de oportunidades para todas las organizaciones.

Esto demostraba un profundo desconocimiento de la lógica de la gestión pública. A mi criterio, las autoridades públicas tienen que tener cierto margen para definir cuáles son los proyectos y necesidades prioritarios, para el otorgamiento de los subsidios y, a la vez, tener en cuenta la autonomía de las organizaciones. Estoy convencida de que ambas posiciones pueden convivir armónicamente.

Como consecuencia, no solo no se concretó el festejo del Día del Voluntario, sino que también me mandaron a una oficina donde no pudiese hacer nada. Iba cuatro horas por día, daba vueltas, tomaba mate, charlaba con todo el mundo. Felizmente, a los pocos meses me salió la jubilación y di por terminados

mis 25 años de empleada de la Municipalidad (luego Gobierno de la Ciudad). Una vez más castigada por mis ideas, que no se alineaban con el *establishment*.

Para mí fue doloroso retirarme sin pena ni gloria. Siento que desde ese lugar desarrollé una labor muy fructífera y de fuerte impacto social, más allá del reconocimiento, tanto en el tema de la violencia como en voluntariado y ONGs.

Una de las experiencias significativas, que tuvo efecto fuera de todo lo planeado, contó con la participación de León Gieco. Habíamos decidido festejar el Día Internacional del Voluntariado con un evento en el teatro Coliseo. Les solicitamos a distintos actores y músicos si podían participar voluntariamente, e incluimos performances artísticas de ONGs como, por ejemplo, un grupo de tango de una organización de niños con capacidades especiales y la maravillosa orquesta sinfónica de la Villa 22.

En ese evento, los bailarines de tango, que eran chicos con síndrome de down, me pidieron ir a ver a León Gieco a su camarín. El artista accedió inmediatamente.

Fue un encuentro muy significativo para todos. Meses después encontré a León Gieco en un bar y me comentó que, a partir de ese evento en el Coliseo, en el que había entrado en contacto con las capacidades artísticas de estos chicos, se le había ocurrido una idea que se plasmó en el proyecto *Mundo Alas*. Consistió en un libro y un documental con el relato de experiencias de personas con capacidades diferentes, apadrinados por él, donde narran diversos aspectos de su vida y despliegan sus producciones artísticas.

Estas experiencias me ayudaron a tolerar los años de terrible achatamiento que vinieron después, debido a los cambios de funcionarios y al distinto direccionamiento de los políticos entrantes. En este contexto no podía desplegar mis iniciativas.

Sin embargo, si pongo todo en la balanza, fue más lo que me realicé profesionalmente y lo que dejé para la ciudad y para la sociedad, que los tiempos en que recibí maltrato o ninguneo.

Al respecto, puedo decir: *Confieso que he hecho*, "nerudianamente" hablando.

El Joint: los programas sociales y de voluntariado

Esta contratación implicó adaptarme a otra lógica de trabajo, salir de la gestión pública y pasar a la privada, en una ONG extranjera. Fueron muchos los desafíos que enfrenté, así como los logros que alcancé. Tuve que aprender no solo a diseñar y evaluar proyectos sociales, sino también a administrar presupuestos que estaban bajo mi área de incumbencia. Esto era totalmente nuevo para mí.

En los proyectos desarrollados tuvimos también que aprender a acercar respetuosamente los programas a una nueva categoría social que era "los nuevos pobres".

Trabajé en el Joint (JDC) como directora de los programas sociales durante más de veinte años, entre enero de 1996 y enero de 2017.

Esta organización internacional judía, fundada en Estados Unidos en 1914, hoy está presente en más de setenta países. El JDC ayuda a las comunidades judías del mundo, a través de su cobertura asistencial social y financia proyectos humanitarios destinados a comunidades no judías.

En el contexto de esta organización, yo era una *outsider*: estaba alejada de la comunidad judía, casada con un *goi*[8]; y habiendo trabajado en Presidencia de la Nación durante el período de gobierno de Menem, me estaba insertando en un lugar y en un estilo de trabajo totalmente diferentes. Yo venía del Gobierno de la Ciudad, donde nunca había recursos ni tecnología suficientes, el clásico "lo atamos con alambre".

8 No judío.

En cambio, en el Joint, contaba con presupuestos adecuados y un alto nivel de excelencia en la ejecución de cada uno de los programas.

En mi experiencia profesional, ninguno de los programas de prevención de la violencia de la Ciudad había sido plasmado por escrito con anterioridad, sino que lo iba desarrollando a medida que lo ponía en práctica. Tampoco escribí, después, ningún informe que diese cuenta de la experiencia.

El único material que elaboré durante esa gestión son dos capítulos incluidos en una publicación editada por el Gobierno de la Ciudad, que sirvió de base para toda una generación de profesionales. Estos textos daban cuenta de la creación y la ideología en los servicios de asistencia en violencia familiar.

Por otra parte, nunca había usado una computadora. El primer día me sentaron frente a una y estuve escribiendo como si fuese una máquina de escribir, de manera que, al finalizar el día, apagué el equipo sin haber guardado el trabajo. Cuando supe que había perdido todo me agarré la cabeza. Una chica que estaba en la sala de espera fue testigo y se ofreció a ayudarme. Resultó ser profesora de computación, entonces el Joint la contrató para que me diera clases.

Yo tampoco tenía entrenamiento para escribir un proyecto social; era intuitiva, espontánea, tenía un saber no sistematizado.

Cuando contrataron al director de la carrera de Organizaciones sin fines de lucro de la Universidad de San Andrés, Gabriel Berger, le tocó pulirme, por no decir "amaestrar un mono con navaja". Él me enseñó todo acerca de cómo se diseña un proyecto social, un presupuesto, un cronograma y una evaluación de su implementación. Aprendí muchísimo en la supervisión con él.

Fue un trabajo apasionante. Contaba con todos los recursos que mis sueños y proyectos de mejoras a desarrollar necesitaran para poder plasmarse. Me decían la "Evita" del Joint porque hasta entonces esa oficina no había tenido contacto directo con la población carenciada. Cada vez que llamaba algún caso raro me lo pasaban: "*Tomá, esto seguro que es para vos*".

El primer proyecto lo diseñé con la guía de Gabriel Berger; consistía en armar una red de voluntarios. Teníamos el antecedente de lo que había ocurrido después de la bomba en la AMIA, cuando se armó un grupo de voluntarios profesionales que desarrollaron acciones de contención y asistencia a familiares de víctimas y a instituciones de la comunidad. A partir de aquel proyecto surgido como consecuencia de la catástrofe, el Joint decidió desarrollar un proyecto más abarcativo y de mayor impacto en todo el país, con un abordaje más profesionalizado. Este primer grupo embrionario estaba constituido por profesionales en actividad dentro de la comunidad judía, con mucha filiación y compromiso activo.

El Joint había hecho la convocatoria a través de avisos clasificados en diarios y contrató a un profesional en selección de personal para la búsqueda de un director del programa de voluntario. Sorprendentemente para mí, que había enviado el CV sin mucha convicción, quedé seleccionada.

Mi primer desafío fue armar un equipo de seis colaboradores para que operasen en el campo. No me dieron libertad para hacerlo; solo pude elegir a uno de los coordinadores. El equipo, tal como quedó conformado, me percibía como muy extraña y ajena, por mi estilo personal, lo cual generaba tensiones entre nosotros.

Anteriormente había coordinado talleres en el Departamento de Adultos de Hebraica, en canje por una beca en el club para mi hijo. Allí conocí al hermano de uno de los directores del Joint, que era el coordinador del área de capacitación.

Cuando concursé para el cargo de directora de voluntariado en el Joint, él se ofreció a ayudarme a escribir el proyecto para aplicar. Él se había formado en Francia, con un posgrado en la Sorbona. Efectivamente, elaboramos una propuesta que reflejaba un altísimo nivel profesional.

Pasé a la segunda etapa: la entrevista con el selector de personal, a quien mi perfil le resultó adecuado. Había quedado en la dupla final junto con un profesional muy prestigioso de la comunidad judía. Finalmente fui elegida para el cargo.

Luego de mi incorporación, una vez en actividad, le pregunté al seleccionador del Joint por qué me habían elegido a mí, siendo mi perfil tan ajeno a la comunidad. Me respondió: *"Justamente por eso. Buscábamos un perfil de un profesional que haya sido exitoso fuera de la comunidad".*

Junto con el equipo a mi cargo y los directores del Joint, decidimos armar un proyecto de voluntariado para ser desarrollado en las organizaciones de la comunidad judía de Capital Federal. Contábamos con un presupuesto holgado. Se seleccionaron quince instituciones (entre ellas, ORT, Bet El, Amijai, Hebraica), donde se establecerían Centros de Acción Voluntaria (CAV). Cada coordinador tendría a su cargo tres o cuatro.

Israel tiene una larguísima experiencia en programas de voluntarios y la relación del Joint con los profesionales israelíes era muy cercana, se planteó que todo el equipo viajaría por dos semanas a Israel a entrenarse con los especialistas.

Después de hacer números, le dije al director que me parecía una barbaridad gastar un cuarto del presupuesto en el entrenamiento del equipo (evidentemente seguía con mentalidad municipal). A cambio, le propuse traer a las dos especialistas israelíes a la Argentina para que nos capacitasen. A raíz de haber frustrado el viaje a Israel, el malestar de los colaboradores fue inenarrable.

Y también lo fue con respecto a mi administración del presupuesto. Yo, tan ahorrativa y sin experiencia, pensando en dejar un resto para usar al año siguiente, había gastado solo una parte del total, un 85%. ¡Qué ingenua! Al año siguiente me asignaron un presupuesto menor. Hasta ese momento, evidentemente yo desconocía la lógica de los presupuestos de las organizaciones internacionales, donde no es posible acumular ni guardar remanentes. La lógica es la siguiente: si gastaste menos, significa que para el siguiente año vas a gastar menos todavía, porque la inversión inicial queda amortizada.

El equipo me veía como a alguien que venía de la estratósfera, había logrado cero reconocimiento de mi autoridad como directora del proyecto.

Recuerdo que nos reuníamos en una sala donde había una mesa ovalada con una silla en la cabecera y las demás sillas alrededor. En todas las reuniones de equipo alguien llegaba antes que yo y ponía la cartera y el saco en mi silla. Y en todas las reuniones, yo iba y los sacaba.

Otra oportunidad que tuvo el equipo para molestarse conmigo fue cuando vinieron a capacitarnos las especialistas israelíes. No tuve mejor idea que decir que me parecía muy egoísta que todo este saber fuera destinado solo a la comunidad judía. En esa ocasión propuse hacer una actividad de día completo, invitando a diferentes ONG y organismos estatales vinculados con el tema. Transcurría el mes de febrero de 1996.

El equipo opinaba que iba a ser un fracaso total porque en verano no había nadie en Buenos Aires. Les dije que tenían absoluta libertad de no participar, que lo iba a hacer igual, con o sin ellos. La única que me seguía era la coordinadora que yo había seleccionado.

Hice la convocatoria abierta en el auditorio que nos facilitó el Club Hebraica y fue sumamente exitosa: participaron más de doscientas personas, entre ellas, quienes luego fueron el primer equipo directivo del CENOC (Centro Nacional de Organizaciones Comunitarias).

El evento tuvo un gran impacto dentro y fuera de la comunidad. Finalmente, de mi equipo participaron todos. A raíz de este encuentro, el CENOC nos convocó para asesorar y elaborar los manuales para la creación de centros de voluntarios, que se abrieron en localidades del interior del país.

Había una gran resistencia de abrir la propuesta a toda la sociedad, ya que en ese momento no era habitual trabajar en programas conjuntos.

Años más tarde, las organizaciones judías comenzaron a tener una relación más fluida y estrecha con los programas y los organismos estatales.

Estábamos frente a las primeras señales de una crisis económica que derivó en la gran crisis de 2001. Los rabinos me contaban cómo algunos miembros de la comunidad les compartían en forma confidencial sus penurias económicas.

En realidad, cuando pensamos en abrir esta red de voluntarios, a semejanza de la de Israel, se pensaba en atender necesidades secundarias, a saber: apoyo escolar, ayuda a ancianos y a personas con discapacidad, etc.. Hasta entonces no nos habíamos planteado la posibilidad de atender necesidades primarias, que fue en lo que mayormente devino el programa.

Otra dificultad que tuvimos que enfrentar y ver cómo sobrellevar fue que la mayor parte de nuestra población pertenecía a lo que se denominaba los ¨nuevos pobres¨, personas acostumbradas a un nivel de vida acomodado y que, de golpe, debían asumirse como pobres. Trabajamos mucho en el modo de acercar la ayuda a estas familias, evitando herir su autoestima y haciendo menos dolorosa esa experiencia de tener que pedir ayuda.

Algunos programas del Joint

Siempre me sorprendió y admiró cómo una puede diseñar un programa y, al ir al campo, verse obligada a cambiarlo, es decir tener la plasticidad de adecuar en la práctica en función de la necesidad.

Inicialmente nos proponíamos entrenar a voluntarios para asistir en necesidades secundarias y la realidad nos impuso atender necesidades básicas. Debimos aprender a desarrollar instrumentos para dar respuesta a estas últimas.

Por otra parte, debimos aprender a manejar nuestras propias angustias y ansiedades, ya que nuestros asistidos estaban atravesando situaciones muy similares a las nuestras o a las de nuestros allegados.

Los voluntarios de las instituciones abrieron roperos, farmacias, comedores comunitarios y muchos otros servicios.

Cada institución tenía la libertad de decidir qué programa llevar adelante, y cada coordinador estaba a cargo de una o dos instituciones en las cuales funcionaba un centro de voluntarios. A su vez, cada uno de estos centros podía llevar adelante varios programas. Al terminar el primer año había 26 centros y más de 1.200 voluntarios en actividad.

En una primera etapa, los programas más desarrollados atendían necesidades básicas, como la entrega de bolsos de alimentos y medicamentos. Los insumos se recibían a través de donaciones de particulares.

Quiero compartir algunas de las experiencias más significativas:

Recuerdo una oportunidad, cuando el rabino de la escuela Tel Aviv me llamó para solicitar la apertura de un centro en su comunidad. Me comentó su preocupación y me contó que, cuando durante el servicio religioso del Shabat anterior, les solicitó a los presentes que a la salida pusieran dinero en una caja para comprar comida a los miembros necesitados de la comunidad, los fieles se habían horrorizado ante la posibilidad de tocar dinero en Shabat, algo que está prohibido por precepto religioso.

El rabino les explicó que es más sagrado atender la necesidad del hambre que respetar el precepto. Sucedió que aquel viernes al mediodía, el rabino había visto a dos hermanitos salir del colegio, supuestamente para ir a almorzar a su casa, y los vio regresar a los cinco minutos. Cuando les preguntó por qué volvían tan rápido, los chicos le dijeron que en su casa no había comida.

En otra oportunidad, en la comunidad Emanu El, se generó todo un griterío y una pelea en la sala de espera, donde se escuchaba a una señora gritarle a otra: *"Por culpa de usted yo estoy acá buscando la bolsa de alimentos".* La historia detrás de este incidente fue que la mujer que gritaba había sido la secretaria de una escuela judía y le reprochaba a la otra señora, una madre que llevaba a sus hijos a aquel colegio, que ya no cobraba su sueldo porque los padres habían dejado de pagar la cuota.

Recuerdo una anécdota que dio origen a las tarjetas Coto[9]. Una señora estaba en una sala de espera en la comunidad Emanu El y cuando se acercó al escritorio donde le iban

9 Tarjeta que se entregaban a los beneficiarios, con una carga mensual de dinero para comprar alimentos de la canasta familiar en una cadena de supermercados.

a entregar el bolso de comida, otra mujer, de unos 60 años, se puso a llorar y dijo: *"No puedo caer tan bajo",* se dio media vuelta y se fue, abandonando la bolsa de alimentos. La población que estaba solicitando ayuda había pertenecido a una clase media acomodada y se encontraban en situación de pobreza. No estaban acostumbrados a solicitar ni a recibir ayuda, a la que consideraban caridad.

Por esta causa, las autoridades del Joint, junto con directores de las instituciones donde funcionaban estos centros, decidieron implementar la modalidad de ticket canasta, para preservar la dignidad de estas personas. Eran similares a los tickets de almuerzo tan comunes que las empresas otorgaban a sus empleados.

Posteriormente encontramos una herramienta mucho más efectiva, que fue la "tarjeta Coto". Hicimos un acuerdo con el supermercado a través del cual los beneficiarios podían ir a comprar alimentos con esa tarjeta.

Coto nos enviaba el informe de quiénes habían usado la tarjeta para consumir alcohol, lo cual no estaba habilitado. Una vez me llegó uno para revisar la situación de un señor que había comprado una botella de whisky. Me comuniqué con esta persona para explicarle que esos productos no estaban dentro de lo que se podía consumir, y él me respondió que el médico que le hacía las recetas no le cobraba honorarios, y como estábamos en diciembre, él quería hacerle una atención en agradecimiento.

¿Qué debíamos hacer en una situación así? Creo que estos contextos nos paran frente a la relatividad de nuestras normativas y prejuicios, y a la necesidad de reverlas siste-máticamente.

Algo que es correcto en un momento o circunstancia, en otro contexto puede dejar de serlo.

Uno de los proyectos que resultó muy exitoso fue el Club del Trueque que funcionaba los fines de semana en la escuela Hertzlía, siguiendo el ejemplo de Juan Carr, con quien construimos una hermosa amistad y que me ayudó a desarrollar esta experiencia. Recuerdo que cuando lo llamaba por teléfono a su veterinaria, me decía: *"Esperá que apago el secador, que estoy secando un perro, así te puedo escuchar"*. En ese contexto hablábamos de nuestros proyectos solidarios y de cómo llevarlos adelante. Corría el año 1998.

Durante esa época se acercó gente de todas las comunidades para intercambiar productos de lo más variados. Lo que más éxito tenía, lo que más circulaba, eran los emprendimientos de comida. Creo que además del beneficio del intercambio, en ese momento tan angustioso de la Argentina de 2001 al 2003, la gente encontraba en ese Club del Trueque un espacio de contención y afecto.

Algunas de esas personas lograron, a partir de esta experiencia, desarrollar emprendimientos productivos. Uno de ellos fue el proyecto "Jalá": un grupo de cuatro señoras se asociaron y, con la colaboración de la comunidad Hertzlía, que prestó sus instalaciones, producían este pan para el ritual del Shabat. Lo vendían los viernes a la mañana en escuelas, clubes y comunidades de la colectividad judía. Funcionó bien tres o cuatro años. Después, la coyuntura del país fue cambiando y las señoras pudieron insertarse en un mercado laboral más formalizado.

En Hebraica funcionaba un programa de otra índole, con una red de profesionales voluntarios, entre ellos, psicólogos, médicos y dentistas.

Recuerdo el origen de la red odontológica: fue un día en que vinieron a mi oficina dos mujeres que querían incorporarse a la red de voluntarios, hacer algo para ayudar a la comunidad. Una de ellas era odontóloga, le pregunté si se animaba a que creásemos una red de odontólogos para asistir a las personas necesitadas de la comunidad. Y se animó. Logramos convocar a una cantidad importante de odontólogos que atendían a un número limitado de pacientes en sus consultorios. Una tarde, en el consultorio de mi odontólogo, reconocí en la sala de espera a una de las señoras que recibían ayuda del programa.

Uno de los aspectos más maravillosos de la red de asistencia odontológica era que personas sin recursos se atendían en los mismos consultorios donde se habían atendido antes de la crisis y donde se atendían personas de buena posición económica.

Periódicamente, junto con las coordinadoras del programa de odontología, invitábamos a los profesionales a un desayuno en una confitería, con el objetivo de agasajarlos, y a la vez, para intercambiar experiencias y compartir los avances.

En una oportunidad comencé agradeciéndoles profundamente por haber hecho realidad este sueño mío.

Uno de los profesionales se levantó y dijo muy conmovido: *"Nosotros te agradecemos a vos porque nos diste la oportunidad de poder hacer algo, de contribuir con nuestra comunidad desde nuestros consultorios, ser parte, dentro de nuestras posibilidades".*

Otro odontólogo compartió una experiencia que le había causado un gran impacto con una de las pacientes que le habíamos derivado. Cuando esta mujer entró al consultorio, él la reconoció: habían sido compañeros en los grupos juveniles durante la adolescencia.

Existieron muchas otras iniciativas que contaron igualmente con un aporte invalorable de creatividad y solidaridad por parte de los voluntarios que los llevaban adelante, quienes además de horas de trabajo donaban los materiales odontológicos.

Los donantes del Joint periódicamente visitaban la Argentina para conocer los programas de los cuales eran aportantes. Para esto, organizábamos espacios de encuentro entre miembros de las delegaciones y beneficiarios, a fin de que pudieran tener un acercamiento más estrecho.

Recuerdo una situación en la cual había cuatro visitantes norteamericanos y un matrimonio de beneficiarios de más de setenta años; él había tenido una fábrica de pilotos y una posición económica muy próspera. Cuando se abrió la importación en la época de Martínez de Hoz, en los ochenta, comenzó su decadencia económica, hasta que finalmente se fundió. En aquella oportunidad yo estaba a cargo de la traducción de su relato ante los visitantes del Joint, y en un momento fue tal mi conmoción por la similitud de su situación con la de mis padres que se me hizo un nudo en la garganta y no pude seguir traduciendo.

Esta fue otra de las grandes dificultades y desafíos para la mayoría de los profesionales que ayudábamos a familias en este tipo de situaciones. La similitud con las circunstancias personales que atravesábamos la mayoría de los argentinos dificultaba mantener una distancia profesional óptima.

Superando dificultades

Enfrenté dificultades hacia el interior del equipo, atravesé tensiones y situaciones de resistencia, ya que me veían como una "extraña" dentro de la comunidad.

El equipo de coordinadores se conformó con esta tensión latente.

Pasada la primera mitad del año, se había planificado una evaluación de la gestión y logros del equipo, para la cual envié previamente a cada uno de los coordinadores una ficha de evaluación para completar y trabajar sobre ella. El día de la reunión se sumaron el director del Joint Argentina, el director adscripto y el consultor, que había sido el primer director de la institución: Alfredo Berflein.

Cuando se inició la reunión, el equipo me informó que ya se habían reunido y habían elaborado un informe de evaluación. Me entregaron una copia, era un documento bastante extenso. Habían compartido ese documento con toda la dirección del Joint. Lo habían leído todos menos yo.

Tomé el informe y sugerí que, dado que yo no había tenido oportunidad de leerlo, empezáramos a leerlo todos juntos. El equipo sugirió leer determinados párrafos y debatir acerca de los mismos, a lo que repliqué que primero prefería tener una imagen global del contenido. Mientras tanto, durante el tiempo de lectura me daba tiempo para iba a decidir qué actitud tomar.

Accedieron a leer en voz alta el documento completo, en el cual descalificaban la gestión. Cuando finalizó la lectura, lo tomé, lo di vuelta, lo puse sobre la mesa con un gesto enérgico

y dije: *"Vamos a trabajar con la guía de evaluación que yo les envié".* Así se hizo.

Terminada la reunión, me convocaron los directores y me preguntaron cómo me sentía. Obviamente, les respondí que estaba muy mal. Ambos coincidían conmigo en que se trató de una actitud sumamente artera y poco ética. Como todos sabíamos quién era el promotor, también por el lenguaje en que estaba escrito el documento, el director me sugirió separarlo del equipo; consideraba que dado lo acontecido iba a ser muy difícil seguir trabajando juntos. Sin embargo, le pedí que me dejara mantener todo como estaba; a mi criterio, separarlo era un signo de debilidad, no de fortaleza. *"Probemos, veamos cómo van aconteciendo las cosas",* y avaló.

Como corolario, el hecho de haberlo mantenido seis meses después del incidente y haberlo desvinculado a fin de año fortaleció mi imagen y autoridad frente a todo el equipo.

Anécdotas de los proyectos de acción social

Las concreciones de algunas acciones en el campo me quedaron grabadas en la memoria y en el alma. Son pequeñas situaciones que confirman que se está en el camino correcto.

Los efectos de la interacción entre poblaciones económica y culturalmente tan alejadas dejan para ambas partes aprendizajes valiosos.

A comienzos de la crisis de 1999/2000, la escuela Scholem Aleijem, que recibía a familias de clase media, contaba con un grupo de voluntarias muy activas. Estas mujeres se ocupaban de recolectar los alimentos enviados por los padres de los alumnos, con los que armaban bolsones de comida destinados a familias necesitadas de la escuela.

Una mañana entraron dos de ellas a un aula y cuando los chicos las vieron, empezaron a quejarse: *"Estas que vienen otra vez a manguear..."*.

Uno de los alumnos los miró y les dijo: "*Gracias a ellas en mi casa podemos comer".*

Fue muy impactante para todos. El silencio de los chicos fue muy significativo.

La escuela ORT tenía un Centro de Voluntarios que realizaba importantes colectas de alimentos no perecederos entre los alumnos. Colocaban una gran pileta de lona a la entrada de la escuela y, durante una semana, los alumnos llevaban productos que serían entregados a familias en riesgo, de la zona de Capital.

En una oportunidad, los jóvenes decidieron que querían entregar parte de los productos al Padre Farinello, quien estaba a cargo de una parroquia y comedor en Quilmes. Organizamos una visita para que los alumnos de ORT llevasen personalmente lo recolectado. Para ellos era un primer contacto con poblaciones de bajo recursos y barrios marginados.

Dos semanas después recibí una llamada del Padre Farinello, me dijo que los jóvenes de su parroquia querían visitar "a los que nos trajeron tantos alimentos", ante lo cual le respondí casi horrorizada:

–Padre, ¿a usted le parece llevarlos a una institución de estudios tan lujosa?

Recuerdo como si fuese hoy lo que me contestó:

–Yo quiero que mis chicos sepan a qué tienen derecho a aspirar.

El padre Farinello fue a Ort con los jóvenes de su parroquia. Habíamos planificado partidos de vóley, de fútbol, y otras actividades recreativas. Fue un intercambio muy enriquecedor y me quedó grabada una frase que le escuché decir a uno de los jóvenes de la parroquia: "*Yo no sabía que los chicos judíos eran iguales a nosotros, se divierten igual, aunque sean de una escuela así...*".

Otro de los programas de los alumnos de la escuela ORT era enseñar computación en hogares de jóvenes con causas penales, lugares cerrados de tiempo completo.

Hubo dos situaciones que dejaron a la luz la confrontación de dos mundos dispares. Cuando los jóvenes internados en el hogar, que tomaban clases con los voluntarios de ORT, ya habían adquirido los conocimientos básicos, los alumnos-profesores de ORT buscaban profundizar el conocimiento

alcanzado por estos chicos y enseñarles programas de mayor complejidad, pero ellos se resistían. En una oportunidad les dijeron que no les interesaba, argumentando que no tendrían dónde ni para qué usarlos. A los jóvenes de ORT esta "falta de interés" y esta mirada tan pesimista (¿o realista?) sobre el futuro les impactó fuertemente. Estoy convencida de que en ese momento tuvieron una comprensión más vívida y concreta de lo que representan las diferentes visiones desde las distintas clases sociales.

En otra oportunidad, una CPU tenía un desperfecto y era necesario abrirla para revisarla y repararla. El alumno de ORT que estaba a cargo de la clase se encontró sin herramientas físicas para este procedimiento, ante lo cual su alumno le dijo: *"Esperá un momento..."*. Trajo un cuchillo de la cocina y en dos minutos pudo desarmar el equipo. Nos quedamos reflexionando acerca de las diferencias de saberes y de la capacidad de búsqueda de alternativas de resolución práctica.

En la escuela ORT transcurrió otra experiencia relevante. En el país atravesábamos el inicio de una nueva crisis económica. En la comunidad judía no había aún mucha consciencia de la existencia de población necesitada dentro de la colectividad. Se acercaba el verano y no había colonias de vacaciones gratuitas para los chicos de familias judías de bajo recursos.

Le transmití esta preocupación a Alfredo Berflein, asesor del Joint, quien había sido el primer director de esa organización. De inmediato, Alfredo, que era una persona maravillosa y creativa, tomó el teléfono, llamó a alguien de la organización MACABI, uno de los clubes sociodeportivos de la comunidad y le dijo: *"Tengo un desafío inigualable para ustedes: que organicen una colonia de*

vacaciones con los madrijim[10] de MACABI, en las instalaciones de la escuela ORT, para el mes de enero".

Gracias a su capacidad para dar vuelta un problema y convertirlo en una oportunidad, el colegio ORT, que tenía un centro de voluntarios, aceptó inmediatamente el desafío.

Recuerdo mi primera reunión con los madrijim. Cuando los vi, mi cara fue de horror: tenían 16, a lo sumo 17 años. "*¿Les voy a dar a mis chicos?*", pensé con absoluta preocupación al verlos tan jóvenes.

Fue una experiencia muy exitosa que se repitió durante varios años, de la cual aprendí dos cosas: una fue cómo invertir la relación, es decir: en vez de pedir, "ofrecer" una oportunidad, como lo hizo Alfredo. Y la otra: dejar de lado mis prejuicios.

Los madrijim demostraron una capacidad y una responsabilidad en la concreción del proyecto muy por encima de mis expectativas.

El éxito de la Red de Voluntarios fue rotundo en todos los sentidos, tanto para atender las necesidades básicas de la comunidad, como en el fortalecimiento de las instituciones. Las comunidades de las provincias pidieron que instalásemos allí este programa. Así se hizo, y muchos de estos centros siguen activos en la actualidad.

10 Líderes recreativos de grupos juveniles.

Los centros en el interior

Acorde con la modalidad de intervención del Joint, una vez trasladados los centros de asistencia a las grandes organizaciones locales, encaramos el desarrollo de un modelo similiar a las comunidades del interior, es decir a las provincias. Si bien en muchas de ellas existían programas de ayuda para los necesitados, fue muy revolucionario crear centros de asistencia social y de voluntariado profesionalizados.

Los centros de voluntarios de Buenos Aires devinieron posteriormente en Centros de Asistencia Social (CASS) a cargo de AMIA[11], de la Fundación Tzedaká[12] y de Jabad Lubavich[13]. Se profesionalizó y sistematizó la intervención social, así como la metodología de trabajo; al mismo tiempo, se ampliaron las prestaciones.

La forma de trabajo del Joint consiste en generar proyectos innovadores, desarrollarlos, ejecutarlos y, cuando están maduros, entregarlos a la comunidad local. Hasta el día de hoy, el Joint sigue haciendo aportes económicos y profesionales a los CASS de las provincias y de los países limítrofes.

En aquel momento existían, en algunas provincias, programas de ayuda asistencial llevados adelante por mujeres de buena voluntad. Cuando el Joint llegó, les aportó

11 AMIA: Asociación Mutual Israelita Argentina. Sus objetivos principales son promover el bienestar y el desarrollo de la comunidad judía argentina.
12 Fundación Tzedaká: organización de la comunidad judía de Argentina. Actúa en el campo social y en la recaudación de fondos para la realización de programas sociales.
13 Jabad Lubavich: organización judía jasídica, involucrada en temas religiosos, educativos y de acción social.

recursos económicos y profesionales para generar excelencia en la prestación de los servicios. Uno de los focos más fuertes de trabajo fueron las capacitaciones a los voluntarios mediante entrenamientos que les aportaban herramientas para la implementación de los programas sociales.

Este encuentro de dos mundos no siempre fue fácil: salir de una lógica de beneficencia o de damas de caridad a un servicio profesionalizado implicó el arduo trabajo de encontrar un idioma común, rescatar las experiencias de las voluntarias y poder incluir el concepto de una gestión profesionalizada. Este proceso era un objetivo central. Así, dieron inicio a gestiones que triplicaron la cantidad de beneficiarios y de prestaciones en diferentes puntos del país.

Narro, a continuación, algunas de estas acciones:

Córdoba

En la ciudad de Córdoba había un grupo muy fuerte de voluntarias con muchos años de trayectoria, que desarrollaba una tarea social, siguiendo el clásico modelo de la beneficencia: recolectaban dinero, comida y atendían necesidades básicas de la población carenciada. Un trabajo muy destacable y de mucha vocación.

El Joint decidió llevar sus programas a esta ciudad.

Coincidió que el día en que visité esta comunidad era justo la fecha de entrega de los bolsones con mercadería y, en algunos casos, dinero en efectivo. Me encontré con una escena, a mi criterio profesional, sumamente denigratoria de los valores humanos: había unas cien personas paradas, mayores y niños, amontonados, retirando las donaciones.

En la reunión posterior, les señalé a las voluntarias responsables que, si bien su intención era loable, la modalidad de entrega me parecía poco adecuada. Les señalé que no solo era importante lo que se daba sino también la manera en que se daba. Se molestaron mucho por este señalamiento.

Al mes siguiente volví también para el día de entrega y ellas, muy orgullosas, me mostraron la nueva organización que habían implementado. Dispusieron un par de caballetes y una tabla a modo de escritorio, detrás de la cual las voluntarias entregaban los distintos beneficios; a un costado, estaban los beneficiarios sentados en sillas, esperando su turno. Una de las voluntarias llamaba por micrófono a cada familia, nombrándola por el apellido.

Terminada la entrega, les pedí a las quince voluntarias que se sentasen en las sillas donde antes habían estado los beneficiarios. Tomé el micrófono y empecé a llamarlas una por una por el apellido. No fue necesario nada más. Si bien mi intervención no fue bien recibida, la estrategia fue eficaz, y con el tiempo construimos vínculos muy sólidos, incluso afectivos, algunos de los cuales perduran hasta hoy.

En la siguiente entrega acondicionaron pequeñas oficinas donde cada voluntaria recibía a una familia por vez, mientras en la sala de recepción había café, té y galletitas, promoviendo que esta experiencia fuera también un momento de encuentro.

En una de las visitas de campo conocí la historia de un señor, que me impactó especialmente. Había tenido una posición económica muy acomodada y debió ir desprendiéndose de sus posesiones, entre ellas su casa, hasta que se quedó solamente con lo que había sido el gallinero, en donde vivía en aquel momento. Gracias a la ayuda social del Joint y la comunidad judía cordobesa podía alimentarse.

He recibido permanentemente agradecimientos por toda la ayuda que dábamos, lo cual me generaba cierta incomodidad, porque yo tenía claro que era solo un canal. Me sorprendía que entre la mayoría de los beneficiarios no hubiera enojo ni bronca, sino gratitud.

En otras provincias fue necesario crear las oficinas de acción social desde cero, ya que en general eran el rabino o la comisión de culto a quienes los miembros de la comunidad acudían a pedir ayuda. En algunas comunidades había mujeres con un alto poder adquisitivo que atendían a discreción algunos casos, según su parecer. Funcionaban como damas de beneficencia y, si bien destaco el valor de sus gestiones, el desafío fue tratar de llevarles conciencia de la diferencia entre el concepto de dádiva y la acción social como un derecho.

Fue un desafío profesional poder transitar ese proceso de transformación. Estoy convencida de que fue un crecimiento para todos.

Mendoza

En la ciudad de Mendoza se desarrolló un centro de voluntarios muy pujante, cuyo motor eran una voluntaria, sumamente emprendedora y dedicada, y una trabajadora social con mucha formación.

Allí lograron desarrollar programas muy innovadores y también involucrar a la gobernación local en algunos de estos proyectos. Uno de estos fue una residencia para ancianos autoválidos.

La comunidad judía local se hacía cargo del tema del hábitat de varios miembros, ancianos muy carenciados y sin familia.

La propuesta que presentaron las voluntarias al Joint fue instalar una residencia geriátrica para alojar a estas personas y a otras que lo necesitasen. La idea era crear una vivienda protegida.

Al director del Joint le pareció un proyecto muy interesante. Se compró una propiedad, que fue refaccionada y adaptada a las necesidades de esta población. Al comienzo todo se desarrolló con normalidad, aproximadamente durante dos años.

La residencia resultó satisfactoria. Sin embargo, uno de los errores cometidos fue creer que con el solo aporte del trabajo voluntario se iba a poder gerenciar este emprendimiento. La realidad es que una residencia de estas características requiere presencia las veinticuatro horas, lo cual no es posible, si solamente se cuenta con recursos voluntarios.

Otro error fue no haber evaluado en profundidad las características psicológicas de los residentes, entre quienes algunos tenían patologías psiquiátricas severas que complicaban la convivencia.

Esta propiedad había sido donada por el Joint a la comunidad local, que finalmente decidió cerrar la residencia y reubicar a las personas que estaban viviendo allí, y alquilarla para una escuela.

Viví el final de este proyecto como un fracaso, teníamos muchas ilusiones, ya que nos parecía útil y necesario.

Como aprendizaje me queda que no alcanza para el éxito de un proyecto que una idea sea buena, que haya fondos y gente muy apasionada y dedicada.

Hoy creo que faltó hacer un diagnóstico más exhaustivo de los recursos necesarios para hacerlo viable.

Moises Ville y Basavilbaso

Uno de los centros de voluntarios de los programas del Joint funcionaba en Moises Ville, provincia de Santa Fe, lugar

muy significativo para la historia de la inmigración judía en la Argentina, ya que fue el primer asentamiento judío en el país y uno de los más importantes.

Cuando llegué a este pueblo encontré que contaba con un hospital modelo en la zona. La tenacidad de su autoridad local, una mujer de la comunidad judía, había logrado que Carlos Reutemann (por entonces gobernador de la provincia) asignara una ambulancia para el hospital.

Howard Schultz, un donante de la ciudad de Dallas y miembro de la comisión directiva del Joint de Estados Unidos, desde que conoció Moises Ville, estimuló la iniciativa de organizar viajes de jóvenes de Estados Unidos a las colonias judías para hacer tareas voluntarias. Todos los años, durante sus vacaciones de invierno, gracias a donaciones de gente amiga de Howard, iban por diez días durante los cuales trabajaban en una de estas colonias, haciendo arreglos y tareas de pintura en la escuela.

Una vez reconstruyeron el jardín del hospital de Moises Ville, y pintaron el templo e hicieron una cancha de básquet en Basavilbaso, Entre Ríos.

Todo esto se hacía con dinero que los jóvenes recaudaban durante el año, en distintas actividades que organizaban en sus escuelas, para este fin.

Una iniciativa, que recuerdo con mucho afecto y que resultó muy interesante para los chicos, fue haber organizado que dos jóvenes, con un traductor, fueran a las casas de los residentes de Moises Ville, la mayor parte de ellos inmigrantes que llegaron durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial (1914 y 1945, respectivamente).

La idea era que los entrevistaran y recogieran sus historias acerca de cómo salieron de Europa y se instalaron en las colonias.

Fue una experiencia sumamente movilizadora, tanto para los residentes como para los voluntarios.

Quiero destacar que Moises Ville está a mitad de camino entre Sunchales y Rafaela, alejado de otros centros urbanos. De ahí la necesidad imperiosa de contar con una ambulancia, para trasladar a las personas en situaciones de emergencia.

Una de las dificultades que tenía el pueblo era que en el hospital no había laboratorio de análisis clínicos; los pacientes que tenían que hacerse un simple análisis de sangre debían trasladarse a Rafaela. Este tema se me volvió una obsesión. Por aquel entonces recibíamos las delegaciones de jóvenes estadounidenses que elegían como lugar para sus vacaciones de invierno, en vez de una playa en el Caribe, venir a la Argentina a hacer trabajo solidario.

Uno de los grupos fue a Moises Ville y, cuando regresó a Estados Unidos, hizo una campaña para conseguir los fondos para la compra de tecnología e insumos para este proyecto. Fue un éxito. Con el dinero recaudado, se instaló el laboratorio en el hospital. De ahí en adelante, los habitantes de este pueblo no tuvieron la necesidad de trasladarse cien kilómetros para hacerse los estudios.

En Basavilbaso, otro asentamiento judío importante, el Joint organizó una visita de un día completo para una delegación muy grande de Estados Unidos, unas sesenta personas, que habíamos viajado en varios micros.

Se organizó una escenificación de cómo habían llegado los colonos judíos en tren, una visita por las casas y la "sinagoga-rancho", que aún existe, y los viajes en carretas. Luego de un asado, fuimos a la sinagoga, donde se teatralizó un casamiento, con las vestimentas y rituales característicos de las bodas de comienzo del siglo pasado.

Los puestos directivos de estos pueblos (Intendencia, hospitales, escuelas), en su mayoría, estaban a cargo de miembros de la comunidad judía. En esta visita la delegación hizo entrega del desfibrilador que habían solicitado las autoridades del hospital. Pocas horas después llegó una niña con un paro cardíaco y se pudo salvar su vida gracias a la atención médica y este nuevo equipamiento.

Estoy convencida de que este tipo de vivencias quedaron grabadas en la memoria y en el corazón de estos jóvenes de por vida. Más adelante se realizaron experiencias similares en las comunidades de Mar del Plata, Rosario, Córdoba, donde estas acciones también dejaron una marca.

La creación de los centros de voluntarios y acción social en el interior del país promovió contactos con las entidades oficiales de cada provincia. Las comunidades se animaron y se sintieron con derecho a solicitar insumos y prestaciones al gobierno local.

A menudo me encontraba con una idea muy arraigada, tanto en los dirigentes como en los beneficiarios: que la ayuda debía provenir de la comunidad y no del Estado.

Desde mi perspectiva, considero imprescindible entender que estamos hablando de derechos vulnerados y que es parte de nuestra tarea concientizar a la gente para apropiarse de su derecho de exigir al Estado prestaciones básicas.

Fue importante incrementar estos vínculos entre las comunidades judías del interior y las autoridades locales, ya que, además de solicitar insumos y servicios básicos esenciales, pudimos ofrecer nuestros saberes prácticos y profesionales.

En varias provincias se realizaron seminarios de capacitación, fundamentalmente sobre el tema de voluntariado y fortalecimiento de las ONG, en gestiones asociadas entre

comunidad judía y los gobiernos locales. Las ciudades que más público convocaban fueron Córdoba, Rosario y Bahía Blanca, donde se llegó a contar con doscientos participantes.

Periódicamente se realizaban encuentros con representantes de los distintos centros de voluntarios del país que tenían lugar, a veces, en Buenos Aires, y otras, en las provincias. En estos encuentros se promovía el intercambio de experiencias, el fortalecimiento de los vínculos y la profesionalización de los voluntarios de los centros del interior.

Fueron eventos recibidos con mucho agradecimiento, pues, además de enriquecedores, resultaban espacios de encuentro y reconocimiento a la tarea de los voluntarios.

Entre Ríos

En una oportunidad se decidió hacer un video para mandar a Estados Unidos filmando casos del interior del país, con el objetivo de motivar a los donantes de estos programas.

Para mí fue "el viaje del terror". Recuerdo en especial dos situaciones: una de ellas, en Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos, cuando había ido a visitar a unos beneficiarios. El padre, de unos cuarenta años, había sido de una de las familias más acomodadas del lugar. En aquel momento no tenía ingresos y necesitaba dos prótesis de cadera. Recuerdo que en la entrevista me dijo: *"Una de las cosas más terribles para mí es que mi hija de quince años me tenga que poner los zapatos*".

Cuando conversé con la hija, le pregunté qué era lo que más deseaba. Me respondió: *"Mi sueño es poder ir hasta la plaza caminando, a tomar un helado con mi papá"*. Era una lindísima familia.

El Joint consiguió las prótesis y concretar la operación de las caderas.

El hijo mayor, de veinte años, emigró a Israel y, años después, me enteré de que toda la familia se había unido a él.

El otro grupo familiar entrevistado vivía en Concordia. Habían sido los dueños del supermercado más importante de la ciudad y en ese momento se sostenían económicamente gracias a la ayuda social. Una de las hijas de este matrimonio había fallecido en el atentado de la AMIA, la otra hija vivía con ellos y tenía una nena de cinco años con una enfermedad por la cual no tenía masa muscular y debía sostener su cuerpo a través de férulas, corsés y bastones. Cuando conversé con los abuelos, la mujer me dijo: *"Dios se olvidó de nosotros"*.

El Joint le proveía a la nieta casi todas las necesidades médicas y básicas, pero éramos conscientes de la limitación de la ayuda que le podíamos dar. Le sugerí a la mamá de la nena que barajaran la posibilidad de emigrar a Israel y me respondió que no podía dejar solos a sus padres en Argentina. Ellos decían que no concebían la idea de irse porque tenían a una hija enterrada acá. Seguí insistiéndole a la mamá de la nena para que fuesen ellas, lo que se concretó un tiempo después. Finalmente, unos años más tarde, los abuelos también emigraron. Hoy toda la familia vive en Beersheva (en el sur de Israel), y la mamá de la nena trabaja como asistente de familias con niños con la misma patología de su hija.

Recuerdo que la nena era un sol. Nos hacía dibujos a todo el equipo de filmación y nos mostraba cómo se las arreglaba para andar en bicicleta. Era muy querida en el colegio, donde los chicos, lejos de burlarse de ella, la ayudaban constantemente.

Cuando volví de ese viaje, que había abarcado varias localidades más, inmediatamente me llamaron de la oficina para que fuese al Hospital de Niños, donde había ingresado un bebé recién nacido con una severa patología neurológica.

Esa vez dije: *"Tengo mi capacidad de tolerancia al sufrimiento totalmente colmada. Hoy no puedo escuchar ni acompañar a nadie".* Sin embargo, al día siguiente me contacté. Este niño, que también era de Entre Ríos, tenía un problema neurológico, que más adelante le impediría caminar. Le fuimos proveyendo los insumos necesarios para desarrollar su vida con menor padecimiento. Tres años después, los padres nos enviaron una foto del niño con un andador que le habíamos donado y un dibujo hecho por él con una dedicatoria escrita por los padres que decía: *"Gracias a ustedes puedo caminar".*

En otro pueblo, Ubajay, vivía una señora muy mayor en condiciones misérrimas, en una casilla de chapa. Era muy querida por los vecinos. La gente de la Intendencia se ocupaba de ella y de su cuidado.

Un día llamó el intendente para hacerme una propuesta: construirle una casa a Anita. Ellos aportaban el terreno y la mano de obra, y solicitaban al Joint los materiales. Llegamos a un acuerdo y así se hizo.

La inauguración de la casa de Ana fue inmensamente emotiva para alguien que nunca había tenido un techo digno. A partir de ahí, también contó con la asistencia de cuidadoras que pagábamos en forma compartida entre la Intendencia del pueblo y el Joint.

Reitero: las gestiones asociadas entre el Estado y privados son posibles y muy beneficiosas.

Cuando Ana falleció, el Joint donó la casa a la Intendencia.

Proyectos emblemáticos durante mi gestión en el Joint

Dos proyectos fueron muy significativos para mí, uno de los cuales, la Farmacia Comunitaria, continúa su actividad hasta el día de hoy, con un desarrollo y crecimiento sorprendente; el otro duró casi 15 años hasta que se decidió cambiar la modalidad de funcionamiento. Se trataba de un espacio de cuidado para niños de familias carenciadas, llamado Baby Help.

Por estos emprendimientos siento que vale la pena ser trabajadora social e influir positivamente en la vida de la gente.

La Farmacia Comunitaria

Uno de los programas que quiero destacar, en especial por su perduración y por el impacto logrado, es la Farmacia Comunitaria.

Con la creación de la red de voluntarios, algunos de los centros que contaban con el programa de entrega de medicamentos se ocupaban de recolectar remedios para entregar a los beneficiarios. También los enviaba la unidad central del programa.

Cuando empecé con este proyecto, le pedí ayuda a mi padre, que era farmacéutico.

En ese momento, por el atentado, AMIA funcionaba en una escuela sobre la calle Ayacucho, y nos dieron un lugar en un sótano, abajo del salón de actos, donde mi padre, mi madre y la coordinadora de voluntarios seleccionaban medicamentos para su distribución. Me da mucha emoción este recuerdo, ya que para mí esta colaboración fue muy importante. Mi madre siguió siendo voluntaria del programa de farmacia durante muchísimos años, incluso cuando ya había quedado viuda.

Con el agravamiento de la crisis, este sistema basado en donaciones respondía muy parcialmente a las necesidades de la gente. Yo había pensado en la posibilidad de comprar a granel a los laboratorios para tener más posibilidades de cubrir las necesidades de los beneficiarios. Pero esto no era compatible con la legislación vigente; se necesitaba una autorización del Ministerio de Salud, ya que los laboratorios no podían venderle a un particular.

Compartí esta idea con la directora del Servicio Social de AMIA, y me dijo jocosamente: *"Vivi, vos siempre haciendo propuestas transgresoras y descabelladas. De ninguna manera AMIA se puede involucrar en un proyecto de este tipo. Además, nos generaría conflicto con las farmacias proveedoras, que nos hacen un precio muy diferencial".*

Entonces fui a ver a la directora del Servicio Social de Tzedaká. Le gustó la propuesta y me dijo que, si conseguía diez mil dólares, ella tramitaría la forma de adquirir los medicamentos y lo distribuiríamos entre la población necesitada.

"*Trato hecho*", fue mi respuesta.

En esos días, casualidad o causalidad, o por el sincrodestino, vino a la oficina una señora que cumplía 60 años. Me comentó que no necesitaba nada, que tenía una buena posición económica y le preocupaba que para su cumpleaños le regalaran más carteras o más camisas, que ya tenía suficiente: *"No me alcanza la vida para usarlas",* me dijo.

Me preguntó si yo tenía alguna propuesta para que ella les hiciese a sus invitados. Algo así como una lista de regalos no para ella, sino para hacer una donación.

Recuerdo que le comenté: *"Yo tengo un sueño: abrir una farmacia para las personas necesitadas de la comunidad judía".*

Le encantó la idea. Desde la oficina del Joint diseñamos las invitaciones que luego envió esta mujer, proponiendo a los invitados colocar el monto que tenían pensado para el regalo, en un sobre. Al ingreso del salón, donde celebraría el cumpleaños, habría una urna para colocar las donaciones.

Después de la fiesta, esta señora vino a la oficina con la urna que habíamos preparado, con todos los sobres con el dinero. Quiso que viésemos juntas en la oficina el contenido. Cuando comenzamos a abrirlos encontramos mensajes muy afectuosos de sus amigos. Nos emocionamos hasta las lágrimas.

Entonces ella me dijo: *"Ninguna camisa, ningún pullover, podrían colmarme tanto de felicidad como estos mensajes".*

En esa ocasión se recaudaron cinco mil dólares. Los astros se alinearon todavía más y una amiga de esta señora solicitó hacer lo mismo para su cumpleaños. Allí fuimos. Esta vez se recaudaron cuatro mil quinientos dólares, pese a no alcanzar los diez mil fui a ver a la directora del servicio social de Tzedaká. "*Largamos con estos nueve mil quinientos*", le comuniqué. Y así fue.

Cuando la farmacia ya operaba en forma efectiva, me encontré con la directora de acción social de AMIA que, con una gran sonrisa, me dijo: *"Vivi, vos si no entrás por la puerta, entrás por la ventana".*

Siempre pendía sobre nosotros el problema de la legalidad, pero, por una parte, sabíamos que Cáritas, con quienes teníamos una relación estrecha, también repartía medicamentos sin ningún tipo de autorización.

Años después, la farmacia estaba instalada en el club Hacoaj, donde continúa hasta el día de hoy, con una envergadura masiva: no solo provee a la comunidad judía, sino también a hospitales en zonas remotas del país.

Un día vino a visitar la farmacia el entonces Ministro de Salud, Ginés González García, quien quedó admirado por el profesionalismo y eficiencia con que se manejaba este proyecto. Para ese entonces, ya había dos farmacéuticos contratados que supervisaban el ingreso y el egreso de medicamentos.

La dificultad para formalizar legalmente esta farmacia radicaba en que convivían medicamentos comprados a granel junto a otros recibidos de donaciones. Para la legislación de aquel momento, esto no era compatible; sin embargo, el ministro de Salud de la Nación, que no perdía de vista la relevancia de la misión que estábamos cumpliendo, no nos obstaculizó la continuación de nuestra tarea, en tanto nos ocupáramos de tramitar la legalidad jurídica. Años después, la farmacia obtuvo su formalización legal.

Cumplí un sueño. Después de haber empezado con mis padres contando pastillas en un sótano, el proyecto de la farmacia devino en un emprendimiento profesional y sustentable, que atiende necesidades de salud en todo el país hasta el día de hoy.

Baby Help

Un análisis de la población asistida por el Joint y las comunidades locales reveló que los más vulnerables eran los ancianos y los niños. Se diseñaron programas de atención de las necesidades específicas de estos grupos etarios. En ese sentido, me hice cargo del programa para las infancias.

Cuando le propuse al director general del Joint de Latinoamérica, Alberto Senderey, la idea de crear un programa específico para esta población, percibí con claridad su gran entusiasmo por concretarlo. Nuestra reunión fue un día lunes. El jueves de esa semana llegaba la delegación de donantes de Estados Unidos.

El día anterior a la llegada, visité el Centro de Ayuda Social (CAS), que funcionaba en el club Hebraica. Grande fue mi sorpresa cuando vi que Alberto Senderey ya había hecho acondicionar todo. Una de las oficinas había sido ambientada con guardas de color rosa y celeste con el nombre Baby Help, decorada con móviles musicales, cunas, juguetes; inclusive, olía a perfume para bebés.

Su idea era que la delegación cortase la cinta de inauguración del espacio Baby Help. Convoqué a mamás con bebés para que participaran en la inauguración junto con la delegación norteamericana. Fue un momento muy emotivo.

El domingo siguiente almorzamos en un restaurante con los representantes de Estados Unidos. Yo era la patrocinadora del proyecto, es decir, tenía que "venderlo" para conseguir fondos. Les conté cuáles eran las necesidades de esta población, narré anécdotas, comenté casos concretos, elegí aquellos que sabía que los iban a conmover. En esa oportunidad, estaban presentes Howard Schultz y su esposa Leslie. Por tema de horarios de su avión debían retirarse del almuerzo antes de que terminara el encuentro. Howard se levantó de la mesa y dirigió un discurso muy emotivo a sus compañeros de la delegación en el que resaltaba lo que él consideraba la maravillosa obra que se estaba realizando a favor de la infancia.

"Yo ahora voy a dejar una donación para este programa", dijo conmovido, *"y espero que todos ustedes acompañen esta iniciativa".*

Me pidió que me acercara para entregarme la donación. Sacó la chequera. Mis ojos no daban abasto al ver emerger ceros y más ceros a la cifra en dólares. En ese momento me dijo: "*Quédese tranquila, que siempre va a tener fondos para este programa".* Compromiso que cumplió.

Así nació el Baby Help. Su donación nos permitió acondicionar el lugar, pagar al personal a cargo y comprar los insumos necesarios para llevar adelante el programa.

El Baby Help les proveía a las familias con niños leche maternizada, pañales, vacunas (que eran de muy alto costo y que no contemplaba el calendario oficial) y medicación básica, además de alimentos para toda la familia. También recibían ropa e insumos necesarios durante la infancia, como juguetes, chupetes, mamaderas, bañaderas, sillitas altas de comer.

El "roperito" estaba justo al ingreso del Baby. Una mañana entró una mamá y vio que había sillitas para comer. *"¿Esto también es para nosotros? ¿Puedo pedir una*?", me preguntó.

Le contesté que sí y, unas semanas más tarde, esta mamá me contó que antes de tener esa sillita, en cada comida, la nena se bajaba de su falda, ella tenía que seguirla por la casa, la papilla se derramaba. A partir de tenerla sentada en la sillita de comer, el momento de alimentarla se trasformó en un tiempo de juego y de disfrute.

Durante la crisis del 2001/2002, además de las necesidades alimentarias y de salud, se hizo clara la dificultad de las madres para buscar trabajo, teniendo a cargo niños muy pequeños. Nos preocupaba la nutrición, los controles de salud y la estimulación temprana de estos niños.

Ante lo numeroso de la población infantil, surgió la idea de crear espacios de "Jugando con mamá" y de "Estimulación temprana". Contábamos con un lugar preparado especialmente para niños, en el primer piso del edificio, que nos había cedido Comedores Populares[14]. Lo acondicionamos y quedó hermosísimo.

14 Institución de la comunidad judía que proveía alimentos a la población carenciada.

Tenía tres salas divisibles e integrables entre sí y una sala de ropería similar a una boutique de Barrio Norte, donde las familias beneficiarias podían retirar ropa para los niños.

Recibíamos donaciones de grandes empresas como Cheeky, entre otras, y de familias de la comunidad argentina y de Estados Unidos.

Como suele suceder muchas veces con programas creados desde un escritorio, las actividades de estimulación realizadas con las madres y los niños no parecieron responder a una necesidad sentida por esta población y tuvieron muy poco acogimiento; eran pocas las mamás que concurrían con los niños y había mucha rotación de participantes. En consecuencia, empezamos a evaluar la posibilidad de discontinuar esas actividades.

Se acercaban las vacaciones de invierno, y una voluntaria con mucha experiencia en infancia, que tenía un salón de fiestas infantiles, me planteó la idea de armar una colonia para esa población de niños de hasta tres años.

Confieso que me dio un poco de vértigo la idea, tal vez por mi falta de experiencia en esta temática, pero conté con el asesoramiento de profesionales con trayectoria y me animé.

Así fue como lanzamos una propuesta acotada en el tiempo: una colonia de invierno para niños de entre uno a cuatro años, durante dos semanas, para hacer una prueba piloto.

La respuesta fue impactante: tuvimos más de cincuenta chicos en ese espacio, durante el tiempo que duró el proyecto. Este contacto diario con las familias nos permitió darnos cuenta de las necesidades que tenían las madres de contar con un espacio de cuidado para los niños, mientras ellas iban a trabajar o a buscar trabajo. Así nació el espacio de cuidado del Baby Help, donde recibíamos a los niños por la mañana

y se quedaban todo el día hasta la tarde. El servicio, por supuesto, era totalmente gratuito.

El primer lugar donde funcionó fue en el espacio cedido por Comedores Populares, en el barrio de Once. Dado que no teníamos las condiciones de seguridad que el Gobierno de la Ciudad comenzó a exigir, luego de la tragedia de Cromañón, nos mudamos temporariamente durante dos años al décimo piso del club Hebraica, que nos había cedido ese espacio.

Los domingos organizábamos actividades recreativas para padres e hijos, en medio de la crisis 2001/2002, cuando los padres no contaban con recursos para llevarlos a cines o a otros paseos en familia.

Un domingo de primavera, le pregunté a un papá con quien tenía confianza, por qué en lugar de traer a sus hijos al Baby, que era un lugar cerrado, no los llevaba a la plaza. Por supuesto que no le estaba dando a entender que no era bienvenido, solo quería comprender las motivaciones.

–Vivi, si voy a la plaza me piden un chupetín, maíz para las palomas, una vuelta en calesita –me respondió–. Todo son centavos, pero son centavos que no tengo y no aguanto más tener que decirles "no, no" todo el tiempo. Ustedes acá nos ofrecen un espectáculo de calidad y nos dan la merienda.

Proyecto intergeneracional

Ante la necesidad de encontrar un nuevo espacio para el Baby, ya que debíamos trasladarnos del lugar que nos cedieron temporariamente, se me ocurrió una idea inédita en el mundo: instalar una guardería dentro de un hogar de ancianos, en el

marco de un proyecto de actividades compartidas entre ambos grupos etarios. Mi propuesta era llevar el Baby al Hogar de ancianos de la comunidad judía Ledor Vador y desarrollar allí un programa intergeneracional entre niños carenciados de la comunidad judía y los residentes del hogar.

A mi jefe, le pareció una propuesta delirante y ni la consideró.

Cuando vino Howard Schultz, el primer donante del Baby, con su esposa, los acompañé a visitar a los beneficiarios para que pudiesen tomar contacto con "la nueva pobreza judía". En un aparte con ella, que era una persona divina y le encantaban las ideas locas tanto como a mí, le sugerí:

–Leslie, ¿qué te parece la idea de instalar el Baby Help en Ledor Vador y hacer un proyecto intergeneracional?

Ella, que era muy expresiva y extrovertida, empezó a los gritos:

– *That´s great. It´s an incredible idea.*[15]

No fue necesario ocuparme de convencer al marido: ella lo hizo.

El proyecto era nada menos que abrir una guardería de niños carenciados en el hogar más lujoso de Latinoamérica. Este emprendimiento nos deparó mucho placer y disfrute, y también algunas dificultades.

En un área de la planta baja del Hogar Ledor Vador, la misma arquitecta que había diseñado el Baby en Comedores Populares, creó un espacio que contaba con todo lo imprescindible para una guardería modelo: pisos antideslizantes, vidrios laminados (que no se astillan), baños a la altura y tamaño de los niños. Era una guardería de lujo y fue posible gracias al subsidio de donantes de la comunidad judía de Estados Unidos. y, especialmente, de Howard Schultz.

---

15 ¡Eso es genial! ¡Es una idea increíble!

Teníamos algunas dificultades de índole legal, ya que la legislación no permitía un mismo ingreso para el Hogar y para la guardería. Por otra parte, era imposible romper el hormigón armado para construir una entrada independiente.

Tratando de encontrarle una salida que nos permitiese seguir adelante con el proyecto, contacté a la Directora de Acción Social del Gobierno de la Ciudad, quien me propuso incorporar al Baby como parte de los jardines comunitarios. Este atajo era un absurdo, ya que los jardines comunitarios son los que están en las villas, no obstante, nos permitió tener una validación oficial.

A esto me refiero cuando les digo a las/los profesionales que se animen a desafiar los límites que tantas veces presenta la realidad y que ensayen alternativas por fuera de las normas.

La idea de un proyecto intergeneracional entre ancianos y niños era muy ambiciosa, ya que no queríamos generar algunas actividades de vez en cuando entre ellos, sino convertir esta interacción en una cotidianeidad.

Los chicos que concurrían diariamente desde las ocho hasta las diecisiete tenían entre seis meses y tres años, y provenían de familias de bajos recursos. Se les proveía desayuno, almuerzo, merienda, y en varios casos, una vianda con la cena para llevar a su casa. La comida era kasher[16], ya que la institución tenía una cocina kasher, de donde nos proveían los alimentos.

Aquí también funcionaba el "roperito" que ofrecía ropa. Además, continuábamos entregando cochecitos de bebé, sillas de comer, pañales, etc.

Las maestras disponían de todos los materiales necesarios para realizar actividades de estimulación con los chicos.

---

16 Comida según los requerimientos religiosos judíos.

Los profesionales de la comunidad me cuestionaban cómo sería para estos niños y estos padres, que vivían en pensiones o en viviendas precarias, integrar estos dos mundos tan diversos, donde pasaban de un edificio con características similares a un hotel cinco estrellas a su lugar de residencia. En esos momentos siempre recordaba las palabras que me había dicho el padre Farinello: *"Mis chicos tienen derecho a conocer a qué tienen derecho a aspirar".*

Otro de mis lemas siempre fue no proveer "servicios pobres" para "población pobre", sino al contrario: dar servicios de alta calidad para población carenciada. Esto también afirmaba Alberto Morlaquetti, el fundador del proyecto social Pelota de trapo, que siempre me decía*: "Para mis chicos (niños de la calle) siempre lo mejor".*

En este proyecto se desarrollaban actividades muy enriquecedoras, tanto para los viejos como para los niños: tenían un espacio de huerta conjunta, donde a los ancianos les preparaban bateas en altura para no tener que agacharse, y a los niños, al nivel del suelo. Todos los viernes se celebraba el Kabalat Shabat[17] en el Baby en el que participaban algunos residentes. Las festividades judías siempre se programaban en forma conjunta, ya sea en espacios reducidos o en salones con toda la población del Hogar.

Algo muy significativo que sucedió una vez fue que los residentes que hacían actividades en el marco de la terapia ocupacional comenzaron a resignificar lo que producían porque lo direccionaban hacia las necesidades de los chicos: les tejían bufandas o pullovers, les fabricaban juguetes, y ellos mismos iban al Baby a entregárselos.

---

17 Ceremonia religiosa que indica el inicio del día más sagrado de la semana.

Una vez a la semana, en grupos pequeños, los niños iban a hacer tareas artesanales en el espacio de terapia ocupacional con los viejos. Fabricaban velas para encender en la festividad de Jánuka[18], compartían la construcción de algunos juguetes, entre otras actividades.

Tengo grabadas en mi memoria escenas de cuando los niños que salían del Baby iban corriendo hacia el jardín, mientras yo temblaba por que no hicieran caer a algún mayor. Recuerdo a los ancianos cuando veían a los chicos desplazarse, les brillaban los ojos.

En una oportunidad, durante la celebración conjunta de una festividad en la que organizamos actividades musicales, una enfermera trajo a una paciente con un cuadro de Alzheimer severo. La señora quedó ubicada entre dos niños. Cuando todos se pararon para hacer una ronda, ella también se paró, tomó las manos de estos niños que estaban a su lado y empezó a moverlas al ritmo de la música. Las enfermeras y los otros profesionales no podían creer lo que veían, ya que en la vida cotidiana esta mujer nunca reaccionaba ante ningún estímulo.

Siempre me sorprendió la naturalidad con que los niños se relacionaban con las patologías de los ancianos, transitaban, sin impresionarse, por los salones donde había personas en silla de ruedas, pacientes con sondas nasogástricas; lo asimilaban todo con absoluta naturalidad.

Una vez, uno de los nenes se paró frente a un anciano que tenía las dos piernas amputadas. Lo miró y le preguntó:

–¿Y vos por qué no caminás?

–No puedo –le respondió él riendo.

---

18 Festividad de las luminarias que se celebra en diciembre.

En otra oportunidad, Tomy vino muy sorprendido a contarme que los dientes de Matilde no eran de ella:

–Me dijo que se los dio el dentista –comentó asombrado.

Un efecto no planificado de la presencia del Baby en el Hogar fue que los padres, cuando iban a buscar a los niños a la tarde, a veces se sentaban en el bar del hall central. Al poco tiempo, y en forma espontánea, empezaron a conversar con los ancianos, y así se fue creando un vínculo, a tal punto, que los padres empezaron a ir más temprano para tener este intercambio que, los mayores percibían como si recibieran una visita.

Cuando empezamos a salir de aquella crisis y las condiciones del país comenzaron a mejorar, gran parte de esta población se fue integrando al mercado laboral y tuvo posibilidades de autosustentarse, con lo cual ya no necesitaban la ayuda social de la red de asistencia. Por otra parte, hubo directivas muy estrictas desde Estados Unidos. respecto de la categoría en que el Baby había sido inscripto, por lo cual se decidió incorporarlo a la escuela judía Tel Aviv.

Los chicos se integraron así a la vida comunitaria.

Historias del Baby Help

Quiero volver sobre algunas de las experiencias que fueron muy significativas para mí durante el tiempo que estuve a cargo de este proyecto.

Comparto un trabajo que escribí en el contexto de un taller para trabajadoras sociales. Es sobre un caso de abuso que me marcó a fuego y que reafirmó que tengo que confiar en mi in-

tuición, aunque inicialmente no tenga argumentos para probar aquello que intuyo.

Cuando vemos algo y aún no tenemos un argumento o una constatación, propongo, aunque sea, dejar abierta la duda.

Era un mediodía, caminaba por el pasillo y sentía el aroma del almuerzo que recién se había servido: papillas, puré, fideos, gelatina de frutilla. Y un poco más allá, el olor de los pañales usados que se habían descartado.

Recorría el lugar con la coordinadora del Baby Help. A través de los vidrios de las salas, podíamos ver cómo transcurría el momento de descanso de los chicos. Las maestras, sentadas en el piso, rodeadas de niños en colchonetas, palmeaban a cada une para ayudarles a conciliar el sueño. Me sigo preguntando ¡de dónde sacaban tantos brazos!

De golpe me paré, miré a G. y el corazón se me estrujó.

–Esa nena es abusada –le dije a la coordinadora.

Me miró con ojos desorbitados y con una sorpresa que no cabía en ella.

–Vivi, enloqueciste –me respondió perpleja–, ¿de dónde sacas eso?

–No sé, Marcela, pero lo sé. ¡Estoy segura!

En aquel momento yo tenía datos visuales de la corporeidad de la nena que no correspondían con su edad ni con su etapa evolutiva. Para mí era clarísimo, pero no tenía suficientes elementos para fundamentarlo. No era una creencia: para mí era una certeza.

En la reunión semanal de equipo, compartí mi preocupación con las maestras. No exagero cuando digo que todas me miraron desconcertadas. Tenían un descreimiento absoluto y seguramente pensarían que "algo me fallaba". Les pedí que le prestaran especial atención a esta niña de tres años y a sus padres, que estaban

separados. Concretamente, que trataran de recabar información acerca de la o las personas que estaban a su cargo.

Un tiempo después las maestras me contaron que les costaba manejar una situación de masturbación compulsiva de G. a la hora de la siesta. También relataron que el padre era músico y los días que él estaba a cargo, la llevaba a bares y locales nocturnos donde él tocaba; y G. compartía esos espacios –nada adecuados para una niña–, hasta altas horas de la noche.

Mi vocación de ayuda y mi responsabilidad profesional, el no tolerar permanecer inactiva ante la vulneración de derechos de los más desprotegidos me llevaron a intervenir. Yo no tenía autorización ni autoridad sobre los niños más allá de su cuidado en la guardería. Venían derivados por instituciones, es decir que las "dueñas" del caso eran las trabajadoras sociales de esas instituciones.

Pedí una reunión con la directora del área social y la trabajadora social a cargo de G. y su familia. Como agravante, se trataba de una institución religiosa muy ortodoxa, con poca disposición a indagar sobre esos temas.

Cuando les planteé mi preocupación, no solo desestimaron la situación, sino que se mostraron muy molestas por mi "interferencia". Afirmaron que trabajar en servicios de violencia y abuso me hacía ver cosas en todos lados.

Salí furiosa. Me sentí atada de pies y manos.

Al día siguiente, mi jefe me llamó a su oficina y me informó que había recibido una queja del servicio social a causa de mi intervención. Me indicó –por decirlo de algún modo– "que la cortara con ese delirio", y no generara conflictos con las instituciones socias.

Dos años después, cuando G. egresó del Baby, le conseguimos una beca en una escuela judía. Afortunadamente, yo conocía bien a la directora. A pesar de todas las detracciones que había tenido

con respecto a este tema, no dudé en ir a verla y compartirle mi percepción. Le pedí que siguiera especialmente de cerca a la niña.

Escribo esto y viene a mi mente la imagen de G., su carita, su mirada, tan hermosa ella. Antes de terminar ese primer año escolar, me llegó la llamada de la directora con la confirmación:

–Vivi, G. es y fue abusada todos estos años.

Si en algo me equivoqué, fue en que el abusador no era el papá sino el tío.

En el momento en que descubrí que G. estaba en peligro, tal vez no supe cómo argumentar mi diagnóstico, pero mi convicción me llevó, pese a la falta de pruebas, a seguir con el tema hasta las últimas consecuencias.

Muchas veces me dijeron, en situaciones profesionales, que si yo no entraba por la puerta, entraba por la ventana, lo cual me suena más como una calificación que como una descalificación.

En cuanto se confirmó la situación de abuso, G. fue derivada de inmediato a un hogar de niños.

Todas las veces que intuí que alguien era abusado, tarde o temprano, lamentablemente, esa presunción se corroboró.

Así ocurrió también con J., otra nena de quien percibí que estaba atravesando una situación de este tipo.

Mientras conversábamos en mi oficina, ella me dijo:

–A la noche, cuando estoy en la cama, viene el novio de mi mamá y me toca.

Cuando la madre se enteró, se animó a hacer la denuncia y a llevar a J. a tratamiento. Que la madre le haya creído y haya actuado en consecuencia la salvó.

También me viene a la memoria la historia de L., una mujer joven con una hija de cuatro años, estando embarazada de mellizas, en situación de calle, en plena crisis de 2001.

Ante la desesperación, estaba pensando en suicidarse porque creía que de esa manera alguien se ocuparía de su hija C. Las circunstancias hicieron que se contactara con el servicio social de AMIA, donde le dieron todo el apoyo durante y después del embarazo.

Tal era su soledad y desamparo, que cuando nacieron las mellizas, por agradecimiento, las llamó con el nombre de las trabajadoras sociales que la asistían.

Cuando las mellizas tuvieron seis meses comenzaron a asistir al Baby Help, donde acompañamos su crecimiento hasta el ingreso a la escuela primaria.

Durante muchos años L. daba su testimonio a las delegaciones de aportantes que venían de Estados Unidos. Con Howard y Leslie, los principales donantes, se generó una relación especialmente cercana. A partir de entonces, cada vez que ellos venían a la Argentina, la visitaban en la pensión donde vivía.

El testimonio de L. emocionaba hasta las lágrimas a cualquier persona que la escuchase. Por ser tan movilizante, yo siempre la convocaba cuando venían delegaciones extranjeras. Personalmente, después de haberlo escuchado muchísimas veces, me sigue conmoviendo.

Ya con las niñas en la escuela, la contacté para pedirle que testimoniara (una vez más), y me dijo:

–Vivi, no lo tomes a mal, pero eso ya quedó en el pasado. Yo soy otra persona hoy y no tengo ganas de volver a remover esa historia.

A lo cual le respondí*:*

–L., lejos de molestarme, hoy siento que mi trabajo con vos terminó exitosamente, ya que no querés seguir en el lugar de víctima. Te empoderaste.

En aquel momento L. trabajaba como secretaria en una escuela judía y estaba cursando la carrera de Psicología Social. Hace poco tiempo me contactó, ya recibida de psicóloga social, y me trajo el libro autobiográfico que escribió, en forma novelada, sobre su experiencia en un vínculo violento.

Abuela en Ledor Vador

Un día recibimos en el Baby a una niña muy pequeña que vivía con su madre en una pensión, en condiciones sumamente carenciadas. Pese a que habían estado muy alejadas de la comunidad y prácticamente no se reconocían como judías, habían sido incluidas en los planes de ayuda social de uno de los Centros de Atención Social Solidario (CASS), de donde las derivaron al Baby.

En una ocasión, al venir a buscarla a la guardería, la mamá me dijo:

–Me parece que mi abuela está internada en este lugar. Hace años que no la veo.

Averiguamos y, efectivamente, residía en el Hogar. Fue muy emocionante el reencuentro y la reconstrucción del vínculo entre esa mujer con su nieta y su bisnieta, a quien no conocía.

En otro de los CASS se asistía a D., una señora con una historia muy particular. Había sido corresponsal de un diario muy importante de Estados Unidos, y por circunstancias de la vida y problemas de salud, terminó en una situación de extrema carencia y vulnerabilidad.

Su vida estuvo plagada de anécdotas y situaciones que ameritarían ser escritas en un libro. En una oportunidad, el diario le indicó viajar a Bariloche secretamente para buscar y entrevistar

a un nazi que vivía allí. La sincronicidad hizo que no se topara con ese asesino, sino con el mismísimo Priebke, que había sido un superior de él. Luego de informar esto al diario, el jefe organizó el viaje a Argentina de una delegación de Estados Unidos, con periodistas del diario y el conductor del programa periodístico de mayor éxito en aquel momento en Estados Unidos, de una manera sumamente secreta.

Una mañana se presentaron sorpresivamente todos a la puerta de la casa de Priebke con los equipos de filmación en el horario en el que D. les había informado que él salía a trabajar. A Priebke le fue imposible eludirlos. Gracias al trabajo de D. fue extraditado a Italia, donde finalmente fue juzgado y condenado.

Años más tarde, D. me vino a ver porque N., su hija, al salir del supermercado donde trabajaba, había sido violada, después de lo cual intentó suicidarse. A raíz de esto la internaron en una institución psiquiátrica. Estando internada, N. se dio cuenta de que estaba embarazada en un estadío que no admitía la interrupción de la gestación.

Una vez nacida M., su hija, y con tres meses de edad, N. debía volver a su trabajo.

D. me vino a rogar que recibiéramos a su nieta en el Baby. La bebé no cumplía con los requisitos para ingresar, ya que la edad mínima de ingreso era a los seis meses cumplidos. Dada la circunstancia, decidimos hacer una excepción y la recibimos.

En poco tiempo se transformó en la "mimada" del Baby, donde permaneció hasta que N. decidió hacer *aliá* –emigrar a Israel– y un tiempo después D. la siguió.

Hoy, como en los cuentos con final feliz, N. se casó y armó su familia.

Los viajes de trabajo al exterior

En los primeros años realicé viajes a muchas comunidades judías de Estados Unidos, con el fin de dar cuenta de lo realizado con los fondos recibidos, a la vez que tratar de reforzar su compromiso y fidelizarlos con la causa. Era algo absolutamente novedoso, nunca en mi experiencia laboral había recaudado fondos. Fue un gran aprendizaje conocer la lógica de una población muy adinerada y americana, y adecuar el discurso a ellos. También me permitió compartir mi trabajo con gente admirablemente generosa.

Durante la crisis del 2001 me invitaban, en representación del Joint, a visitar distintas Federaciones judías de Estados Unidos que eran aportantes de la organización.

Yo viajaba para hacer presentaciones sobre los programas que estábamos llevando adelante y con el objetivo de motivarlos para concretar sus donaciones.

En general, se me consideraba una buena *speaker* (disertante), efectiva para movilizar a la audiencia con las historias que más conmovieran a los americanos.

Uno de estos relatos fue sobre la gran crisis por el "Corralito", cuando mi marido y yo habíamos perdido todos nuestros ahorros en dólares.

Se los conté de esta manera:

Era un 14 de febrero del año 2001, estaba tomando un café con mi madre y me llamó mi abogado para decirme: "Vivi, lamento mucho, el Banco de Galicia quebró, se perdieron todos los depósitos en dólares en Uruguay". En esa cuenta teníamos con

mi marido los ahorros de diez años de trabajo, destinados a la jubilación. Durante un tiempo, yo sentía que esto era una pesadilla de la que en algún momento iba a despertar. Mi marido estaba muy alterado, sufrió de presión alta y le subió el colesterol, y además no tenía ingresos porque estaba todo paralizado.

Un día, mi hija de quince años nos dijo: "No podemos seguir viviendo así, esto fue una guerra, se perdió todo el dinero, pero tenemos casa y tenemos para comer. Por favor, hagamos de mañana el primer día del resto de nuestra vida". Y así hicimos.

Con este relato buscaba que entendiesen que cuando entrevistaba a una persona necesitada, en esa época, ambos estábamos transitando la misma situación, y eso daba cuenta de lo difícil que era mantener una distancia profesional óptima.

Para los norteamericanos era inaudito que un banco se quedara con tu dinero, no les entraba en su cabeza. Tanto es así, que una vez, después de una de estas presentaciones, se me acercó un participante y me preguntó:

–¿Ahora dónde guardan el dinero?

–¿Qué dinero? –le contesté.

Todavía no habíamos recuperado la capacidad de ahorro, algo totalmente impensable para su mentalidad y realidad.

Si bien recorrí Estados Unidos, no recuerdo más que aeropuertos, salones de las comunidades locales y hoteles. Cuando llegaba, me esperaba el representante del Joint a cargo del área de recaudación; él era quien me entrenaba en el tipo de discurso adecuado para el público norteamericano.

En una oportunidad, en Phoenix, fui a hacer una presentación durante la colecta telefónica anual, donde veinticinco

voluntarios por turno, en forma simultánea, llamaban a los donantes para solicitar la renovación del aporte para el siguiente año.

Era un día entero dedicado a esta actividad. Antes de que cada grupo empezara su turno recibía un entrenamiento y se los motivaba para que pudieran persuadir con convicción a los destinatarios de las llamadas. En ese contexto di cinco charlas a grupos distintos.

Mi coach allí, que era experto en recaudación, me dijo que contaba con cinco minutos para hacer mi bloque, distribuidos de la siguiente manera: en el primer minuto tenía que hablar de la crisis de Argentina; en el segundo, de los programas del Joint en nuestro país; en el tercer minuto tenía que contar los programas sociales que llevábamos a cabo en Argentina; el cuarto era el relato de un caso de alguna familia asistida; y el último, mi historia personal con la crisis.

Él se paraba en el fondo del salón y con una mano levantada me iba marcando el tiempo, bajando un dedo por cada minuto. Para mí, como latina, era especialmente difícil reducir todo lo que tenía para transmitir en un tiempo tan acotado, el castellano no es tan sintético, y tener que expresar todo en inglés me resultó todavía más desafiante. Pero lo logré. La segunda vez me dijo: *"No me necesitás más, seguí sola".*

Otra experiencia muy fuerte fue cuando tuve que hablar en el Congreso Mundial del Joint, en Toronto, ante un auditorio de cuatro mil personas y toda la directiva del Joint sentada en la primera fila. Tenía que informar sobre los programas sociales de la Argentina; ahí conté con unos ocho a diez minutos para exponer.

Frente al escenario, donde yo estaba parada, había un teleprompter y, detrás de mí, se proyectaban imágenes de los chicos y de las familias que recibían las ayudas. Fue estresante y a la vez muy gratificante; recibí un *feedback* muy positivo de la audiencia. Para mí era un mundo nuevo y totalmente desconocido, más, considerando que yo venía de la Municipalidad, donde los recursos físicos, económicos y tecnológicos siempre eran escasos.

Además de las presentaciones en congresos, los donantes organizaban encuentros en sus casas donde invitaban a sus amigos. Me impactaban sobremanera las viviendas donde tenían lugar esas reuniones que convocaban a personas de gran poder adquisitivo para que les relatara las dificultades de los judíos en Argentina y las acciones que el Joint estaba llevando adelante.

Una vez me alojé en una casa donde todo el piso de abajo era un gimnasio inmenso; la habitación de huéspedes era tan grande como todo mi departamento y daba a un lago.

En otra oportunidad, en Los Ángeles, la recaudadora del Joint local armó una reunión con el dueño de una empresa postal aérea. Era un señor de unos ochenta años, muy poderoso económicamente. Fui con ella y con el contador del Joint de la zona.

Mi función era sensibilizar, la donación la manejaban ellos. Cuando entré a la reunión, el dueño de la empresa de correo aéreo me empezó a hablar en castellano, lo que me causó una gran sorpresa. Después de la guerra y de haber sobrevivido a un campo de concentración, se radicó en la Argentina con la ayuda del Joint. Vivió diez años aquí y luego emigró a Estados Unidos. Tenía un entrañable cariño por nuestro país y un agradecimiento vitalicio al Joint, por lo cual estaba siempre dispuesto a retribuir, colaborando cuando hiciera falta.

A partir de aquel momento, toda la entrevista continuó en castellano, con los demás miembros del equipo sin entender una palabra.

En aquella etapa en que viajaba tanto, mis hijos comentaban bromeando que la imagen que tenían de mí era una espalda con una valija en la mano. *"Para cenar con mamá ponemos una foto en el plato de ella"*, me decían.

Mi marido me apoyó mucho en esa época y hasta tengo la sensación de que disfrutaba de estar a cargo exclusivo de los chicos y de la casa, en el mejor de los sentidos.

–Mamá, ¿por qué las mamás de mis compañeros no tienen que viajar como vos? –me preguntó mi hijo, un día.

–Yo elijo hacer esto –le respondí–, y esta libertad que tengo te libera también a vos.

Afortunadamente lo hemos vivido con naturalidad, sin reclamos por parte de ningún miembro de la familia.

2016- Ecuador

Otro tipo de viajes tuvo que ver con catástrofes naturales. Hubo que diseñar formas de intervención que fuesen lo más efectivas y sustentables. Confrontar con el sufrimiento de los damnificados resultó muy doloroso, pero rescato lo grato que fue trabajar con gente extremadamente solidaria y comprometida con ese dolor.

En abril de 2016 hubo en Ecuador un terremoto de 7,8 puntos en la escala de Richter, que en 76 segundos dejó un saldo de más de seiscientos muertos. Durante los días siguientes hubo 3.429 réplicas. Varias ciudades de diferentes puntos de la costa del Pacífico quedaron literalmente convertidas en escombros: viviendas, aeropuertos, centros comerciales, caminos.

Una de las áreas de incumbencia del Joint es la ayuda internacional en catástrofes. A la oficina argentina del Joint le corresponde cubrir todo lo que ocurre en Latinoamérica, por ello se me encomendó viajar de inmediato a Ecuador para evaluar la manera eficaz y eficiente de ayudar.

Al llegar me contacté con la comunidad judía local y también, siempre tan ecléctica, me puse en contacto con el Banco de Alimentos, una organización internacional que conocía en Argentina que tenía sede allá y es una ONG que forma parte de la Iglesia católica. Había trabajado con ellos en Buenos Aires, haciendo luego la conexión con las comunidades judías del interior. A raíz de este vínculo, les pedí que me contactaran con la filial ecuatoriana y así fue como establecí una alianza con el Banco de Alimentos de Guayaquil, con quienes quedaron vínculos muy estrechos hasta el día de hoy.

Fuimos a visitar las zonas afectadas: estaban devastadas, tanto las construcciones como la vida de las personas.

Uno de mis recuerdos más fuertes fue ver a una mujer de unos cincuenta y cinco años sentada debajo de un toldo improvisado con un nylon sobre cuatro cañas que hacían de parantes. Durante mi conversación con ella, y sin sacar la mirada de los escombros de la vereda de enfrente, me dijo: "*No puedo dejar de mirar lo que fue mi casa, donde quedó sepultada mi familia, y también mi nieto*".

Junto con el Banco de Alimentos resolvimos que lo más útil era que el Joint subsidiase capacitaciones en las distintas localidades para entrenar y sostener a los profesionales y a todos los integrantes de los equipos que estaban trabajando con los sobrevivientes.

El Joint tiene larga experiencia con el trabajo en catástrofes. En aquella oportunidad, se armó un equipo de especialistas de habla hispana provenientes de Israel, que también tenía experiencia en desastres. Los seminarios se organizaron en cada localidad donde hubiera un equipo trabajando y fueron muy exitosos.

En el Banco de Alimentos consideraron que este insumo era más importante que un aporte económico para alimentos. Paralelamente, el Joint decidió reconstruir el comedor de una parroquia que había quedado destruido, se compraron los hornos, la vajilla y todo el equipamiento para volver a ponerlo en funcionamiento y poder dar alimentos a la gente.

En momentos como ese, tenía muy claro el sentido de lo que hacíamos en la institución y el valor de nuestro aporte humano. Personalmente, reafirmaba mi elección vocacional.

Mi incursión en el Congreso de la Nación

Los cambios de gobierno y de signo político traen en las instituciones muchos cambios, que no siempre son fáciles de absorber para quienes llevamos años en la gestión. Esto me llevó a buscar otras posibilidades donde insertarme laboralmente.

Cuando Mauricio Macri asumió en 2012 el cargo de intendente del Gobierno de la Ciudad, le pedí a M., mi amiga diputada, ir a trabajar con ella al Congreso. Estuvo de acuerdo y solicitó mi adscripción, pero en ese momento los traslados de personal estaban frenados, más teniendo en cuenta que ella era diputada nacional y el cargo mío era en Ciudad.

Les solicitó mi pase a unas diputadas del PRO (partido político oficialista en la ciudad en ese momento) que eran amigas de ella. Pero, finalmente, se destrabó la situación cuando fui a hablar con la entonces ministra de Desarrollo Social de la Ciudad, con quien tenía una relación bastante fluida, ya que yo trabajaba en el área que ella dirigía.

Le planteé que tenía la posibilidad de ir como asesora al Congreso Nacional y que, sobre el final de mi carrera profesional, antes de jubilarme, me interesaba hacer una experiencia en el ámbito legislativo.

La ministra me respondió que no había inconveniente, que iba a ver cómo lo arreglaba.

–Pero hay un "pequeño problema" –le dije en ese momento.

–¿De qué se trata? –me preguntó.

–La diputada que me lleva como asesora es la segunda de la lista opositora.

La ministra se agarró la cabeza:

–Viviana, me hacés cada cosa…

Si bien mi pedido era políticamente incorrecto, encontramos una metodología para concretar mi pase.

Considero que para ella también era un alivio que yo me fuese de la Dirección de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, porque al ser yo personal de planta tenía la firma de los subsidios y también accedía a información sensible.

Si bien nunca compartí esa información con nadie, era una presencia incómoda. Ese arreglo fue de mutuo alivio; me sacaban de encima prolijamente y a pedido mío.

Siento que no aporté casi nada, durante el tiempo que trabajé en el Congreso, pero aprendí muchísimo.

Una de mis tareas era representar a la diputada en eventos a los que ella no podía asistir. Otra de mis tareas era participar en la elaboración de leyes y en el debate sobre las mismas en las comisiones correspondientes.

Para mí fue una experiencia impactante estar en la "cocina" de la sanción de las leyes. Algunas veces me tocó ser testigo de cómo se priorizan los intereses partidarios por encima del contenido mismo de las leyes, y atestiguar cómo un partido vetaba una propuesta de ley, no porque no estuvieran de acuerdo, sino para no darle el crédito a la oposición.

En una ocasión, cuando logramos la sanción de la Ley de Política Federal de cuidados para la Primera Infancia, resultó que Felipe Solá, que por entonces presidía la Comisión de Familia (y en ese momento era oposición), ordenó a toda su gente que votase a favor, y lo que me resultó indignante e incomprensible fue que varias diputadas propias se "ausentaron" a la hora de la votación.

La ley fue aprobada, pero, como sucede a menudo, no fue acompañada por el presupuesto para hacerla efectiva.

La situación que para mí fue más indignante fue en la época en la que estábamos discutiendo la Ley del aborto. Patricia Bullrich presidía la comisión. La sesión estaba convocada para las 15 hs en una sala pequeña, pero como había un mundanal de gente anti y proabortistas, Patricia pasó la sesión para las 17, para poder sesionar en un salón más amplio donde pudiésemos entrar todos y todas.

Fue muy emotiva la intervención de Horacio Pietragala, hijo de desaparecidos, quien en un momento de su exposición dijo*: "Luego de mi experiencia personal, cuando nació mi hija, siempre pensé que lo que le deseo es que ella tenga la libertad de elegir, por eso voy a votar a favor de esa libertad".*

Después de varias horas de discusiones sumamente acaloradas, Patricia Bullrich decidió dar por terminada la sesión, aduciendo que no era posible votar la ley, ya que a la hora en que estaba convocada la reunión no había la mayoría necesaria. Justamente porque ella había cambiado el horario.

Dadas estas manipulaciones y artilugios legales, la ley por la interrupción voluntaria del embarazo perdió estado parlamentario y llevó otros cinco años volver a ser discutida y aprobada en el Congreso.

Ese tiempo en el Congreso fue muy instructivo para mí, entré a un mundo hasta entonces desconocido. Esa etapa me permitió entender lo difícil que es cambiar muchas situaciones y lograr que objetivos justos encuentren posibilidad de concretarse.

También entendí cuán trabajoso es y la tenacidad que hay que tener para seguir y seguir, ya sea para que uno lo logre o para allanarle el camino a las próximas generaciones.

La vuelta a mi destino

Con un nuevo gobierno, después de las elecciones del 2015, debí volver a mi lugar de pertenencia en el Ministerio de Desarrollo Social. No fue algo elegido por mí, pero no tuve alternativa.

El arquitecto Livingston, que tuvo un corto paso en la gestión pública en la Ciudad, solía comentar que le resultaba incongruente la expresión: "*Tiene que volver a su destino",* que se decía muy frecuentemente en el Gobierno de la Ciudad, cuando un funcionario volvía a su cargo en una dependencia en la cual ya se había desempeñado.

Él replicaba: *"Si el destino es algo que está adelante y el volver es algo hacia atrás, ¿cómo se hace para volver al destino?"*.

En las instituciones se utiliza una jerga con numerosos giros y términos que no se condicen con el significado literal. Pero así fue: tuve que "regresar a mi destino".

Después de las elecciones de 2015, cuando la diputada para quien trabajaba terminó su mandato, volví a la Dirección de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, que dependía de Desarrollo Social de Ciudad.

Fue una etapa muy oscura en la cual me era muy difícil encontrar un espacio de inserción satisfactorio, después de tres años de ausencia.

La nueva gestión estaba a cargo de personas muy jóvenes, con nada de experiencia ni conocimientos en el tema del tercer sector. Yo les resultaba intimidante y poco confiable.

A mediados de 2017, obtuve la jubilación; y fue mi carta de salvación.

Después de tantos años de tantos logros significativos en lo personal, en lo profesional y para la Ciudad de Buenos Aires, como el Programa de Violencia y el de Fortalecimiento de la Sociedad Civil, mi culminación en el Gobierno de la Ciudad fue como el título del libro de Osvaldo Soriano: *Triste, solitario y final*. No obstante, algunas de mis compañeras eran muy afectuosas conmigo. Las "viejas", con quienes nos conocíamos desde hacía años, trataron de hacerme más llevadera la situación. Aún hoy, en algunas oportunidades, me encuentro con profesionales que recuerdan gratamente lo que hemos realizado en el pasado.

Sin ir más lejos, hace un tiempo, en un evento del Consejo Profesional de Trabajadores Sociales, con motivo del Día Internacional de la No Violencia, estaba escuchando la ponencia de profesionales del tema, y una de ellas comentó, sin saber que yo estaba presente, que parte de su formación la había recibido de mí. Fue muy reconfortante este reconocimiento.

Durante 2018, decidí tomar un año sabático. Terminó resultándome sumamente aburrido. Ese fue el motivo por el cual me empecé a contactar con conocidos del tercer sector y comencé a trabajar *ad honorem* en el armado de capacitaciones para voluntarios desde el Foro del Tercer Sector.

Paralelamente empecé a evaluar en qué área de mi *expertise* profesional me gustaría volver a involucrarme. ¿Tercera edad? ¿Voluntariado? ¿Tercer sector? ¿Acción social? Entendí que mi deseo era retomar el área de violencia familiar, pero tenía claro que no quería cargos de conducción, ni ser responsable de presupuestos, ni tener personal a cargo. Y, además, que fuera *part time*, ya que quería estar disponible para mis nietas y atender otros aspectos de mi vida personal y familiar.

Así fue como empecé a recorrer varias ONGs de mujeres con las cuales había tenido vínculos en el pasado.

Ninguna me dio cabida, y entiendo que esto tenía que ver con que les resultaba intimidante incorporar a su equipo a alguien que había tenido cargos ejecutivos de relevancia. Es decir, les costaba integrarme como "soldado raso"; no querían incorporar a una persona sobrecalificada. Y quizás no terminaban de convencerse de mi intención de ocupar un lugar de perfil bajo.

Finalmente me contacté con la ONG Shalom Bait, donde se animaron a tomar el desafío de sumarme a su equipo.

Mi compromiso horario es de unas diez horas semanales para asistencia y coordinación de grupos. Esto me implicó una adaptación, para dejar los espacios de conducción y abocarme a la asistencia directa. En pocas palabras: volver a estar en la trinchera.

Me resulta muy satisfactorio este vínculo directo con las mujeres.

Además de mi trabajo en Shalom Bait, me vinculé con la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, donde participo en la Secretaría de Género. Allí hemos organizado una consultoría desde donde asistimos a mujeres con problemas legales en temas de violencia. También ofrecemos talleres sobre derechos y violencia familiar destinados a mujeres de barrios humildes.

Epílogo

Antes de cerrar mis crónicas, quisiera recapitular y a la vez resaltar algunos hitos significativos en mi trayectoria que dan cuenta de mi modalidad profesional.

Uno de ellos fue la experiencia con León Gieco, que relato completa en la página 83 de este libro, y aquí resumo: cuando estaba en el programa de voluntariado de la Municipalidad, celebramos, el 5 de diciembre, el Día Internacional del Voluntariado, en el teatro Coliseo. León aceptó generosamente regalarnos su música. Participaron varios artistas y un grupo de bailarines de tango de una ONG que atiende a personas con síndrome de Down. Al finalizar el evento, los bailarines me pidieron si podían ir a saludar a León a su camarín. Obviamente el músico accedió rápidamente. Fue muy emotivo ese encuentro para él y para los chicos con capacidades especiales.

Meses después, estaba en una confitería tomando un café, cuando entró León. Se me acercó a la mesa para decirme que esa experiencia con los chicos en el Coliseo le había "dado vuelta la cabeza", y que tenía un proyecto muy loco en mente. Aquella idea loca se concretó tiempo después en el maravilloso documental *Mundo alas*.

En esta oportunidad, mi única intervención había sido convocar a León Gieco, quien accedió de forma desinteresada, y facilitar el encuentro con los jóvenes de la ONG. Sin embargo, algo **que parece** tan pequeño **finalmente habilitó** una experiencia mayor y **trascendente**. En casos como este, funcioné como factor aglutinante, como nexo conector... Pude hacer que las cosas pasaran.

Otro hito fue *La casa de Andrés*. A través de programas de la Dirección de Fortalecimiento tuve la oportunidad de entrar en contacto, y entablar una amistad, con Angelita Bianculli, fundadora de *La esquina de las flores*.

Ella realizaba múltiples acciones solidarias en diferentes instituciones. Una temática que la convocaba y la angustiaba mucho eran los niños que quedaban huérfanos de papás enfermos de SIDA. Estábamos en los 90. Su sueño era crear una casa para albergarlos. Consiguió alquilar la casa, y le facilité el contacto con reparticiones de la Municipalidad que podían darle ayuda económica para ese proyecto; además de aportes de donantes individuales.

Así nació *La casa de Andrés*, como homenaje a un hijo de Angelita fallecido en un accidente automovilístico. En esta oportunidad funcioné solo como nexo, asesorando y acompañando.

¡Qué importante es reunir una necesidad con una idea, un contacto con un recurso! Muchas veces las trabajadoras sociales pensamos que lo más importante de nuestra tarea está en el *hacer*. Me parece que también es importante el *conectar*.

¿Por qué traigo nuevamente la experiencia de la línea telefónica y el Baby en el final del libro? Creo que estos proyectos representan el sentido de avanzar contra la corriente, no conformarse con lo establecido y salir de lo pautado o de lo esperable.

Si bien las líneas telefónicas y los refugios ya existían en el mundo, las circunstancias en aquel momento en nuestro país no estaban dadas, por eso fue necesario impulsar, presionar y sostener.

En este caso, mi intervención consistió justamente en ir contra la corriente, ayudada por procesos históricos que me

facilitaban la calzada. Hubo contextos que ayudaron a que estas convicciones tuvieran eco. La resonancia del caso Monzón y Alicia Muñiz, por ejemplo, determinaron que la entonces Municipalidad de Buenos Aires creara el Consejo Municipal de la Mujer, desde el cual se abrió el programa de prevención de la violencia. Al quedar a cargo del mismo, pude concretar mi sueño.

En el caso del Baby, instalar un espacio de cuidado para niños carenciados dentro de una institución geriátrica de primer nivel, compartiendo actividades diariamente. No existía como proyecto en ningún lugar del mundo y al principio resultaba lindante con el delirio.

El convencimiento, la determinación y la perseverancia posibilitaron que se concretase y que además resultara un proyecto maravilloso.

Lamento que haya terminado y que hasta el día de la fecha no se haya replicado en ningún espacio, ni público ni privado. Tengo esperanzas de que alguien tome la posta y lleve adelante este tipo de experiencias osadas o, al menos, atípicas.

Estas "ideas locas" se pudieron concretar por este impulso de ir más allá, de ir contra la corriente si era necesario.

Durante años me he preguntado, y lo sigo haciendo, cuál es el sentido de la vida.

"La vida no tiene sentido", me decía una prima. *"La vida es".*

Traté de encontrar la respuesta por muchos caminos, terminé meditando en un retiro en Nepal, donde en una entrevista con el monje tibetano le dije que me había dedicado al servicio toda la vida, con adultos mayores y con familias.

–¿Por qué sigo preguntándome sobre el sentido de mi vida? –le consulté.

Su respuesta me descolocó:

–Me parece que usted siempre lo hizo desde un lugar de eficiencia, lo que faltó fue la compasión.

En ese momento no entendí qué me quería decir. Lo descubrí años después, a través del trabajo corporal. Ahí comprendí lo que es la conexión con las personas desde el corazón, sin intervención de la mente.

Gracias a este aprendizaje, me empecé a conectar de corazón a corazón con las mujeres en situación de violencia.

En esta etapa de mi vida, siento que pude integrar todos mis años de experiencia profesional, y el gran aprendizaje que me llegó a través del trabajo con la energía y la espiritualidad. Pude incluir, en los encuentros con grupos de mujeres, los abrazos, la actividad corporal y los momentos de meditación.

Hoy, a los 74 años, siento que tengo una comprensión más profunda del ser, no solo en función de las situaciones que atraviesan las mujeres, sino también desde el sentir y desde lo vincular.

Hay un mensaje que quisiera dejar a las/los profesionales del campo social: que se animen a transgredir, a empujar los límites.

Quisiera transmitirles que, aunque haya leyes que no permiten actuar sobre el problema de las poblaciones vulneradas o cualquier situación de injusticia social, la prioridad es resolver el foco y preservar la integridad de las personas.

Los medios son un factor que no debería incidir en la decisión. Y cuando digo "medios" me refiero también a las leyes. Algunas veces, hasta que una ley cambie, es necesario transgredirla.

No siempre el orden lógico es el único posible.

Posfacio de Mg. Bibiana Travi

Hace un par de meses recibí un llamado de Viviana, en el que me invitaba a escribir unas palabras sobre este libro, que narra, describe y comparte el ser y el hacer de una trabajadora social apasionada y comprometida con su profesión, que desde muy joven se involucró, según sus palabras, "en cada causa de injusticia" que se cruzó por su camino, un camino signado por "múltiples búsquedas, autodeterminación y sentido de justicia".

Para mí fue una enorme sorpresa y un honor, ya que Viviana es una de las profesionales que tuvo mayor influencia en mi vida profesional, y con la que me formé cuando iniciaba mi trabajo con mujeres en situación de violencia, a principios de los 90.

La conocí en Lugar de Mujer[19]. Tengo grabado que, en cuanto la escuché, inmediatamente me di cuenta de que su propuesta instituía (sin proponérselo) un modelo de intervención que recuperaba lo más genuino de la profesión, en diálogo con los aportes de la Psicología Social de inspiración pichoniana, con un fuerte componente ético y político.

Cabe señalar que para aquel entonces la bibliografía en castellano era casi inexistente, y si bien algunxs psicólogxs y grupos militantes ofrecían espacios de capacitación y supervisión, para mí escuchar a una trabajadora social con tal solvencia fue una revelación. Luego, tuvo la generosidad de incluirme en reuniones de supervisión con las operadoras de la primera Línea Telefónica

19 Una de las primeras organizaciones de la sociedad civil, dirigida por Lucrecia Oller, que abordó la problemática de las violencias contra las mujeres en el ámbito doméstico, con grupos de ayuda mutua y capacitación.

de Asistencia en Violencia Familiar[20] y, ante algunas situaciones muy complejas, pude acudir a ella para orientar la intervención.

De manera que sumergirme en la lectura de estas crónicas fue, de alguna manera, reencontrarme con mi propia historia, y seguramente las colegas que la acompañaron a lo largo de sus diversas experiencias tendrán la misma sensación.

La historia personal cuenta. Cuenta muchas cosas. Porque es difícil que un texto sea comprendido al margen de las vivencias personales y, en este caso, de la trayectoria profesional, académica y política de su autora, de sus preocupaciones y desvelos.

No puede comprenderse por fuera de sus lecturas, formación, intereses, de las personas que ejercieron influencia en su vida, de su militancia política, de las experiencias que dejaron una fuerte huella.

Este libro además me atrapó porque incursiona en un formato poco habitado en los ámbitos académicos/profesionales, como es el testimonio, la historia narrada en primera persona.

En tanto "cronista", nos ofrece relatos breves, algunos "salvajes" (en el mejor de los sentidos, indómitos), que denotan una enorme creatividad y capacidad de poner en práctica sus ideas, sus convicciones, desde su ser de trabajadora social.

En su acepción más común, unx cronista es una persona que narra, escribe sobre hechos históricos que ha presenciado o ha vivido, en el orden cronológico en el que sucedieron o cuenta algún evento de actualidad, sin ser necesariamente periodista o historiadxr.

---

20 Dependiente del Programa de Prevención de la Violencia Familiar, Consejo Municipal de la Mujer, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Pero este texto es ante todo un testimonio: el de una de una historia vivida y narrada, en este caso una autobiografía personal/profesional.

Su particularidad es que se relata una experiencia singular, narra los hechos de manera subjetiva y hasta pasional. Será porque para lxs latinxs "re–cordar" significaba "volver a pasar por el corazón".

En el caso del Trabajo Social, desde hace dos décadas, con algunxs colegas hemos tomado la iniciativa de recuperar la memoria, las voces olvidadas, proscriptas, menoscabadas o tan solo desconocidas, en una labor investigativa de reconstrucción y revalorización de las historias de vida, trayectorias profesionales, académicas y políticas, de pioneras y referentes de nuestra profesión. En tal sentido, este libro permitirá salvar del olvido a estas innovadoras iniciativas que hacen al desarrollo y fortalecimiento de nuestra identidad profesional.

Asimismo, este tipo de "literatura testimonial" o de "resistencia" escapa a los cánones tradicionales de la escritura. Su lenguaje es llano, coloquial, preciso, ameno, intenso.

Y en estas páginas, la descripción de los hechos, la forma de narrar, nos transporta hacia lugares recónditos. Nos hace sentir la emoción, la tenacidad, la bronca, la desilusión, el desencanto, la satisfacción por cada logro profesional, en pos de mejorar las condiciones y la vida de las personas con las que Viviana trabajó. También nos interpela, nos moviliza, nos emociona.

Encontraremos una vivencia personal, única, intransferible, pero de alguna manera colectiva, una suerte de "yo–social", no solo porque incluye otras voces y actorxs, sino porque nunca se aleja de su pertenencia a la comunidad judía, a su ser militante y trabajadora social.

Cuando le pregunté cuál era la intención de este libro, que esperaba de él, me respondió que el objetivo era transmitir su participación en programas sociales o en la dirección de organismos públicos o privados, no solo describir intervenciones exitosas, sino que estas experiencias pudieran servirles a quienes hoy se inician en la profesión, y "tomar la posta". Ello significa constituirnos en una fuerza instituyente, transformadora, alejada de todo trabajo conformista, burocrático. Nos convoca a atrevernos a llevar adelante experiencias "osadas", "atípicas". Sin saberlo, fue la misma intención y preocupación de Mary Richmond y otras pioneras que sistematizaron las intervenciones propias y de otrxs profesionales, con el fin de transmitir modelos, pautas de intervención pertinentes y eficaces.

El relato comienza con una suerte de declaración de principios: su "fundamentalismo por las causas sociales" y el nacimiento de una vocación. Continúa con su experiencia de seis años de vida en Israel, en un kibutz, y su formación como trabajadora social en la Universidad de Haifa.

Al regreso, relata sus primeras experiencias profesionales en plena dictadura, hasta su llegada a Lugar de Mujer en 1986, su primer contacto con la problemática de la violencia contra las mujeres en el ámbito doméstico. Y, luego, su rol como Directora del Programa de Prevención de la Violencia Familiar del Consejo Municipal de la Mujer, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde 1989 hasta 1996.

En pocas palabras, podemos decir que su desempeño profesional fue absolutamente innovador, revolucionario, y a contrapelo de todo lo instituido.

Recordemos nuevamente que, en la época, no solo no había textos para ayudarnos a comprender la problemática, sino que

carecíamos de legislación específica y de espacios institucionales de asistencia, prevención y promoción de derechos.

Y obviamente no existía el nivel de conciencia social que, gracias al movimiento de mujeres y la convicción política de algunxs funcionarixs que impulsaron la promulgación de leyes y creación de organismos específicos, tenemos hoy.

Puedo dar fe del impacto de su paso por este organismo y lo que significó la Línea Telefónica, casi como único lugar con el que contaban las mujeres para ser escuchadas.

Y esta vez puedo dar yo misma testimonio en primera persona: en el programa que dirigía en el CIDEM[21], en San Miguel, provincia de Buenos Aires, cerca del 30% de las derivaciones provenían de allí. Explotaba la demanda, cuando se anunciaba el número de la Línea en programas televisivos de la tarde o en los de Moria Casán.

Pero, como Viviana nos cuenta, si "la utopía está en el horizonte" y es lo que "nos sirve para caminar", una "vida de compromisos" también es "una vida de riesgos".

Estas páginas dan cuenta de una suerte de "exilio interno", con grandes sinsabores, pero nuevamente su espíritu resiliente, incansable, la llevó a desarrollar un innovador programa social y de voluntariado en el Joint, una organización internacional de la colectividad judía.

---

21 Centro de Investigación y Estudios para la Mujer, que funcionó bajo mi dirección entre 1991 y 2004: el Programa de Prevención y Asistencia a la Mujer Maltratada, único espacio institucional en la región en el cual se atendieron más de 2200 mujeres y se capacitaron 5000 agentes comunitarixs y profesionales con personal absolutamente ad honorem.

Su amena lectura, las divertidas y algunas desopilantes anécdotas nos permiten vislumbrar cómo, en estas más de cuatro décadas de ejercicio profesional, logró integrar, articular, sin perder la noción de conjunto y totalidad, lo religioso con lo ético, lo técnico con lo político, lo institucional con lo creativo, lo público con lo privado, el arte, la música como herramienta, la trasformación social.

Sin duda, su creatividad, la claridad de sus ideas y la tenacidad para llevar adelante sus objetivos son un ejemplo a seguir.

Ante su pregunta final respecto del "sentido de la vida", no me caben dudas del que tuvo y tiene hoy el suyo, y el que les devolvió a miles de personas y colegas con lxs que trabajó.

Pero un testigo busca algo más que informar. Busca convencer, persuadir, influir en quienes son receptorxs de su relato, y nos transmite una esperanza.

Fiel a los compromisos fundacionales de Trabajo Social, referidos a la defensa irrestricta de los derechos humanos, a sus creencias religiosas, a sus convicciones políticas, y, como pez que "lucha contra la corriente", nos deja un mensaje: que nos animemos a transgredir.

Mg. Bibiana Travi

Agradecimientos

Se me hace difícil acotar la lista de personas a quiénes agradecer, pues fueron muchos los que me acompañaron en este camino. Se me aparece mi madre, que fue quien me puso alas y siempre me impulsó para animarme. Mi padre, con su amor incondicional.

Mi compañero de los últimos 45 años, que siempre me apoyó, acompañó mis procesos, mis desafíos. Sin él estos logros no hubiesen sido posibles, ya que fue quien me cuidaba las espaldas y se hacía cargo de cubrir los espacios que yo dejaba. Esta forma de estar presente permitió concretar mis sueños.

Mis hijos, quienes tuvieron que adaptarse a mis ausencias y aprender a resolver muchas situaciones por sí mismos. Aún hoy no sé cuánto los afectó. O tal vez los hizo más libres e independientes.

Hubo muchas personas que me dejaron su huella de muy distintas formas, para llegar a ser hoy quien soy.

Marshall Meyer, rabino de Bet El, allá en el 65; Graciela Peyrou, mi primera terapeuta, y Enrique Pichon-Rivière fueron modelos de vida y me transmitieron, valores, principios e ideas.

En el área de Violencia Familiar, fue relevante la ONG Lugar de Mujer y, especialmente, Lucrecia Oller, quien me abrió las puertas de la institución y compartió generosamente su saber.

Fueron un factor determinante la presidenta del Consejo de la Mujer, Loli Domínguez, y su vice, Lili Chernajovsky, quienes confiaron en mí y en mis capacidades para desarrollar los programas y proyectos para las mujeres.

En el Joint fueron varios quienes también confiaron en mí, me acompañaron en los desafíos que atravesé en esa institución.

Agradezco a Alberto Senderey, quien generaba las condiciones para que las ideas se concretasen en hechos. Bernardo Seltzer, que siempre estuvo a mi lado, cuando las cosas salían bien y también cuando no: él me enseñó a convertir el error en una oportunidad de aprendizaje.

Asimismo, tuvo un lugar central y determinante Howard Schultz, miembro de la Comisión Directiva del Joint de EE.UU., quien desde el primer momento confió en mis ideas y proyectos, y se comprometió a sostenerlos; algo que cumplió durante trece años. Sin él, muchos de estos emprendimientos no hubieran acontecido.

Hubo amigos y profesionales que hicieron posible la concreción de este libro, aportando sus saberes, correcciones y sugerencias.

Bettina Bensignor sostuvo durante largos meses la escritura del libro.

Mi prima Nora Bendersky, que fue la primera en leerlo y cuyo criterio me es muy significativo, me transmitió la validez de estos testimonios, a la vez que sugirió cambios que no encontré la fuerza de hacer.

Carlos Kravetz, amigo, pintor, además de aportar ideas, donó su arte a este libro.

Mónica Cullucar, amiga y compañera de ruta profesional, me señaló muchas correcciones que pude incluir en el texto. Francisco "Pancho" Moulia, escritor y editor de estos textos, y mi última correctora, Laura Slutsky, tuvieron una paciencia infinita con una neófita en estas lides.

Y, finalmente, a la pandemia, que generó las condiciones para concretar un sueño largamente postergado: dejar un testimonio de mi vida profesional.

Existe un enigma constitutivo del ser humano: qué hacer con esa única vida que tenemos y que se nos dio sin un propósito definido. En este contexto, tenemos la necesidad de darle a la vida un sentido: identificar ese deseo que nos mueve y que hace de nuestra existencia algo que vale la pena.

Ahora bien, en un mundo cada vez más orientado a la fragmentación de la sociedad y a la individualización, son cada vez menos las personas que buscan realizarse ayudando a los demás.

Viviana Bendersky es trabajadora social por deseo, por oficio y por convicción. Este libro es el repaso de su trayectoria, de una vida entregada al servicio de las necesidades de los más postergados. Porque, en última instancia, una vida que vale la pena es aquella que deja rastro.

Viviana, Vivi, no solo encontró un sentido virtuoso para su vida, sino que también, con su trabajo y su determinación, le dio sentido a muchas vidas.